

ISIDRO LÓPEZ Y RUBÉN MARTÍNEZ

# La solución verde

Crisis, Green New Deal y relaciones  
de propiedad capitalista



LA HIDRA  
COOPERATIVA

LA SOLUCIÓN VERDE. Crisis, Green New Deal y relaciones de propiedad capitalista

Fecha: Septiembre 2021

Autores: Isidro López Hernández y Rubén Martínez Moreno

Corrección ortotipográfica: Marta Beltrán (L'Entrellat)

Equipo editorial La Hidra: Jaime Palomera, Mauro Castro, Laia Forné Aguirre,  
Isidro López y Rubén Martínez Moreno

Diseño y maquetación: Odile Carabantes

Financiación y edición: La Hidra Cooperativa

© 2021, los Autores y La Hidra Cooperativa

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0  
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0) Se puede copiar, distribuir, comunicar públicamente, traducir y  
modificar, siempre que sea para fines no comerciales y se reconozca y acredite su autoría.



La Hidra Cooperativa | [www.lahidra.net](http://www.lahidra.net)

[lahidra@lahidra.net](mailto:lahidra@lahidra.net)

[@lahidracoop](https://www.instagram.com/lahidracoop)

# Índice

Agradecimientos	5
Índice de gráficos	7
INTRODUCCIÓN	1
<hr/>	
<b>1. ¿GREEN? ¿NEW DEAL?</b>	<b>5</b>
Introducción	7
1.1 ¿New Deal? La realidad histórica frente al mito	8
1.2 ¿Green? Keynesianismo, ecologismo y Antropoceno	19
1.3 Capitaloceno, la era geológica del capital	31
<hr/>	
<b>2. CRISIS DE LA ECOLOGÍA DEL CAPITAL</b>	<b>35</b>
Introducción. ¿Una crisis exógena o endógena?	37
2.1 Crisis de la ecología del capital	38
2.2 Crisis del modo de producción capitalista	42
2.3 Crisis del capitalismo financiarizado	48
2.4 Crisis de la hegemonía estadounidense y ascenso chino	53
2.5 El Estado Público-Privado frente a la crisis	63
<hr/>	
<b>3. LA SOLUCIÓN CAPITALISTA Y VERDE A LA CRISIS</b>	<b>71</b>
3.1 Del Desarrollo Sostenible al Green New Deal	73
3.2 La Transición Justa en la UE	79
3.3 Economía global público-privada	89
3.4 Contra las <i>reformas para conservar</i> , la propiedad colectiva	94
<hr/>	
<b>4. MIENTRAS MUERE UN MUNDO Y NACE OTRO</b>	<b>97</b>
4.1 La catástrofe en presente	99
4.2 Tendencias de la economía-mundo	100
4.3 La naturaleza del Capitaloceno	109
4.4 Espacios de conflicto frente a las relaciones de propiedad capitalista	112
<b>Bibliografía</b>	<b>121</b>



## Agradecimientos

Este trabajo no hubiera sido posible sin los espacios colectivos de discusión y aprendizaje de la [Fundación de los Comunes](#). Cada una de las personas y nodos que forman parte han aportado algo, ya sea a través de sugerencias, críticas o comentarios en conversaciones informales o a través de artículos o revisiones del documento.

De forma destacada, queremos agradecer la revisión atenta de algunos de los capítulos o del conjunto del texto a Marta Domènech, Marc Pradel, Marta Beltrán, Alfons Pérez, Fefa Vila, Jaron Rowan, Julio Martínez-Cava, Nuria Alabao, Emmanuel Rodríguez y Adrià Rodríguez. Una mención especial merecen Jaime, Mauro y Laia de La Hidra, tanto por acompañar todo el proceso como por crear las condiciones para que pudiéramos dedicar tiempo a la investigación.

Todas estas aportaciones han hecho posible y enriquecido este trabajo. Cualquier error o imprecisión, así como el enfoque y contenidos del documento, son responsabilidad de los autores.



## Índice de gráficos

<b>Gráfico 1.1.</b> Tasa General de Beneficio Mundial durante el periodo 1950-2016 en países del G20	44
<b>Gráfico 1.2.</b> Tasas de beneficio en los países centrales (1850-2009) España y China (1950-2009)	45
<b>Gráfico 1.3.</b> Productividad del trabajo (% crecimiento del PIB por hora trabajada) en el periodo 1970-2019 en países del G7	46
<b>Gráfico 1.4.</b> Evolución de la participación de la renta del trabajo en la renta nacional bruta entre 1970-2016 en economías avanzadas	47
<b>Gráfico 3.1.</b> Emisiones territoriales (líneas continuas) y de consumo (discontinuas) en principales países emisores	82
<b>Gráfico 3.2.</b> European Green Deal	83
<b>Gráfico 3.3.</b> Compras netas acumuladas del Programa de Compra de Activos del BCE (en miles de millones de euros)	84
<b>Gráfico 3.4.</b> Inversión en energía por sectores seleccionados: 2015-2018 (en miles de millones de dólares)	86
<b>Gráfico 3.5.</b> Evaluación del mercado europeo de partenariados público-privados	91
<b>Gráfico 4.1.</b> Tasa general de beneficio y deuda global (mediana de la deuda respecto al porcentaje del PIB)	107



## Introducción

Los Freeling son una familia de clase media americana que vive en una urbanización de California. Él es promotor inmobiliario y ella es ama de casa. En mitad de una noche cualquiera, su hija Carol Anne empieza a hablar con la televisión y avisa a sus padres de que algo tenebroso va a pasar porque «ya están aquí». Un árbol monstruoso del patio trasero intenta llevarse a la niña y, a partir de ese momento, todo tipo de fenómenos paranormales amenazan sus vidas. Médicos, chamanes y parapsicólogos buscan el origen y la solución para el fenómeno. Al final resulta que toda la urbanización fue construida sobre un antiguo cementerio indio y un grupo de espíritus molestos quieren vengarse. Esta es la trama de la película *Poltergeist*, que bien podría ser interpretada como una metáfora sobre los mensajes que envía la naturaleza a la humanidad para que rectifique sus malos comportamientos. Sin embargo, desnuda de toda su fantasía, *Poltergeist* más bien nos muestra una concatenación de decisiones público-privadas en las que la violencia contra formas de vida pasadas y el imperativo del beneficio son las causas originarias del problema. Con la ayuda del Estado, la promotora inmobiliaria transforma los usos del suelo para asegurarse un pelotazo rentable sin considerar lo más mínimo todo el metabolismo social y cultural integrado. Dejando a un lado los árboles endemoniados, rápidamente aparecen el poder colonial, el capital inmobiliario y la naturaleza convertida en un recurso explotable. La conclusión sería que para diseñar una solución acorde a lo que ocurre en este mundo, parece sensato poner el foco en las relaciones de poder y en los factores estructurales que originan un problema.

En 1980 el historiador y activista Murray Bookchin afirmaba una idea similar en su carta abierta al movimiento ecologista<sup>1</sup>: «La energía solar, la fuerza eólica o la agricultura orgánica variarán muy poco nuestro desequilibrio con la naturaleza si dejan intactas la familia patriarcal, la empresa multinacional, la estructura política centralizada, el sistema de propiedad y la racionalidad tecnocrática». Enfatizando que ecología es sinónimo de ecología social, Bookchin integraba en el mismo conflicto el dominio humano de la naturaleza junto a la explotación de una clase por otra, la dominación de un grupo étnico por otro, el control de la sociedad por el Estado o el sometimiento de un pueblo al poder colonial.

El propósito de Bookchin era alertar sobre las carencias de unos diagnósticos que daban por buenas soluciones parciales y superficiales a la crisis ecológica centradas únicamente en su dimensión medioambiental; pero, ante todo, su objetivo político era exponer lo que consideraba el verdadero origen de esos impactos. ¿A qué problema fundacional se refería Bookchin? La respuesta de un convencido anticapitalista y libertario no podría ser otra: la raíz de las causas de la crisis ecológica se encuentra en una forma de organizar la producción, el consumo y las relaciones sociales dominada por el imperativo del beneficio, la centralización del poder y los sistemas de propiedad privada. La causa fundamental, según el padre del *comunismo*, es la economía de mercado y el sistema social de jerarquía y dominación. Bookchin no trataba de suspender la potencia de que se extendiera la crítica a la acción humana sobre el medioambiente, sino que advertía (con vehemencia) que por el camino se había perdido el origen causal de tales consecuencias.

1 Bookchin, M., «An Open Letter to the Ecology Movement», en *Toward an Ecological Society*, Black Rose Books, Montreal, 1980.

Pocos años más tarde, Raymond Williams ofrecía una visión compatible con la de Bookchin, pero señalando a su vez el haz de relaciones que convierte cualquier forma de vida, energía y recurso en un todo que es apropiado, transformado y explotado.

Lo que ahora se conoce como argumento ecológico no debe reducirse a sus importantes formas menores: la peligrosamente creciente escala de la contaminación industrial y química; la destrucción de algunos hábitats y especies naturales. [...] Lo que hay que confrontar es una versión de la Tierra y sus formas de vida como riqueza extraíble y consumible. Esta visión no solo considera las fuentes y recursos de muchas formas de vida, sino absolutamente todo, incluidas las personas como materia prima disponible para ser apropiada y transformada. En contra de eso, la cuestión ecológica ha demostrado, primero caso por caso y luego como una forma diferente de ver el todo, que un proceso físico complejo y su intrincado e interactivo proceso biológico no pueden ser tratados durante mucho tiempo de esa manera sin producir todo tipo de daños graves e imprevisibles<sup>2</sup>.

Es inevitable que estos argumentos parezcan hoy tan pertinentes como hace cuarenta años. La amplia difusión de un movimiento ecologista que exige medidas contundentes a los gobiernos para frenar el cambio climático es una llamada a la esperanza, pero también puede generar diagnósticos sesgados o incompletos. Si nos dejamos llevar por la inercia, pueden apoderarse de nosotros los mismos malentendidos espiritualistas que en *Poltergeist* o las confusiones políticas señaladas por Bookchin y Williams. No sirve de mucho sobredimensionar la pertinencia o la parcialidad de la aplicación de medidas medioambientalistas frente a la crisis ecológica, pero de menos sirve pensar que toda confianza depositada en ellas es cosa de optimistas y que matizar su capacidad transformadora es un entretenimiento de almas oscuras. Nuestro grado individual de optimismo o pesimismo no puede ser el baremo con el que medir el rigor de un diagnóstico y unas soluciones que afectan a lo común. El debate sobre nuestra fuerza presente y nuestra capacidad para diseñar un futuro mejor debería tomarse más en serio.

Si los programas de políticas públicas que prometen combinar crecimiento económico, transición ecológica y justicia social son la respuesta a la crisis, si esas diferentes versiones de los Green New Deal son la solución, ¿cuál es el problema? Este trabajo tiene como principal objetivo analizar qué tipo de solución son los *pactos verdes*, pero especialmente discutir cuál es el problema al que nos enfrentamos y analizar sus raíces. ¿Debe ser la humanidad la principal acusada en el juicio ecológico? ¿Cuáles son los orígenes y dimensiones de la actual crisis? ¿Es una crisis ecológica o más bien es una crisis de la ecología del capital? ¿Qué significa tal cosa y qué implicaciones políticas tiene? ¿Son el Green New Deal y el crecimiento verde respuestas adecuadas frente a la crisis global permanente?

Intentar aclarar las causas y los contornos de un problema cuyas consecuencias resultan inminentes puede parecer que solo es posible al precio de desentenderse de la urgencia del momento. En realidad, sucede más bien al contrario. Cualquier victoria política pasa antes por conquistar la definición del problema

2 Raymond, W., *Towards 2000*, Penguin, Harmondsworth, 1985.

que por implementar soluciones sobre contextos mal definidos o que acaban beneficiando a grupos dominantes. En rigor, eso es la hegemonía. Poco tiempo ganamos realmente si las respuestas a una crisis sistémica son ajustes que, prometiendo reducir la combustión fósil, a su vez reavivan el ciclo de acumulación capitalista, reeditan las alianzas público-privadas y reproducen la dominación del Norte sobre el Sur. ¿La urgencia de medidas que contrarresten algunas dimensiones de la crisis ecológica pasa forzosamente por aplicar los principios y la agenda del crecimiento verde? ¿No hay alternativa a la solución verde capitalista?

Según se activan las consultoras que mercadean con kits de soluciones instantáneas intentando absorber dinero público, nos sonríe la tentación de entrar en esa competición con un tono más popular y radical. Mientras tanto, nos espera una tarea política pendiente menos heroica y chispeante centrada en enmarcar bien cuáles son nuestras verdaderas preguntas políticas. Elegir esta opción no significa que todo objetivo se reduzca a alimentar certezas para la desesperanza o buscar un espacio cómodo en algún rincón de purismo reconfortante. Por lo menos no es nuestra posición. Más bien se trata de practicar la máxima honestidad intelectual y política para no camuflar problemas ligados al pasado que ya condicionan el presente sin dejar de formular propuestas para un futuro mejor. El juicio sobre si lo hemos conseguido o no queda a criterio de quienes lean de forma crítica los cuatro capítulos que hemos desarrollado.

En el primer capítulo exploramos las raíces históricas del Green New Deal separando los dos conceptos que lo componen para entender mejor la realidad política que se produce en su unión. Diseccionar la historia y los debates tanto del *New Deal* como de su componente *Green* nos lleva a cuestionar los fundamentos de quienes describen esta era ecológica como Antropoceno frente a las posiciones que la definen como Capitaloceno. Lo que está en juego no es un debate conceptual ocioso, sino una comprensión más precisa de la actual crisis para poder actuar políticamente.

En el segundo capítulo analizamos la crisis de la ecología del capital. La geografía radical nos ha enseñado que el capital no resuelve sus crisis cíclicas, sino que las desplaza en el tiempo o en el espacio. A su vez, encajona sus efectos en los segmentos de población y territorios con menor capacidad de respuesta política. Partiendo de esta hipótesis, desgajamos las diferentes dimensiones que componen la actual crisis general, que contiene tanto la crisis del modo de producción capitalista como la crisis del capitalismo financiarizado y la del actual *hegemon*.

En el tercer capítulo nos sumergimos en lo que propiamente se ha denominado Green New Deal, es decir, los programas de políticas públicas dirigidos a regular una economía baja en carbono como solución a la emergencia climática. A partir de las propuestas del contexto norteamericano, y especialmente de las diseñadas en la Unión Europea, nos preguntamos si es posible un proceso de *transición justa* bajo los programas verdes que, como veremos, no son cortafuegos de las trayectorias ya marcadas ni tampoco flotan por encima de las relaciones de poder existentes.

El cuarto y último capítulo se inicia con una panorámica de la economía-mundo, interpretando algunas de las tendencias de la última década en Estados Unidos, Europa y China. Una de las cuestiones que recorre todos los capítulos toma de

nuevo protagonismo: el fortalecimiento de una economía global público-privada. Frente a los intentos por reflotar una nueva fase del Capitaloceno, proponemos una tarea política tan compleja como urgente, basada en entender mejor las formas de apropiación del capital y en la necesidad imperante de transformar las relaciones de propiedad capitalista.

La energía para desarrollar este trabajo proviene de querer aportar elementos para la discusión política, producir un recurso más para la autoformación al tiempo que intentamos dar forma a una herramienta que ofrecemos para la caja común. Sin ser una excusa para justificar sus desaciertos, solo tendrá sentido en la medida que pueda ser debatida colectivamente.

# 1. ¿GREEN? ¿NEW DEAL?

<b>1.1 ¿NEW DEAL? LA REALIDAD HISTÓRICA FRENTE AL MITO</b>	<b>8</b>
1.1.1 Críticas a la visión tecnocrática y estatocéntrica	8
1.1.2 ¿Es posible un <i>New New Deal</i> hoy?	12
1.1.3 La Comunidad Económica Europea como extensión del New Deal	14
<b>1.2 ¿GREEN? KEYNESIANISMO, ECOLOGISMO Y ANTROPOCENO</b>	<b>19</b>
1.2.1 Los límites ecológicos del New Deal	19
1.2.2 El eterno retorno del malthusianismo	20
1.2.3 Antropoceno, un antropocentrismo renovado	23
1.2.4 Economía ambiental y economía ecológica: el debate en el corazón del Antropoceno	27
<b>1.3 CAPITALOCENO, LA ERA GEOLÓGICA DEL CAPITAL</b>	<b>31</b>



## Introducción

La profundísima crisis económica que ha sobrevenido a la irrupción de la pandemia de la covid-19 desde principios de 2020 ha acelerado muchas de las tendencias, más o menos subterráneas, que ya definían la coyuntura mundial. Una situación marcada por la atonía de la inversión, el estancamiento secular de la productividad y unas tasas de crecimiento anémicas. Tales tendencias decrecientes tienen como soporte políticas monetarias expansivas de los bancos centrales, que se han multiplicado durante la pandemia global.

Sin embargo, no es solo una cuestión de números. La actual también es una crisis de los discursos legitimadores del capitalismo y, a su vez, de los programas y las recetas de la izquierda política global. La solución financiera se va desplomando al no lograr convertir un modelo de apropiación de la riqueza en formas de gobernabilidad basadas en el consentimiento de las poblaciones excluidas y no solo en la coerción a través de la violencia o su amenaza. Se trata de una de las consecuencias visibles de la financiarización del capital y su carácter dominante en el proceso de acumulación. En ese sentido, nuestra época se presenta radicalmente diferente a esos momentos en que el capitalismo comercial o industrial era capaz de asumir la apariencia de un proyecto civilizatorio. En respuesta a esa incapacidad para gestionar los conflictos latentes aparecen nuevos marcos que prometen una nueva concordia social global.

En la primera parte de este capítulo, nos centramos en analizar las raíces históricas de la apuesta económica y política de la UE en la actualidad, el Green New Deal. Un marco que también se presenta como la alternativa para ocupar ese mismo lugar hegemónico en Estados Unidos, China y los países emergentes. *New Deal* y *Green* son dos componentes semánticos de larga tradición que, por separado, movilizan distintos afectos políticos. En su aparición conjunta, abren un campo de problemas relativamente novedoso. Por un lado, el *New Deal* revive ese momento mitológico en que capital y trabajo encontraron un espacio común de coexistencia en las refundaciones del Estado en la posguerra europea y americana. Por su parte, el *Green* remite de la manera más indiferenciada posible a una crisis ecológica de dimensiones gigantescas solo reconocida desde hace poco, y de manera limitada, por las agencias estatales nacionales, internacionales o transnacionales.

En la segunda y tercera parte, recorreremos los límites ecológicos del New Deal y las diferentes posiciones del ecologismo para construir el problema que define la relación entre capitalismo y naturaleza. En gran medida, estas disertaciones se pueden dividir entre las que proceden de la tradición de las ciencias naturales y apuestan por el término Antropoceno y las que proceden del campo político y que, vinculando los conflictos capital-trabajo con los asociados a capital-naturaleza, han acuñado el término Capitaloceno. Escapando de la discusión terminológica, el objetivo es intentar una descripción solvente de las diferentes realidades políticas que representan ambos términos y que enmarcan este trabajo.

## 1.1 ¿NEW DEAL? LA REALIDAD HISTÓRICA FRENTE AL MITO

La larga, inestable y precaria salida a la crisis de 2008 en todo el mundo ha ido diluyendo una orientación ideológica central: el imperativo del «libre mercado». Menos unos cuantos neoliberales trasnochados, apenas nadie defiende el libre mercado autorregulado desde una posición fuerte y convincente. Desde ese enfoque, el mercado se presenta como el mecanismo descentralizado ideal de coordinación de subjetividades cuya actividad, si no la malogra el intervencionismo estatal, se refleja en el sistema de precios. Pero resulta imposible sostener el suelo sobre el que reposa el liberalismo económico frente a la tendencia abrumadora de los capitales, en todos los grados de concentración, que huyen de la competencia instalándose en nichos de beneficio que, hoy por hoy, son en gran medida dependientes de las decisiones estatales. Si nadie quiere la competencia y a la vez es inevitable, el liberalismo tiene poco que decir. Solo le queda esperar a que vuelva a haber ganadores y perdedores nítidos en las guerras económicas, y ahí, si el capitalismo es capaz de fabricar una solución estable a su atolladero actual, los ganadores impondrán el credo de la competencia al resto.

En la crisis de 2008 ya resultaba muy complicado para el liberalismo económico, siempre en calidad de representante doctrinal de las finanzas, cuestionar la intervención estatal mientras se producían los rescates billonarios de bancos y fondos en medio mundo. En la actualidad, resulta imposible mantener la creencia sobre la desvinculación entre capital y Estado mientras se defiende que existe una esfera autónoma de la sociedad civil en la que reina el juego de la oferta y la demanda, allí donde opera el capital y de la que toma su legitimidad. Eso no quiere decir que la agrupación de elementos más o menos coherentes llamada neoliberalismo esté muerta del todo o que carezca de resortes para mantener posiciones aún muy dominantes.

La actual referencia al New Deal remite al giro del presidente Roosevelt hacia la regulación estatal del mercado tras la crisis de 1929. Al proclamar su vuelta, se intenta traer a primer plano el mito de la concertación armónica entre capital, trabajo y Estado. La triada quedaría unificada en una óptica macroeconómica keynesiana donde la inversión pública o privada, el crecimiento del PIB y la creación de empleo son esferas prioritarias de la política económica frente al control del déficit o la inflación. El New Deal también señala el momento, no menos mitológico, en que un gobierno y un presidente «cambiaron el mundo» a través de una revolución desde arriba que rediseñó las sociedades capitalistas avanzadas, empezando por su potencia emergente, los Estados Unidos, y sin poner en riesgo su carácter plenamente capitalista. Pero ¿qué hay detrás de este mito? ¿Qué condiciones históricas se dieron realmente para que avanzara el New Deal?

### 1.1.1 Críticas a la visión tecnocrática y estatocéntrica

Existen varias líneas de interpretación histórica del New Deal. La inmensa mayoría, al menos las que provienen de Estados Unidos, ponen el foco en la transformación que sufrieron los ideales del libre mercado americano<sup>3</sup> y que eran fundacionales desde que los colonos de la Costa Este se declararan país independiente. Otras interpretaciones subrayan el juego de poderes entre las

3 Esta lectura se puede encontrar en B. Ackerman, *We the people. Fundamentos de la historia constitucional estadounidense*, vol. 1, IAEN, Traficantes de Sueños, col. «Prácticas constituyentes», Quito-Madrid, 2015.

potencias no coloniales tras la guerra de 1914. Alemania y Estados Unidos pugnan por la hegemonía del mundo posterior a la caída del Imperio británico y del patrón oro en un proceso que muchos historiadores han nombrado como la muerte de la civilización del siglo XIX<sup>4</sup>. Tal enfoque también incluye la aparición inesperada de la Unión Soviética como actor central en la nueva configuración de fuerzas económicas y políticas globales. Fascismo, comunismo y keynesianismo-fordismo (en forma de New Deal) competían por hacerse hegemónicos tras la caída del liberalismo colonialista británico. El New Deal era la solución interna que ofrecía el capital, proponiendo una economía no planificada pero sí regulada, pensada para obtener el nivel máximo de recursos económicos activos y, a través de ellos, los máximos niveles de creación de empleo.

El relato estándar del New Deal presenta a Roosevelt como hombre de gran conciencia social dispuesto a terminar con el desempleo en Estados Unidos. Guiado por ese fin, Roosevelt se enfrentó a la derecha económica conservadora y a las grandes fortunas estadounidenses, subiendo los impuestos para financiar los programas de empleo público o producidos por la demanda efectiva del Estado. En efecto, el New Deal tiene algo de construcción del Estado como capitalista colectivo capaz de coordinar procesos de acumulación pujantes e innovadores en una economía nacional de tamaño continental, actuando por encima de los intereses particulares de los capitalistas individuales. Por otro lado, las políticas keynesianas relanzaron el proceso de acumulación hasta arrojar tasas de beneficio muy superiores a las registradas en todo el siglo XX en los países centrales, que convencieron temporalmente a las élites empresariales de las bondades del modelo keynesiano a ambos lados del atlántico y en Japón.

Retomada en nuestros días, esta mitología recubre simbólicamente una reclamación de la centralidad del Estado en el proceso de acumulación que, en la práctica, ya se ha producido. Tal dominio se resume en la toma a cargo de los poderes estatales tanto de la producción del beneficio creciente como su reparto entre los agentes capitalistas. Desde estas posiciones, se plantea un retorno al Estado inversor central como forma de movilizar recursos ociosos para lanzarlos al proceso de formación de beneficios. El origen de la inversión bien puede ser la creación de dinero o los recursos obtenidos en una reforma fiscal progresiva, adoptando una posición más ortodoxamente keynesiana. Es una visión que no solo coincide, sino que en muchos casos comparte la crítica a la financiarización como una ruptura del pacto social. Este relato tiene como nudo explicativo algo parecido a una secesión de los ricos, quienes han ido acumulando recursos en las últimas décadas, generando así desigualdades nunca vistas. Bastaría con recuperar estos recursos de las manos de los ricos por la vía fiscal para ponerlos a rendir productivamente desde la inversión pública y generar empleo abundante. De esta manera, se vuelve a legitimar al Estado capitalista como *primus inter pares* frente a los demás agentes económicos. El Estado actúa como salvaguarda de la supuesta función social indispensable del proceso de acumulación, es decir, la creación de empleo.

Contra esta visión tecnocrática y estatocéntrica se pueden plantear objeciones de varios tipos. Algunas críticas remiten al momento histórico en que nace el New Deal, siendo también válidas para el modelo que hoy se quiere asociar al

4 El término «siglo XX corto», popularizado por Eric Hobsbawm, parece que se ha establecido como la periodización aceptada del paso del ciclo liberal británico del XIX al ciclo fordista-keynesiano americano, al menos en su fecha inicial (1914-1991). Sobre la fecha de cierre hay menos acuerdo. La periodización puede variar dependiendo de si se toman como referencia los hitos políticos o los económicos. E. Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995.

término *Green*. En los puntos que siguen, desglosamos estas críticas para inmediatamente después retomarlas en una visión actualizada que nos permita entender los desajustes históricos y políticos de su reedición ajustada al contexto contemporáneo.

**I. La epopeya presidencialista.** Es inevitable empezar subrayando la crítica más consistente al mito que presenta el New Deal como resultado de la voluntad soberana de un presidente. Por el contrario, sin la participación activa de los sindicatos, que estaban en su punto álgido de capacidad de movilización e influencia de las políticas de Estado, jamás habría llegado a buen puerto. También es cierto que Roosevelt era consciente de esta condición. Posiblemente, en términos de modelo, la reforma más importante del New Deal fue la instauración de la negociación colectiva obligatoria<sup>5</sup>. El sindicalismo estadounidense, depurado de gran parte de la carga política del sindicalismo revolucionario europeo, se consolidó en los sectores emergentes que, desde los años veinte, perfilaban el modelo de la gran empresa privada y la gestión taylorista del proceso de trabajo. De hecho, la necesidad de un segundo New Deal en 1935 tiene que ver con el repunte de la lucha de clases que produjo el desempleo de masas. Muchas acciones fueron promovidas por comités de desempleados que escapaban a la disciplina de los sindicatos masivos como la AFL-CIO, pero que convergieron con ellos en los objetivos. El segundo New Deal, por tanto, debe ser leído como respuesta a las demandas de los sindicatos que, en contrapartida, debían trasladar a los trabajadores el nuevo credo de una economía basada en la demanda efectiva, los aumentos sostenidos de los salarios directos e indirectos y los seguros sociales generalizados.

**II. Keynesianismo de guerra.** Otra necesaria contextualización ligada a la anterior y que enmarca el primer New Deal está relacionada con las soluciones a las crisis de sobreacumulación, que suceden cuando la capacidad productiva del capital supera su capacidad para absorber fuerza de trabajo, y por tanto, el crecimiento de la población excedente genera una caída paralela de la demanda. En estas fases, las guerras cumplen el papel de destruir valor hasta hacer posible el relanzamiento de la acumulación en una escala superior sin topar, de forma inmediata, con los límites de la sobreproducción. La Segunda Guerra Mundial fue clave para que esto sucediera tras la década de crisis económica global posterior al *crack* del 29, abriendo de par en par la posibilidad a Estados Unidos para consolidarse como *hegemón* global. La movilización general que acompañó a la guerra en la economía estadounidense, con la entrada masiva de mujeres trabajadoras en la manufactura, conllevó una situación de pleno empleo y aumentos salariales inéditos. Este proceso determinó el contexto para que el modelo keynesiano-fordista se consolidara como régimen de acumulación en, al menos, dos sentidos. En primer lugar, como dispositivo para lanzar los niveles de productividad del trabajo y crecimiento por encima de sus máximos históricos. En segundo lugar, por la cadena de transmisión sindical; un modelo de ordenación social que integrará a las masas obreras en una nueva clase media que funcionará como el pivote social y cultural de la sociedad de posguerra.

5 La *National Labour Relations Act* de 1935 fue la primera ley que regularizó las relaciones sindicales en Estados Unidos y que marca el paso al segundo New Deal en ese mismo año. El primer New Deal (1933) se centró en la reforma económica, monetaria y financiera, y durante el mismo también comienzan las grandes obras públicas de la PWA (Public Works Administration). El segundo New Deal (1935) estará mucho más centrado en la gestión de la fuerza de trabajo y la delimitación de los ámbitos de la reproducción social.

**III. Mecanismos de exclusión.** Mediante su modelo de ordenación social, el New Deal produjo una serie de efectos de inclusión/ exclusión/ subordinación sobre distintos sujetos que, no por accidente, quedaban fuera del perímetro de la militancia sindical estándar. Por un lado, la fuerza de trabajo femenina movilizada para el esfuerzo de guerra fue en gran medida devuelta al ámbito doméstico. El papel asignado a la mujer era el de ama de casa taylorista y mecanizada dependiente del salario y los derechos sociales del marido<sup>6</sup>. Este reenvío de funciones económicas centrales a la esfera del trabajo doméstico no remunerado, incluida una fuerte tendencia a las políticas natalistas, saltaría por los aires con la emergencia en una escala superior del movimiento feminista a partir de 1968. Tampoco los afroamericanos fueron integrados. De hecho, fueron activamente excluidos en no pocas políticas sociales y de contratación. Los numerosos senadores y congresistas demócratas procedentes de Estados del sur que todavía aplicaban políticas de segregación bloquearon toda posibilidad de inclusión de la población afroamericana. Por último, el tercer vector de exclusión fueron los migrantes. Roosevelt siguió la tendencia marcada por el anterior presidente, Herbert Hoover, en la restricción de las cuotas legales de migrantes no provenientes de las Islas Británicas o de Europa occidental. La AFL, el entonces sindicato mayoritario de Estados Unidos, mantuvo una postura ferozmente contraria a la inmigración, contribuyendo al régimen de fronteras prácticamente cerradas.

**IV. Nuevo orden monetario mundial.** Una última objeción a la visión tecnocrática y estatocéntrica del New Deal la encontramos al enmarcar el orden financiero de la época. La ampliación de los niveles de gasto público necesarios para construir la demanda del Estado como un agente director del proceso económico, una dimensión fundamental del New Deal, fue garantizada por el nuevo orden monetario de Bretton Woods. La reestructuración del sistema de pagos mundiales, tras el hundimiento de las divisas nacionales durante el periodo de entreguerras y la crisis de la libra esterlina y el patrón oro, trajo las bandas de fluctuación de las monedas en torno al patrón oro marcadas por la consolidación del dólar como moneda de referencia mundial. En este sentido, Bretton Woods refrendó la posición de los Estados Unidos como *hegemón* global del proceso de acumulación, dotándolo de todos los beneficios en términos de emisión de moneda que garantizan los derechos de señoreaje<sup>7</sup>. La coronación de Estados Unidos como garante de la circulación monetaria global a través del dólar ahuyentó al fantasma de su posible pérdida de valor. En parte, esto ocurrió gracias a la puesta en circulación de nuevas masas de dólares para financiar el despliegue de las nuevas políticas públicas.

Todos estos elementos críticos relacionados no buscan discutir la interpretación historiográfica del New Deal, sino más bien la imagen ideológica que se ha transmitido de aquella época basada en un momento de esplendor y apogeo de la revolución *desde arriba* propiciado por la voluntad de hierro de un presidente iluminado. Un relato que, como todas las narraciones mitológicas, recodifica el pasado a la medida de las necesidades políticas del presente.

6 Dalla Costa, M. A., «Familia, políticas de bienestar y Estado entre progresismo y New Deal», en *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Akal, Madrid, 2009.

7 Steil, B., *La batalla de Bretton Woods*, Planeta, Barcelona, 2016.

### 1.1.2 ¿Es posible un *New New Deal* hoy?

Estirando este imaginario ideológico, la promesa es que la versión *Green* del *New Deal* cubrirá las necesidades de legitimación de la maltrecha socialdemocracia y de un socioliberalismo aún más lisiado. A su vez, es un relato de excelencia tecnocrática que sitúa a los economistas keynesianos y poskeynesianos en una carrera por ser la nueva capa de expertos que lideran las directrices económicas sin fricción alguna. En otras palabras: donde había neoliberales convencidos y ahora deslegitimados, toman posición los keynesianos en sus distintos grados de pureza doctrinal. Sin embargo, más allá del imaginario, la realidad plantea no pocos impedimentos a un *New New Deal*.

**I. Expertise keynesiana anclada al siglo pasado.** La imaginada toma del aparato económico por parte de un ejército de keynesianos para traer a las masas el credo de la demanda efectiva y los multiplicadores de la inversión se plantea como algo del todo ajeno a las luchas sociales. Para el keynesianismo realmente existente no tienen mayor valor aquellos elementos específicos de cada coyuntura histórica que pueden dar forma a nuevas demandas políticas o a versiones transformadas de las antiguas. En parte, lo que estos sesgos afirman es que los economistas keynesianos, críticos o no, siguen siendo economistas que llevan consigo una mentalidad de técnicos de Estado. Toda su formación se nutre de una imagen estereotipada de expertos que conocen la verdad económica y que la transfieren a los partidos políticos. En concreto, a los partidos socialdemócratas o socioliberales y en forma de políticas públicas prediseñadas. Desde esta atalaya, aseguran que la causa de la persistencia de las crisis es la «falta de voluntad política». El verdadero mensaje que esconde este réquiem es que los políticos son culpables de no haber elegido a quienes conocen las verdades de la ciencia económica para diseñar sus políticas: expertos keynesianos *buenos* frente a expertos neoliberales *malos*. En el caso del *New Deal* o del *Welfare State* europeo, esta falta de espesor histórico y político del keynesianismo se traduce en exigir una vuelta literal a estos modelos. Uno de los mayores defensores teóricos del *Green New Deal*, Robert Pollin, en un libro anterior a su conversión al verde<sup>8</sup>, proponía volver a las regulaciones del *New Deal* sin mayor especificación adicional, como si fuera una suerte de núcleo atemporal que encierra la verdad eterna en políticas económicas. Otros de los demandantes habituales de la *expertise* keynesiana o neokeynesiana son los sindicatos mayoritarios, vinculados a los aparatos de Estado. No es casualidad que exista esta relación estrecha: los sindicatos fueron integrados institucionalmente desde una posición gerencialista en el proceso de acumulación y en la construcción del modelo social fordista durante los años de concepción del *New Deal* y del *Welfare State*. La ecuación podría resumirse tal que así: el keynesianismo doctrinal crea la figura del sindicato incrustado en las estructuras de Estado, que representa al trabajo en la negociación colectiva, ahora obligatoria y convertida en un ritual de Estado, y décadas más tarde el sindicato da vida y sostiene al *expertise* keynesiano. Sin embargo, a medida que los sindicatos mayoritarios en Europa y Estados Unidos van replegándose durante los años setenta y ochenta, pierden legitimidad como representantes únicos del trabajo frente al capital. El resultado es que cada vez más capas sociales son expulsadas de forma creciente de ese radio de acción sindical. Entre otros motivos, esto es debido a que sus sectores laborales de mayor afiliación —aquellos ligados a la gran industria fordista— han vivido en una constante pérdida de empleo por la migración del

capital a Asia. Lo cierto es que los sindicatos mayoritarios ya no tienen la capacidad y la presencia social suficiente como para ser la correa de transmisión de un gran plan de reconstrucción social. Al tiempo, la falta de capacidad analítica de los economistas keynesianos sobre la realidad política presente hace muy dudoso que puedan encontrar otra instancia de inserción social que no sea de origen fordista. Desprovistos de la base social que sirva de núcleo, correa de transmisión y soporte suficiente para sus políticas, los partidarios de un nuevo New Deal carecen de las condiciones que hicieron posible su generalización durante los años treinta.

**II. Baja productividad del trabajo.** En términos propiamente económicos, no pueden ser mayores las diferencias entre un mundo arrasado en una guerra mundial que acababa de destrozarse grandes cantidades de valor y el mundo capitalista actual, definido por una crisis de sobreacumulación casi permanente desde finales de los años sesenta. La destrucción provocada por la guerra liberó espacio para un relanzamiento masivo de la acumulación a gran escala que traería los mayores niveles de expansión material que ha conocido el capitalismo en su historia. Uno de los fenómenos más visibles que definen nuestro mundo frente al que surgió en el New Deal es el drástico descenso de los niveles de productividad del trabajo en los países capitalistas centrales. La negociación colectiva rooseveltiana y sus variantes europeas necesitaban el excedente anual que arrojaban los altísimos niveles de productividad del trabajo para establecer el campo de las demandas posibles en la negociación por parte de los sindicatos. Sin el terreno de los incrementos de producción regulares por trabajador y hora como espacio preferencial para la redistribución, la relación capital-trabajo en la negociación colectiva queda atrapada en un juego de suma cero. Las ganancias de unos solo pueden venir de las pérdidas de otros, tal y como ocurre en el capitalismo financiarizado en que vivimos. De hecho, si las finanzas han hegemonizado el control político de la redistribución de recursos interviniendo en la toma de decisiones políticas es porque son la herramienta más eficaz que han tenido las clases dominantes para controlar la distribución y la redistribución del ingreso y la riqueza. Desde ahí, han podido someter y después reestructurar al viejo capital industrial que, a través del cambio tecnológico y la formación de capital fijo permanente, obtenía altísimos incrementos de la productividad durante la fase fordista.

**III. Tecnocracia ajena a los movimientos.** La sordera y ceguera keynesiana es absoluta ante todo lo que no sea la observación de su propio saber, una invalidez que también afecta a buena parte de los analistas políticos *progresistas* al uso. Así, resulta muy complicada una autocrítica que les lleve a solventar los evidentes problemas de integración de las mujeres o de los trabajadores no blancos, por no hablar de los que genera la defensa de regímenes de fronteras restrictivos como mecanismos de defensa del trabajador nativo. Más complicada aún resulta una autocrítica sobre el arrasamiento de los recursos naturales y la alteración a escala global de los procesos ecosistémicos provocados por la extenuación de las fuerzas productivas durante treinta años de políticas keynesianas. Esta absoluta incapacidad del economista keynesiano para pensar más allá de su marco teórico implica aún menos probabilidades de que su interpretación tecnocrática del New Deal tenga alguna encarnación en lo social, pasando por encima de los mayores vectores de luchas antagonistas a nivel global durante el ciclo posterior a la crisis de 2008: el feminismo, el antirracismo y las luchas migrantes. No es en absoluto necesario negar que desde posiciones de inspiración o abiertamente keynesianas se lanzaron algunos de los ataques más

feroces a la hegemonía neoliberal. No obstante, en una abrumadora cantidad de casos recientes, esa aparente crítica feroz deja entrever una voluntad de turnismo político global, con sus dos polos de *expertise* casi simétricos en su oposición. De esta manera, un neoliberalismo totalmente alejado de Adam Smith y Schumpeter daría relevo como credo tecnocrático global a un neokeynesianismo en el que Keynes y Kalecki no se reconocerían.

**IV. El orden de las finanzas.** Por último, el entorno monetario en que se movería hoy un nuevo New Deal está lejos del marcado por los acuerdos de Bretton Woods. El régimen de bandas de fluctuación fijadas para las monedas en torno al dólar —que aún se movía en los marcos de su valor en oro— favorecía un sistema formado por Estados-nación con capacidad para la devaluación competitiva de la moneda. Cuando una moneda se sobrecalentaba y desequilibraba las balanzas comerciales y de pagos, se procedía a una devaluación competitiva que volvía a poner a las empresas de un determinado Estado-nación en posición exportadora, reequilibrando así las balanzas. Ese modelo murió sin que parezca que vaya a resucitar en un futuro próximo. Las revalorizaciones y devaluaciones de las monedas nacionales son decididas, o muy seriamente condicionadas, por los mercados de divisas globales. En el caso de la Eurozona, ni siquiera hay monedas nacionales. Aquello que marca y jerarquiza los territorios desde un punto de vista político es el valor diferencial de los bonos del Estado en los mercados secundarios de deuda. En resumen, se desvanece un orden monetario transnacional que, mediante la regulación competitiva, permitía afrontar las tensiones sobre la moneda debido a la puesta masiva de dinero en circulación para financiar las políticas de expansión fiscal de los Estados-nación. En el ordenamiento actual, tanto las monedas como su cotización o, en el caso de la Eurozona, las primas diferenciales sobre los bonos, están determinadas directamente por los mercados. Más allá de los episodios de crisis de deuda soberana, los mercados ejercen una disciplina permanente sobre el régimen de gasto público de los Estados-nación.

El marco del New Deal no está del todo completo si, además de situar y comprender políticamente sus singularidades históricas frente a las del presente, no exploramos su relación con el nacimiento de las instituciones europeas. El famoso Plan Marshall fue el modelo de extensión a Europa del New Deal americano.

### **1.1.3 La Comunidad Económica Europea como extensión del New Deal**

Si en Estados Unidos la guerra fue una movilización productiva general, en Europa, principal campo de batalla de la guerra en su vertiente occidental, el resultado fue un territorio arrasado y unas sociedades desarticuladas y exhaustas. Europa era el espacio de la reconstrucción o, cabe decir, de las reconstrucciones. Tanto era necesaria la restauración física del territorio, incluyendo muchas áreas urbanas arrasadas, como del sistema productivo, destruido en tanto que subordinado al aparato bélico. Antes de afrontar estas dos líneas de reconstrucción, había que delinear la reconstrucción política del sistema de Estados europeos. El mosaico de Estados-nación europeos salidos de la Primera Guerra Mundial, en el periodo de auge del derecho de autodeterminación, quedó desbordado en sus aspiraciones de soberanía y autodeterminación después de que la crisis de 1929 en su versión europea lo hiciera saltar en pedazos.

El historiador económico británico Alan Milward<sup>9</sup> ha desarrollado la hipótesis más sólida acerca del nacimiento de las instituciones europeas, considerándolo una respuesta fundamentalmente estadounidense al desplome del orden nacionalista europeo de entreguerras. El Plan Marshall fue la extensión del keynesianismo como modelo de organización con producción análoga al New Deal, pero diferente en su formulación. Estados Unidos cerraba su proceso de unidad como nación-continente unida y designada para dirigir y organizar la fase de mayor expansión material del capitalismo en su historia. Mientras, Europa se encontraba con un mosaico de Estados-nación descompuestos y con tres potencias decadentes. A un lado la aspirante Alemania, derrotada en la guerra. Al otro lado, los restos de los imperios coloniales británico y francés, tras haber sufrido la mayor escala de daños por una guerra en su historia.

La solución que vehiculaba el Plan Marshall consistía en crear el Mercado Común, un área económica compartida, pero primero y ante todo comercial, que funcionara en la esfera transnacional y desde ahí coordinara a los Estados miembros. Frente a ese organismo transnacional, no había más solución que una cesión de soberanía de los Estados-nación. La ampliación del Mercado Común fue una herramienta de extensión de las condiciones para hacer viable el orden keynesiano en términos comerciales y monetarios.

Todo el espacio europeo occidental cayó bajo el control directo de Estados Unidos en la posguerra y, de forma indirecta, al marcar el paso de las condiciones económicas globales, delimitaba las condiciones de posibilidad del bloque soviético en Europa Oriental. Al concebirse como un ajuste meramente tecnocrático para las nuevas condiciones económicas, los Estados-nación podían aparecer como los responsables políticos del nuevo crecimiento, el pleno empleo y el consumo de masas. En última instancia, con cuerpos de altos funcionarios, gobiernos y ordenamientos político-jurídicos, los Estados aparecían como productores de la paz social. Sin embargo, sin las condiciones de partida garantizadas por la recién nacida Comunidad de las Comunidades Europeas, cada país habría tenido bastantes dificultades para construir el modelo keynesiano por su cuenta sin caer en la tentación de la tradicional guerra-saqueo europea entre Estados-nación con jurisdicciones minúsculas y nacionalismos encendidos.

Precisamente, gracias al paraguas de los acuerdos multilaterales europeos, Alemania pudo recibir mejor trato que en la Paz de Versalles, donde su papel económico se redujo a pagar deudas de guerra y reparaciones a los vencedores sin ningún límite temporal visible<sup>10</sup>. Sin un lugar para Alemania en el orden europeo resultaba imposible imaginar ningún tipo de prosperidad. Como se ha constatado después, el movimiento era de doble vínculo con una Alemania atada a Europa y así mismo Europa atada a Alemania. La posición de los gobernantes alemanes, en su mayoría adscritos al ordoliberalismo y diseñadores del modelo económico de la nueva República federal, estaba clara desde el primer momento<sup>11</sup>. La nueva soberanía económica alemana no podía estar subsumida en una entidad política sin un *volk* común. La cesión de soberanía solo podía ser parcial

9 Milward, A., *The European Rescue of the Nation-State*, Routledge, Londres, 1992.

10 Keynes, J. M., *Las consecuencias económicas de la paz*, Alianza, Madrid, 1995.

11 No es complicado escuchar los ecos del congreso del SPD en Bad Godesberg de 1959 y sus múltiples descontentos en el PSOE de la Transición española o en el debate más reciente entre *fundis* (fundamentalistas) y *realos* (realistas) en el Partido Verde Alemán. Partido que emergió para desbloquear las fuerzas de transformación que el SPD había encerrado bajo llave en Bad Godesberg y, desde el infame gobierno rojiverde de Gerhard Schröder y Joshka Fisher, terminó siendo una versión del reformismo económico y social del SPD, menos dependiente del poder sindical corporativista, que en Alemania es notable, pero igual de inocuo que el original.

y sujeta a una funcionalidad concreta que traería el bien mayor desde el punto de vista del Estado alemán: una división continental del trabajo<sup>12</sup>.

La nueva sociedad europea era un modelo que descansaba en la creación y sostenimiento de una oferta de empleo suficiente para absorber a la inmensa mayoría de la fuerza de trabajo de los Estados-nación europeos. Tal era el mecanismo central para la creación de consensos políticos internos, en su mayoría bruñidos en un bipartidismo de democracias cristianas y socialdemocracias, al que se sumaban los partidos comunistas, entonces *eurocomunistas*, en algunos países del sur.

En la República Federal de Alemania, el congreso del SPD en Bad Godesberg de 1959 sentó lo que sería el canon de todas las actas fundacionales de la socialdemocracia europea: renunciar al marxismo, aceptar la economía de mercado y (la que entonces era declaración más polémica) apoyar la propiedad privada de los medios de producción. El SPD sellaba así su largo proceso de integración en el Estado alemán, obviamente interrumpido por el ascenso del Tercer Reich, pero bastante anterior a la Segunda Guerra Mundial. Los debates entre Bernstein y Kautsky de un lado, y Rosa Luxemburg, Paul Mattick o Henryk Grossman del otro, unos desde el aparato del partido y otros desde el «ala izquierda» consejista<sup>13</sup>, finalmente terminaron por resolverse en los términos más cercanos a las posiciones revisionistas de Bernstein<sup>14</sup>.

La aceptación de la economía de mercado se hacía a través del compromiso con la santísima trinidad socialdemócrata: políticas keynesianas de gestión de la demanda, Estado de bienestar y planificación parcial de la economía a través de la nacionalización de empresas consideradas estratégicas. Unos principios plenamente coincidentes con la idea de la llamada *economía social de mercado*, sobre la que el ordoliberalismo construyó la República Federal Alemana. La declaración de Bad Godesberg, vigente para el SPD hasta la Declaración de Berlín de 1989, era sobre todo el momento de depuración final de los considerados restos del ciclo de 150 años de luchas obreras en Alemania que impedían

12 El canciller Erhard, en ejercicio como ministro de economía durante el gobierno de Adenauer entre 1949 y 1963, y luego canciller federal hasta 1966, es considerado el maestro de obra del modelo económico de la RFA y el representante de la escuela ordoliberal de mayor perfil político; era claro al respecto: «La idea de que un mercado común exige las mismas condiciones en la competencia, las mismas cargas, los mismos salarios, la misma jornada laboral o los mismos costes parciales, y de que tendría que crearse un sistema de asimilaciones para conseguir la nivelación, no puede armonizarse ni con la teoría ni con la práctica de la división internacional del trabajo». Erhard, L., *Economía social de mercado: su valor permanente*, Rialp, Madrid, 1994.

13 Este enfrentamiento distó mucho de ser un elegante intercambio de posiciones teóricas sobre la obra de Marx y se pareció mucho más a una guerra abierta en el seno del movimiento obrero alemán, reprimida, ya desde posiciones plenamente de Estado, por el ala integrada del SPD, sin escatimar en asesinatos políticos y violencia disuasoria para encuadrar a los muy dinámicos elementos revolucionarios del SPD. En el campo sindical, punto estratégico fundamental para dirimir el carácter de la socialdemocracia alemana, se operaron las suficientes fragmentaciones y jerarquizaciones de las categorías laborales, siendo nativos-migrantes y hombres-mujeres los dos ejes centrales de exclusión, como para que las capas nativas alemanas masculinas accedieran a las capas de cuadros intermedios del modelo alemán por la vía sindical, mientras categorías enteras de trabajadores que eran absorbidas por el meteórico crecimiento de la manufactura alemana tras la Segunda Guerra Mundial quedaban encuadradas de forma subalterna a las nuevas posiciones de mando sindical. Roth, K.H. y Ebbinghaus, A. *El «otro» movimiento obrero y la represión capitalista en Alemania (1880-1973)*, Traficantes de Sueños, colección «Historia», Madrid, 2011.

14 La crítica de Bernstein a Marx descansaba en la constatación, a primera vista y en el corto plazo, del carácter materialmente progresivo del capitalismo del cambio del siglo XIX al XX que, por un lado, estaba aumentando los niveles de vida de la clase obrera y, por otro, diluyendo la propiedad privada pura en la forma socializada de la sociedad por acciones. Evidentemente, las predicciones de Bernstein funcionan en un sentido temporal contrario a las de Karl Marx. Las posiciones de Bernstein, que de alguna manera ganan en Bad Godesberg, fueron palpablemente correctas en el corto plazo, pero hoy son inviables en la inmensa mayoría de sus formas, aunque los restos de las distintas socialdemocracias sigan sacándoles un rédito electoral, decreciente pero aún existente. El caso de Marx es a la inversa, en un primer momento los hechos parecían alejarse de su análisis de futuro, pero hoy son plenamente pertinentes, eso sí, una vez depurado de añadidos estatistas y estalinistas interesados de los distintos tipos de socialismo real o eurocomunismos. Para una revisión actual de los principios de la socialdemocracia alemana, hecha por sus propios *think tanks*, véase: Bläsuis, J.; Gombert, T.; Krell, Ch.; Timp, M., *Foundations of social democracy*, Friederich Ebbert Stiftung, Berlín, 2009.

la total integración del SPD como fuerza motriz del naciente Estado de la República Federal de Alemania. La naturaleza social y política del Estado alemán de posguerra, incomprensible sin tener en cuenta la fusión de facto entre ordoliberales, demócratacristianos y la socialdemocracia reformista de base sindical corporativista, ha sido tan poco estudiada en el resto de Europa como decisiva en su construcción.

En los cursos del *Collège de France* de 1979, Michel Foucault ofrece un temprano y por ello incompleto análisis de un neoliberalismo ya visible en algunos rasgos, pero todavía muy emergente. Foucault advierte que el problema de encaje del Estado alemán en Europa y en el mundo no está para nada solucionado. Un problema que es muy anterior al III Reich, al hundir sus raíces en la coexistencia de una emergente burguesía, gobernando el modelo mercantil y manufacturero capitalista en la parte Oeste, con las aristocracias militares de corte feudal, que mantuvieron una *segunda servidumbre* en el Este a base de modelos disciplinarios internos<sup>15</sup>:

La historia había dicho «no» al Estado alemán. De ahora en adelante será la economía la que le permita afirmarse. El crecimiento económico sigue ocupando el lugar de una historia claudicante. La ruptura de la historia, entonces, podrá vivirse y aceptarse como ruptura de la memoria en cuanto se instaure en Alemania una nueva dimensión de la temporalidad que ya no será la de la historia sino la del crecimiento económico.

A diferencia de Estados Unidos, en Europa ya existían bastantes mecanismos de aseguramiento colectivo antes de la Segunda Guerra Mundial. Muchos de ellos estaban fijados a los dispositivos de mutualización entre trabajadores y algunas instituciones del llamado Estado-providencia, resultado de los ciclos de luchas de los siglos XIX y XX. El Plan Marshall, que venía rodado en la práctica del New Deal, puso a la tecnocracia keynesiana al mando para incorporar estas instituciones del protoestado de bienestar anterior a la Segunda Guerra Mundial para un relanzamiento de la economía europea desde la perspectiva de la demanda efectiva. Una demanda efectiva que se expandirá a partir del espacio europeo integrado desde el punto de vista de los flujos comerciales, de capital y de fuerza de trabajo.

Estados Unidos puso en marcha un modelo que mezclaba los mecanismos de aseguramiento privados en la provisión de bienes de consumo colectivo, siendo la Sanidad pública el más prominente de ellos, con otros elementos de reproducción de la fuerza de trabajo que caían dentro de la esfera doméstica del trabajo reproductivo no remunerado. Esta particularidad estadounidense, desde luego favorecida por unos niveles de riqueza y proyección a futuro que nunca más volverá a tener la economía de Estados Unidos, ha sido objeto de una abundante literatura comparativa entre Estados Unidos y Europa. El viejo consejero Anton Pannekoek<sup>16</sup> ofrece una aportación clave. Pannekoek señala que la clase dominante americana, en la medida que no tuvo que hacer frente como clase a los restos del feudalismo, nunca ha sabido operar como capitalista colectivo, actitud correspondida por un sindicalismo mayoritario de carácter *lobbysta* y desprovisto de elementos políticos.

<sup>15</sup> Foucault, M., *El nacimiento de la biopolítica. Cursos del Collège de France 1978-1979*, Akal, Madrid, 2009.

<sup>16</sup> Pannekoek, A., *Workers Councils*, AK Press, 2003.

La esfera doméstica se gestionó mediante una restauración del modelo patriarcal desde nuevas bases tecnológicas y organizativas<sup>17</sup>. Siendo el salario la única vía de inserción social, el salario masculino debía ser lo suficientemente generoso como para restaurar el poder del hombre trabajador sobre la esfera doméstica. El Estado keynesiano nacido del New Deal reforzaba el poder del trabajador masculino para captar el trabajo no remunerado de la trabajadora ama de casa femenina en el marco de la familia nuclear convencional. Para la trabajadora no había un estatuto salarial directo sino mediado por la figura del marido.

En la escena transnacional, el indiscutible poder económico de Estados Unidos se fue agotando a medida que Alemania, y con ella la CEE y también Japón, fueron recortando las distancias a finales de los años setenta. La economía estadounidense se volvía más vulnerable a medida que perdía terreno económico debido a la caída progresiva de la rentabilidad de sus empresas. Como sucede con las potencias hegemónicas en el sistema-mundo capitalista, los costes derivados del papel de vigilante del orden capitalista mundial terminaron siendo una carga demasiado gravosa. A través de diferentes dinámicas (que retomaremos más a fondo en el siguiente capítulo) se abrió paso a la solución financiera y a una economía global dolarizada, sin referencia alguna al patrón oro.

Fue la hora de la venganza del liberalismo sobre el keynesianismo, con la inflación y la deuda pública como caballos de batalla. El nuevo liberalismo usó la denuncia de la incapacidad del keynesianismo para controlar los salarios y el gasto público. Para mediados de la década de los setenta, la socialdemocracia europea había hecho suyos los objetivos de control salarial y austeridad. La corta vida del intento keynesiano de François Mitterrand en 1981<sup>18</sup> vino a consolidar el *No Hay Alternativa* para las socialdemocracias europeas, quedando atadas a sus compromisos de fase y condenadas a repetir el programa económico y político con la trinidad keynesianismo-*welfare*-nacionalización parcial, un mantra ya desvinculado de sus condiciones sociales de posibilidad. Mientras, el neoliberalismo ascendente aspiraba a destruir esos mismos compromisos que sus predecesores liberales aceptaron a regañadientes y por el camino desvincularse, no ya de sus acuerdos puntuales, sino de sus criaturas políticas temporales como las medidas intervencionistas y arancelarias.

Sin embargo, Europa languideció durante toda la larga crisis iniciada en 1973 y que duró hasta los primeros ochenta. En esos años se encabalgan las victorias de Mitterrand en Francia y de Thatcher en Reino Unido, abriendo el escenario europeo a nuevos poderes nacionales que llevaron a la esfera continental debates inéditos en la década anterior, en la que Europa, muy golpeada por la profundidad de la crisis, apenas pudo mantener en pie la Política Agraria Común. La caída del Muro de Berlín y la reunificación alemana favorecieron que se aceptase como inevitable la muerte paulatina del gigantesco aparato del *Welfare State* europeo, dando paso a la privatización por etapas (pero irreversible) de cuantos se consideraban activos públicos desmercantilizados. En este caso (y aquí reside la inversión del sentido común antes dominante) ello no ocurre por una confianza en la economía salarial privada como mecanismo capaz de proveer la demanda efectiva de sanidad, los fondos de pensiones, la educación o la vivienda a precios de mercado, como sucedía en los Estados Unidos del

17 Para una visión clarividente: M<sup>a</sup> Fernanda Rodríguez, «Ideología de género y estrategias políticas de clase en el auge de los fascismos: el caso de EE. UU.», en Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo, Fundación de los Comunes, Traficantes de Sueños, Madrid, 2020.

18 Attali, J., C'était François Mitterrand, Fayard, París, 2006.

New Deal, sino como un nicho de negocio para unas finanzas ávidas de unos beneficios que no encuentran en los ciclos industriales.

El tratado de Maastricht de 1992, que da nacimiento a la Unión Europea, ratifica el proceso de puesta en marcha del euro y del Banco Central Europeo, dando el visto bueno a la elevación del control presupuestario, el control salarial, las privatizaciones y los recortes del *Welfare State* al rango de normas fundacionales. Las políticas de austeridad proveen la línea económica central de la Unión Europea post-Maastricht, firmemente asentada en principios bastante ajenos a los del Plan Marshall. En este caso, quien se venga de su archirrival Keynes es el gurú austriaco del liberalismo económico, F. A. Hayek. En su panfleto *Camino de servidumbre*<sup>19</sup>, Hayek advierte que ningún orden transnacional es democrático, pero son necesarios órdenes transnacionales (no democráticos) para que las políticas económicas neoliberales no estén sometidas al capricho de los Estados-nación y su *leviatanesca* persecución de la libre empresa. Algo bastante parecido a lo que unos cuantos altos funcionarios y políticos profesionales, crecidos y desarrollados en el marco del New Deal Europeo, firmaron en Maastricht.

## 1.2 ¿GREEN? KEYNESIANISMO, ECOLOGISMO Y ANTROPOCENO

Una vez puesto el New Deal en su contexto histórico, y trazada su relación indisoluble con la corriente económica keynesiana, queda situarlo frente al *Green*, el otro término de la ecuación. En principio, pocas corrientes económicas y políticas son tan opuestas como ecologismo y keynesianismo. Por ese motivo y como parece lógico, para recorrer la relación *Green-New Deal* resulta útil empezar por enfrentar ecologismo y keynesianismo.

### 1.2.1 Los límites ecológicos del New Deal

Sin margen de comparación con otras, el keynesianismo es la corriente que ha producido un mayor y más rápido crecimiento de las fuerzas productivas. Si hubiera que resumir el objetivo y el método del keynesianismo bien podría ser a partir de su ciclo virtuoso. En primer lugar y como principal premisa, que haya el suficiente dinero en circulación para poder usar hasta el extremo la capacidad productiva social. Cumplida esa premisa, el ciclo continúa absorbiendo toda la demanda social de trabajo. Por último, a partir del incremento de nuevas mercancías que se enfrentan a una nueva masa salarial en ascenso y que las absorbe, el círculo virtuoso keynesiano se cierra con la vuelta del dinero en forma de inversión ampliada. La crítica ecológica de la economía, por su parte, defiende que sin una integración de los procesos económicos en las dimensiones que permite la biosfera, el capitalismo supera necesariamente los límites de capacidad del planeta, haciendo imposible sostenerlo en el tiempo. El aumento exponencial en el uso de materiales y energía lleva al agotamiento de los recursos y a la destrucción de los ecosistemas (evidentemente también de los urbanos).

Comparar ambas posiciones pasa por recalcar que para el keynesianismo la sola noción de límites a la producción resulta problemática, y normalmente, de admitir la existencia de límites se sitúan en la esfera interna del proceso de

19 Hayek, F. A., *Camino de servidumbre*, Alianza, Madrid, 1996.

acumulación, allí donde se enfrenta con las normas administrativas concretas. Pero la noción de límite exterior es totalmente ajena al keynesianismo. No hay más límite que los mercados por la disponibilidad de liquidez, las interrupciones del proceso de producción y las malas regulaciones que sitúan al proceso económico en algún punto subóptimo. Puede haber errores en la regulación, en los Bancos centrales o en el proceso tecnológico, pero el planteamiento en sí no conoce fallo. En realidad, esto es algo que el keynesianismo comparte formalmente con el neoliberalismo más puro: las crisis se deben a que las instituciones y las administraciones no han sido suficientemente liberales (o, dado el caso, keynesianas). El New Deal, con su tendencia a construir miles de presas y a drenar los acuíferos hasta secarlos para irrigar el desértico *Dust Bowl*, tampoco parece el modelo de políticas públicas preferido por los militantes ecologistas.

Dicho fácil: para el keynesianismo la naturaleza no existe. Se tendrá que generar un sistema de pagos compensatorios «a la naturaleza» para que quepan fenómenos de agotamiento o destrucción de recursos en su sistema. Sistema en el que simple y llanamente solo los números, preferentemente los asociados al dinero fiduciario, tienen y producen realidad. Poco sorprende entonces que el concepto económico más criticado por los distintos ecologismos sea un invento keynesiano. Se trata de la medida del crecimiento a partir de los movimientos del PIB calculado por las oficinas estadísticas nacionales a partir de la metodología de la Contabilidad Nacional (y que designa el valor del flujo de bienes y servicios anual, trimestral o en otras fases temporales).

El PIB es un indicador de velocidad, no de dirección. Es una medida incapaz de dar cuenta del perjuicio que causa a la sociedad la producción de esos valores monetarios que cuando son positivos se contabilizan con gran exactitud, pero que no se ven cuando son negativos. Resulta útil acudir a ejemplos de libro de texto para medir el nivel de ceguera. En un accidente masivo al que llega una ambulancia pagada, el PIB nos dice que es una situación de crecimiento económico por el flujo de dinero que genera la ambulancia. Si una mujer cobra por su trabajo en el ámbito doméstico su actividad se registra en el PIB, pero si no recibe remuneración no queda registrado y su trabajo, que sigue siendo el mismo, simplemente no ha ocurrido. Por supuesto, el PIB tampoco registra la destrucción de ecosistemas, la contaminación de aire, agua y suelo o el agotamiento de los recursos minerales de la corteza terrestre. Para el PIB, herramienta keynesiana por excelencia, unos misiles o un producto tóxico letal son deseables socialmente porque son dinero. No hay más dirección que la marcada por el dinero.

### 1.2.2 El eterno retorno del malthusianismo

El error de confundir valor y precio es algo expresado en prosa o en verso por una tradición política que va desde Aristóteles a Machado. El riesgo ligado a los intercambios monetarios, al ocultar la base biofísica y social que los hace posibles, es algo posiblemente conocido desde las primeras economías monetarizadas. Incluso es probable que se haya sabido mejor en esas primeras economías que en el capitalismo financiarizado actual. Pocas formulaciones tan clásicas como la de Polanyi en *La gran transformación* cuando define trabajo, tierra y dinero como las mercancías ficticias que, al entrar en la órbita del mercado, infligen heridas profundas o de muerte a las sociedades sometidas al capitalismo<sup>20</sup>.

20 Polanyi, K., *La gran transformación*, La Piqueta, colección «Genealogía del Poder», Madrid, 1986.

En su larga disquisición filosófica sobre el *fetichismo de la mercancía*<sup>21</sup> con la que abre *El capital*, Marx aclara que al decir *capital* se refiere a la producción social, primero enajenada y privatizada y después fetichizada en forma de dinero, perdiéndose las huellas de la producción en la equivalencia general. En última instancia, estas mutaciones del capital confieren un poder nunca visto a una parte de los seres humanos sobre otros, lo cual remite a una dominación sobre el trabajo y la energía también inauditas.

El ecologismo, en su despegue posterior a 1968, entró de lleno en la tradición materialista de desvelamiento de la ruptura originaria con la tierra que suponen las economías de mercado capitalistas. Sin embargo, el ecologismo nunca ha terminado de librarse del malthusianismo desde el que irrumpió en los años sesenta, avisando de los peligros del exceso de población. Una tradición que nace en el *Primer tratado sobre la población* de Malthus, centrado en denunciar la existencia de un excedente demográfico que crece más rápido y no puede ser abastecido por la capacidad productiva agrícola. El meteórico crecimiento de la productividad agrícola al poco de escribir Malthus a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX deja claro que sus escasas luces no han sido obstáculo para que su apenas disimulada demonización de los más pobres vuelva a presentarse en la forma de una necesaria escasez de recursos provocada por el excedente poblacional. De hecho, cada cierto tiempo la filiación malthusiana vuelve a primer plano dentro de los múltiples enfoques que hoy componen el ecologismo político. Ahora bien, no solo el malthusianismo estuvo presente en la primera oleada de contribuciones a la ecología política. *Primavera silenciosa*, la clásica obra pionera de Rachel Carson, señalaba de forma nítida hacia los intereses económicos y empresariales como responsables del envenenamiento del suelo, el aire y el agua por el uso masivo de insecticidas y otros plaguicidas. En el fondo, era tanto como denunciar las razones económicas que guían la corrosión y destrucción de los ecosistemas que hacen posible la vida humana<sup>22</sup>. Conclusión que, en síntesis, bien podría representar una hipotética declaración fundante del *Antropoceno*.

En el momento en que se publicó *Primavera silenciosa*, la entonces emergente ecología no era *antropocenista*, sino sobre todo malthusiana. A veces por sí mismo y otras en hibridación con los enfoques del Antropoceno, el malthusianismo ha seguido haciendo apariciones más o menos puntuales en los planteamientos de una parte no pequeña del movimiento ecologista. Basta recordar los éxitos editoriales en los años sesenta de Paul y Anne Ehrlich que alertaban sobre la necesidad del control demográfico frente al crecimiento «excesivo» de la población mundial. No ahorraban en argumentos, fácilmente interpretables desde el autoritarismo, al sugerir que se debía «tener control de la población doméstica, con suerte a través de un sistema de incentivos y sanciones, pero por compulsión si los métodos voluntarios fallan. Debemos usar nuestro poder político para impulsar a otros países a ejecutar programas que combinen el desarrollo agrícola y el control de la población»<sup>23</sup>. Es decir, todo un programa con tintes de exterminio que para desarrollarse no necesita menos que el poder absoluto.

21 Marx, K., *El capital*, libro I, FCE, México, 1949.

22 Carson, R., *Primavera silenciosa*, Crítica, colección «Clásicos de la Ciencia y la Tecnología», Barcelona, 2010.

23 Especialmente Ehrlich P. R., Ehrlich A. H., *The population bomb*, Pan, Londres, 1971. En artículos más recientes, continuaron trabajando sobre las mismas hipótesis, relacionando sobrepoblación y colapso, véase: Ehrlich P. R., Ehrlich A. H., «Can a collapse of global civilization be avoided?», *Proc R Soc B* 280: 20122845, 2013.

Otro ejemplo de la época es el tan famoso como disparatado artículo de Garret Hardin «La tragedia de los bienes comunes»<sup>24</sup>, donde confunde «propiedad comunitaria» con «libre acceso a los recursos» para terminar proclamando que «lo que es de todos no es de nadie». Un canto a la propiedad privada que ni los economistas de la escuela neoclásica austriaca se atrevieron a entonar. En esta constelación, entonces emergente, resultaba relativamente complicado dar un paso más allá de la visión basada en una humanidad ciega de sus conexiones entre sí y con la tierra que se envenena sin saberlo. Fuera de foco quedaba la mirada sobre una crisis ecológica estructural resultado del sometimiento al beneficio que impone el capitalismo a la tierra, el trabajo y el dinero, antes arrebatados a lo social y a lo comunitario. La reproducción del poder de los capitalistas, beneficiarios últimos de este modelo de explotación, quedaba camuflada en una visión donde la «humanidad» o «población» no añadían más matices.

El malthusianismo y sus variaciones no tienen el menor interés en recorrer el camino de la reconstrucción de tierra, trabajo y dinero como dimensiones que anidan en el corazón de comunidades y sociedades. Validando lo inmediato, ahondan la brecha entre la noción culturalmente convencional de «lo natural» y lo que en general se entiende como «sociedad» o «economía». En su mayoría herederas de las ciencias naturales, este tipo de posiciones suelen utilizar versiones extraordinariamente planas de lo que excede sus ámbitos académicos. No es casualidad que Paul Ehrlich fuera entomólogo. En tales codificaciones de lo social, la crisis ecológica se resuelve de forma similar a, si en lugar de un exceso de personas, se hubiera detectado una plaga de pulgones, garrapatas o langostas. Sean humanos o insectos, el excedente debe ser eliminado hasta que la causa del mal vuelva a unas dimensiones moderadas. El propio Hardin, tras plantear la falsa disyuntiva entre propiedad privada o destrucción del recurso, reclama un *Leviatán* que evite los desastres de la propiedad comunal y su guerracivilismo, entrando de lleno en el terreno del autoritarismo político<sup>25</sup>.

La cuestión de fondo es que enfoques como los de Ehrlich o Hardin, que en el ámbito académico se descartarían por su absoluta falta de rigor<sup>26</sup>, persisten aún vivos a pesar de su inconsistencia epistemológica, histórica y empírica. La explicación de su perseverancia es que sus planteamientos «científicos» designan posiciones políticas que siguen vivas, pertenecientes tanto a las tradiciones fascistas y conservadoras como a las liberales y comunistas, aunque estas últimas sean menos ingenuas en la designación de quién es «población superflua». Solo pedir que se abstraigan factores de clase, raza y género para considerar fríamente el problema de la superpoblación supone subir el primer eslabón hacia la apología del dominio, la explotación y el exterminio.

Una segunda posición, el Antropoceno, se sitúa en el punto marcado por *Primavera silenciosa* al señalar hacia unos seres humanos ciegos a los efectos no deseados del uso del dinero sobre la tierra y sus consecuentes relaciones internas y causalidades externas. Designa un conflicto entre el dinero como función de las relaciones humanas, desvinculado del capital entendido como relación de dominio y explotación, y la lógica de la biosfera, de la que forman parte esos mismos seres humanos.

24 Hardin, G., «The tragedy of the commons», en *Science*, 13 de diciembre de 1968, vol. 162, *issue* 3859, pp. 1243-1248

25 Citado en E. Ostrom, *El gobierno de los bienes comunes*, FCE, México, 1990.

26 La crítica más concluyente desde los parámetros de la academia a Garret Hardin es la de Elinor Ostrom en *El gobierno de los bienes comunes*. Ostrom parte de los propios principios del *rational choice* para extenderlos en su análisis sobre la perseverancia histórica de instituciones de acción colectiva que gestionan recursos bajo sistemas mancomunados, *ibid.*

Aquí empieza la crítica ecológica de la economía, siempre dentro de unos límites de «lo económico» marcados por las divisiones académicas. La crítica del dinero como función social que nos ciega frente a la destrucción de la naturaleza encaja perfectamente como crítica al dinero hiperfuncional de la economía keynesiana. Para esa doctrina, el dinero es el único medio posible para lanzar al máximo el desarrollo de las fuerzas productivas y, al tiempo, producir empleo en las cantidades necesarias para legitimar todo el modelo.

### 1.2.3 Antropoceno, un antropocentrismo renovado

El Antropoceno resalta la influencia determinante del comportamiento humano sobre la Tierra y en base al dominio de esa acción constituye una nueva era geológica. En la medida en que una posición política asume una unidad de la acción de los seres humanos sobre sí mismos o sobre sus condiciones materiales de existencia aparece el sujeto «sociedad» o «humanidad». Ya se asuma una u otra posibilidad, estos enfoques se mueven en el terreno de una mistificación cuasiteológica, donde no es difícil reconocer al uno omnipotente llamado Dios.

Siguiendo el planteamiento unitario, resulta tentador pensar que la humanidad está dinamitando la vida en la Tierra o que el capital entendido como metáfora de la humanidad actúa como una fuerza ciega y desinformada sobre la esfera prístina de lo natural. Tal separación entre *Naturaleza y Sociedad* ha sido la fórmula seguida por los estudios medioambientales. Sin embargo, el diagnóstico materialista sobre esta cuestión es del todo diferente, en esencia por cuatro motivos concatenados que expresen la crítica al Antropoceno.

**I. La relación capital-naturaleza.** «La naturaleza» que «la humanidad» está explotando y agotando, y que al parecer desencadena su venganza en forma de desastres ecológicos, está en realidad internalizada en la circulación y acumulación de capital. Lo cierto es que el capitalismo es un sistema ecológico en constante funcionamiento y evolución dentro del cual tanto la naturaleza como el capital se producen y reproducen continuamente. Tal sistema, que no está preñado de sustancias («la naturaleza», «la humanidad», «el capital») sino de relaciones, se construye a partir de la unidad contradictoria de capital y naturaleza. Si hay problemas graves en la relación capital-naturaleza se trata de una contradicción interna y no externa al capital. Por ejemplo, el huracán Katrina supuso en Estados Unidos, y en cierta medida también en el resto del mundo, un punto y aparte. La evidencia de la devastación de los barrios más pobres y afroamericanos de Nueva Orleans fue trayendo a primer plano una interpretación de las catástrofes naturales como fenómenos sociales y políticos, hasta entonces circunscrita a la geografía radical. En este ámbito, Mike Davis, uno de los primeros autores que buscó el punto de análisis histórico sobre los fenómenos naturales en su monumental *Los holocaustos del fin de la era victoriana tardía*, avanzó una interpretación singular de las enormes hambrunas que asolaron a finales del siglo XIX al Raj británico en la India. Interpretación también del desajuste en los sistemas hidrológicos en las grandes cuencas de irrigación chinas que provocaron el multitudinario levantamiento Taiping (1851-1864) en las tierras interiores de China del sur y la impresionante rebelión popular de los llamados *Boxers* (nombre puesto por los ocupantes ingleses a los rebeldes por su conocimiento de las artes marciales) contra las potencias ocupantes extranjeras en las tierras interiores del norte de China entre 1899 y 1901.

Mike Davis analiza simultáneamente las estructuras del poder colonial en Asia y los patrones de circulación atmosférica conocidos como *El Niño* y *La Niña*, para concluir que los cambios en los regímenes de precipitación debidos a ambos fenómenos no bastaban *per se* para explicar las hambrunas. Las tácticas de desabastecimiento intencionales del Imperio británico rompieron la economía de subsistencia del subcontinente, que garantizaba unos mínimos de control de los campesinos sobre sus condiciones de vida. La hambruna fue el método utilizado para introducir el régimen de producción de la aldea de la India en el mercado mundial, o lo que es lo mismo para suprimir cualquier poder sobre las condiciones de vida materiales de la aldea. Según Davis fue la conjunción interesada de ambos elementos, históricos y ecológicos, lo que produjo el fenómeno *hambruna*; y fueron las elites coloniales capitalistas quienes sacaron rédito político de él<sup>27</sup>.

**II. El capitalismo es una forma de organizar la naturaleza.** Como señala Jason Moore<sup>28</sup>, el capitalismo produce naturaleza o es una forma de organizar la naturaleza. En el último medio siglo, la división internacional del trabajo, la financiarización de la economía o la introducción de servicios públicos o bienes comunes en la lógica de mercado han producido una «naturaleza histórica». Hay paisajes y formas de vida integradas en las burbujas inmobiliarias y en cada arreglo espacial. Dicho de otra manera: en la medida que la temperatura mundial crece debido a los procesos de mercantilización, comercialización y consumo, eso trae consigo un metabolismo específico. Vivimos en un ecosistema producido a partir de las soluciones diseñadas por las fuerzas capitalistas y los pactos en los que han tomado parte para alcanzar un imposible en su intento de equilibrar la unidad contradictoria capital-naturaleza sin dejar de producir beneficios privados. Es un ecosistema a pesar de no ser armónico, sostenible o autorreparable en una escala cada vez mayor (y esta es la denuncia medioambientalista basada en los resultados de la investigación ecológica). Para designar las diversas fases cuya sucesión forma la historia del capitalismo, Nancy Fraser propone el término «regímenes de acumulación socioecológicos», que se diferencian entre sí por dónde establece cada uno la línea entre economía y naturaleza y por el modo en que efectúan esa división. Siguiendo a Fraser, la trayectoria histórica de la contradicción ecológica del capitalismo abarca cuatro regímenes de acumulación que, en cada caso, han producido una «naturaleza histórica» específica: la fase capitalista mercantil (siglo XVI y el XVIII), el régimen colonial-liberal (durante el siglo XIX hasta comienzos del XX), la fase dirigida por el Estado (segundo tercio del siglo XX), y el actual régimen de capitalismo financiarizado<sup>29</sup>.

**III. Una acción humana muy particular.** No es la humanidad quien actúa de manera coordinada en el diseño de cada naturaleza histórica. La categoría «humanidad» no designa más que a un sujeto abstracto e indefinido al cual solo es posible formular como agente unificado si se ignora el conjunto de relaciones de poder que lo atraviesan. Sin embargo, también esa unidad etérea y homogénea que descansa de manera armoniosa dentro de «la humanidad» es la médula espinal de los enfoques ecologistas que tipifican nuestra época como Antropoceno. El término se acuña en un artículo del premio nobel P. J. Crutzen

27 Davis, M., *Los holocaustos de la era victoriana tardía*, PUV, Valencia, 2006. Fue también Mike Davis quien apuntó a una línea menos conocida, pero desde luego también más orientada a un análisis propiamente político, de fusión entre el espacio de las ciencias sociales y naturales en su reivindicación del proyecto de historia climática del historiador francés de la escuela de Annales, Emmanuel LeRoy Ladurie. Davis, M., «Tomándole la temperatura a la historia: las aventuras de Leroy Ladurie en la Pequeña Edad de Hielo», en *New Left Review*, n.º 110, mayo-junio de 2018.

28 Moore, J. W., *El capitalismo en la trama de la vida*, op. cit.

29 Fraser, N., «Los climas del capital», *New Left Review*, 127, marzo-abril de 2021.

publicado por la revista *Nature* en el año 2002, en el que tras enumerar una serie de impactos «antropogénicos» sostenía que:

Nos parece más que apropiado subrayar el papel central de la humanidad en la geología y la ecología proponiendo el uso del término Antropoceno para la época geológica actual. [...] Asignar una fecha más específica al inicio del Antropoceno parece algo arbitrario, pero proponemos la última parte del siglo XVIII, aunque somos conscientes de que se pueden hacer propuestas alternativas (algunos pueden incluso querer incluir todo el Holoceno). Sin embargo, elegimos esta fecha porque, durante los dos últimos siglos, los efectos globales de las actividades humanas se han hecho claramente perceptibles. Este es el periodo en el que los datos recuperados de los núcleos de hielo glacial muestran el comienzo de un crecimiento de las concentraciones atmosféricas de varios «gases de efecto invernadero», en particular el CO<sub>2</sub> y el CH<sub>4</sub><sup>30</sup>.

En 2011 Crutzen, junto a otros proponentes del término, lo ponen al día y proponen formalmente su adopción para designar una nueva era geológica que seguiría al Holoceno<sup>31</sup>:

Hasta ahora el concepto del Antropoceno se ha limitado casi enteramente a la comunidad de investigadores. ¿Cómo será percibido por el público en general y por los líderes políticos o del sector privado? Si el debate sobre la realidad del cambio climático antropogénico supone un indicio, el Antropoceno será un concepto muy difícil de aceptar para muchas personas. Cada vez se reconoce más el aumento del escepticismo climático, no como un debate científico sobre pruebas y explicaciones, sino más bien como un debate normativo profundamente sesgado por las creencias y los valores (y, ocasionalmente, por un cínico interés propio). El escepticismo climático, o más apropiadamente la negación del cambio climático contemporáneo y/o sus causas humanas es, en muchos casos, un ejemplo clásico de «disonancia cognitiva»; es decir, cuando se presentan hechos que desafían una creencia profundamente arraigada, el creyente se aferra aún más fuertemente a sus creencias y puede comenzar a hacer proselitismo ferviente ante otros a pesar de la creciente evidencia que contradice la creencia. Esta respuesta puede ser aún más pronunciada en el Antropoceno, cuando se cuestiona directamente la noción de «progreso» humano o el lugar de la humanidad en el mundo natural. De hecho, los sistemas de creencias y los supuestos que sustentan el pensamiento económico neoclásico, que a su vez ha sido uno de los principales impulsores de la Gran Aceleración, se ven directamente desafiados por el concepto del Antropoceno.

30 Crutzen, P. J., «Geology of mankind», en *Nature*, 415, 23 de enero de 2002.

31 Crutzen, P. J.; Grinevald, J.; Steffen, W. y McNeill, J., «The anthropocene: historical and critical perspectives», en *Philosophical Transactions of The Royal Society A Mathematical Physical and Engineering Sciences*, 369(1938), pp. 842-67, marzo de 2011.

El aliento que hay detrás de estas palabras es claramente político y transformador: no es ese punto el que estaría en juego. Sin embargo este párrafo, como ejemplo típico de muchos otros, se halla lejos de cuestionar las posiciones clásicas del *expertise* en el organigrama de los Estados capitalistas occidentales. El experto informa de una realidad futura desconocida por la inmensa mayoría de la población, a quien convertida en opinión pública se informa para que, finalmente, el político decida. Una separación que resulta hoy tan simplona y esquemática como desde sus formulaciones tempranas. El científico es quien habla por la Tierra y se convierte en voz de los objetivos políticos de los movimientos ecologistas. Un esquema que ha dado lugar a que los movimientos ecologistas tengan tendencia al *lobbyismo* en su presión directa a las autoridades estatales competentes. Lejos de resultar una debilidad, este permanente contacto con «la mejor ciencia disponible» y su traducción para presionar a los gobiernos ha sido uno de los puntos fuertes históricos del movimiento ecologista. A su vez, aunque de forma contraria, uno de sus puntos más débiles ha sido traducir al lenguaje de la práctica política transformadora esas mismas conclusiones de los *expertos*.

Desde una aproximación meramente descriptiva, no hay la más mínima duda respecto a la responsabilidad humana en la destrucción acelerada de la biosfera y muy particularmente en el cambio climático. La confusión empieza tan pronto se pasa por alto que se trata de una acción humana muy particular, moldeada por relaciones de poder donde unos grupos sociales con intereses particulares, privilegiados políticamente, someten sistemáticamente a otros seres vivos humanos o no humanos para ampliar y perpetuar su posición dominante. Es ilustrativo que el propio Crutzen en su artículo originario cita el crecimiento absoluto de la población como primer factor de desestabilización siguiendo la más pura tradición malthusiana<sup>32</sup>. Por el contrario, entre 1820 y 2010 las emisiones mundiales se multiplicaron por 654,8 mientras la población se multiplicó por 6,6 en el mismo periodo. No parece que entre el crecimiento de la población y el incremento de las emisiones exista una relación causal<sup>33</sup>.

**IV. La ahistoricidad es otro elemento problemático del enfoque del Antropoceno.** Esta era geológica comienza a partir de determinados niveles de crecimiento de la población y del consumo de recursos y energía. De esta manera, se vincula a nociones como Revolución Industrial, un término relativamente neutro de las ciencias sociales en tanto que describe cambios perceptibles a primera vista en las fuerzas productivas, pero sin entrar en las relaciones de poder que están detrás de la tecnología incorporada a la producción. Grinevald y Crutzen, por su lado, sitúan en la segunda mitad del siglo XX algo llamado la Gran Aceleración que coincide con el despliegue del fordismo-keynesianismo y recoge un aumento exponencial de todos los indicadores de desgaste y deterioro ambiental. El caso es que ni en Revolución Industrial ni en Gran Aceleración hay rastro alguno de las fuerzas sociales que les dieron forma, ni tampoco se expresa que fueron el resultado de cambio alguno en la dinámica capitalista. Tales nociones pretenden explicarnos que la especie humana en su culto al progreso ilimitado y a la economía de mercado actúa como una sola fuerza sobre

32 Monbiot, G., «[Population panic lets rich people off the hook for the climate crisis they are fuelling](#)», en *The Guardian*, 26 de agosto de 2020: «La fórmula para calcular la huella ambiental es sencilla, pero ampliamente mal entendida: Impacto = Población x Riqueza x Tecnología (I = PAT). La tasa global de crecimiento del consumo, antes de la pandemia, era del 3% anual. El crecimiento de la población es del 1%. Algunas personas asumen que esto significa que el aumento de la población tiene un tercio de la responsabilidad del aumento del consumo. Pero el crecimiento de la población se concentra de manera abrumadora entre las personas más pobres del mundo, que apenas tienen A o T para multiplicar su P. El uso de recursos adicionales y las emisiones de gases de efecto invernadero causadas por el aumento de la población humana son una fracción diminuta del crecimiento del consumo».

33 Malm, A., *Capital fósil*, Capitán Swing, Madrid, 2020.

el medioambiente. A ese respecto, la respuesta de Andreas Malm es del todo oportuna<sup>34</sup>: «Ningún ser humano ha formado parte de la extracción a gran escala de combustible fósil para la satisfacción de fines de subsistencia. Más bien, la noción misma de combustible fósil presupone la producción de mercancías y el trabajo asalariado o forzoso».

En conclusión, si nuestro empeño es organizar una política transformadora, asegurar que la responsabilidad del cambio climático es de origen humano o antropogénica oscurece más que explica, en la medida que malinterpreta los conflictos de fondo y diluye las relaciones de poder que entran en juego. Términos como «humanidad» y «sociedad» actúan como fetiches teológicos que camuflan la explotación y el dominio sistemático integrados en un proceso de acumulación de capital que necesita reproducir y extender sus relaciones de poder. Supone la reproducción del régimen de propiedad que articula la dominación del capital sobre las fuerzas productivas, sean estas salariales, biofísicas o reproductivas. Por eso, incluso el término «capitalismo» expresa una realidad vaga cuando remite a un simple modelo de intercambio más o menos desigual. Desde la perspectiva del capital como entidad política dominante, en cambio, no se pasa por alto que «naturaleza» es sinónimo de apropiación de energía y trabajo no remunerado de igual forma que «sociedad» y «humanidad» son extracción sistemática de plusvalor.

#### **1.2.4 Economía ambiental y economía ecológica: el debate en el corazón del Antropoceno**

El modelo keynesiano que dio forma a la economía global de posguerra implicaba una suerte de aceleración del proceso productivo capitalista que provocaba frecuentes saltos de escala ligados a una altísima erosión de los ecosistemas; una intensidad gradual que se vincula tanto a la producción y el consumo como a los modelos de despliegue geográfico de las grandes empresas transnacionales oligopolistas, en su mayoría estadounidenses. Por sí mismo, el keynesianismo es incapaz de considerar variables externas a lo monetario que funcionen como límite a este proceso, ya sean ambientales o de cualquier otro tipo. Frente a las primeras críticas ecológicas consistentes, la ciencia económica dominante de raíz keynesiana respondió con la Curva Ambiental de Kuznets. En homenaje a Simon Kuznets, el inventor de los sistemas de Contabilidad Nacional, esta propuesta defiende que el crecimiento del PIB, al generar mayor ingreso y mayor empleo, a corto plazo facilita las condiciones de la emergencia de problemas ambientales, pero a largo plazo también permite su resolución mediante el uso de ese ingreso extra para atenuar los síntomas de la crisis ecológica.

Años antes, Alfred Marshall<sup>35</sup>, uno de los fundadores de la economía contemporánea y profesor en Cambridge de Keynes y Pigou, definió las «externalidades» para referirse a los fenómenos económicos relacionales que se producen entre el *output* de algunas empresas y los *inputs* de otras. Cuando el *output* de un grupo de empresas impacta de forma negativa o positiva en los *inputs* de otras, se habla de externalidades. Describen el efecto negativo o positivo de la producción o el consumo de algunos agentes económicos sobre la producción o consumo de otros agentes, sin que los segundos realicen ningún pago o cobro

34 Malm, A., «The origins of fossil capital: from water to steam in the British cotton industry», en *Historical Materialism*, n.º 21,1, 2013, pp. 15-68.

35 Marshall, A., *Principios de Economía*, Síntesis, Madrid, 1986.

a los primeros. Son consideradas «externas» en tanto influyen sobre el sistema de precios sin estar contabilizadas en tal sistema.

Karl William Kapp, procedente de la corriente de la economía institucionalista<sup>36</sup>, da un giro a la noción de externalidades planteando que el modelo capitalista solo resulta viable porque es una máquina de desviar los costes de las empresas y de la economía privada hacia el conjunto de la población. En parte, Kapp desvela que «externalidades» es un término adecuado para su uso político, pero no por estar asociado a economías externas, sino porque borra el origen *interno* a las empresas de esos impactos. Es decir, *externalidades* es un concepto útil políticamente por cuanto define a un sistema económico que busca ocultar aquello que en buena parte le sostiene. A partir de esta premisa, el economista británico Arthur Pigou<sup>37</sup>, en una aportación pionera para lo que en adelante será reconocido como *economía ambiental*, plantea la *internalización de las externalidades*, es decir, la necesidad de rehacer las cuentas empresariales (y sociales) para que incluyan los verdaderos costes de la actividad económica. El ingreso generado por la internalización funcionaría como una suerte de pagos a la naturaleza, similar al salario directo sobre el trabajo o, de forma más rigurosa, jugando el mismo papel que el salario indirecto. Toda la teorización sobre los tributos ambientales surge a raíz de este punto.

Podríamos decir que la proposición básica de la economía ambiental es que «capital natural» y «capital manufacturado» son intercambiables. Si la pérdida de un recurso natural se paga de forma adecuada se puede generar un recurso monetario equivalente, evitando así la pérdida colectiva de capacidad productiva. Al decir «capital natural», en efecto, se busca describir la capacidad productiva, pero fetichizada, sin que «capital» remita a ninguna relación de poder basada en la apropiación o la explotación. La misma macroposición sirve como base para los *Green New Deals* y, en general, para la mayoría de aproximaciones tecnocráticas y estatistas de la ecología política.

Sin embargo, la larga crisis que comienza en 1973 va a dejar claro que esta postura es, en el mejor de los casos, una estilización académica de los intereses del dinero. Durante este periodo, dos movimientos dan muerte al orden global keynesiano. En 1971, Estados Unidos desvincula el dólar del oro, dando el pistoletazo de salida a la fase hegemónica del dólar como moneda global de reserva y pagos. En 1973, los países extractores de petróleo elevan los precios del crudo por el riesgo de agotamiento del recurso.

Bajo los criterios de la economía ambiental, la situación posterior a 1973 tendría que haber sido idónea teniendo en cuenta los niveles crecientes de precios del petróleo, es decir, debido a la monetización del recurso natural. Sin embargo, la crisis ecológica seguía expandiendo sus radios de acción con los combustibles fósiles, especialmente con el petróleo. Empiezan los problemas de escasez, pero también se incrementan los problemas de emisiones por la combustión permanente de una economía global dependiente del petróleo que, a su vez, contribuye a acelerar el cambio de usos de suelo, generando así nuevos frentes de la crisis ambiental<sup>38</sup>. En última instancia, para la economía ambiental, es la supervivencia de la especie humana la que vuelve a estar amenazada por

36 Kapp, K. W., *Los costes sociales de la empresa privada*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006.

37 Pigou, A. C., *The economics of welfare*, Macmillan, Londres, 1920.

38 Esto no significa que los problemas asociados con las emisiones de GEI comiencen en este momento, puesto que se despliegan a lo largo de toda la era del «capital fósil», tal y como señala Andreas Malm, *Capital fósil*, *op. cit.*

su ceguera ante las consecuencias de sus acciones. La economía ambiental, simplificando un poco las cosas, no avanza un paso más allá de la conclusión de *Primavera silenciosa*. El keynesianismo estaba crecientemente muerto como técnica de gobierno global, y si bien son innumerables las diferencias entre neoliberalismo y keynesianismo, en lo que toca a su relación con la ecología su posición es similar. Ni keynesianos ni neoliberales son capaces de romper el cerco del dinero. En realidad, la incapacidad del keynesianismo, apoyado en la economía ambiental, para romper el cerco del dinero se encabalga con la celebración neoliberal del poder del dinero.

Una corriente ecologista de diferente tradición es la economía ecológica, cuya formación bebe de muchas fuentes. Una de las primeras es la llamada *Coal Question* que planteó W. Stanley Jevons en la Inglaterra del siglo XIX, quien auguraba la muerte de un mundo amenazado por el agotamiento del carbón sobre el que se sostenía su prosperidad. Más tarde los trabajos del economista norteamericano Herman E. Daly<sup>39</sup> plantean la necesidad de una economía de estado estacionario que no tenga el crecimiento económico como fin último y no se guíe por el PIB para definir objetivos sociales o ambientales. También Nicholas Georgescu Roegen<sup>40</sup>, en estudios anteriores, busca extraer el proceso económico de la órbita monetaria y llevarlo hacia la segunda ley de la termodinámica, entendiendo la economía industrial como una máquina de generación de entropía y disipación de energía y materiales. Desde otra perspectiva que irá ganando peso y abrirá nuevas dimensiones, los geógrafos reunidos en 1955 en el simposio *Man's role in changing the face of Earth*<sup>41</sup> ponen el acento en el cambio de usos de suelo y, de forma general, en los cambios y las dinámicas en el territorio como dimensión física sobre la que se anudan todas las demás expresiones de la crisis ecológica.

En síntesis, la economía ecológica sostiene una posición diametralmente opuesta a la economía ambiental. De acuerdo con la segunda ley de la termodinámica (principio de entropía), no hay sustitución posible de la riqueza natural por riqueza monetaria, solo disipación de materiales y energía. La cuestión es tan simple y a la vez tan profunda como asumir la existencia de recursos no renovables que no encuentran nunca sustitución por dinero. Hay dinámicas ecosistémicas globales que una vez iniciadas no pueden ser detenidas con dinero: más bien al contrario, puesto que la utilización restrictiva de criterios monetarios redobla la velocidad de alteración del mundo en que vivimos hasta poner la supervivencia de casi toda especie ante nuevos umbrales de peligro. Los economistas ecológicos limitan drásticamente el PIB como indicador de riqueza y lo sustituyen (o más bien complementan) por cuentas de materiales y energía, separando cuidadosamente los flujos de los *stocks* o reservas. Hasta hace bien poco, la economía ecológica planteaba las críticas más profundas y sustanciosas al modelo económico dominante. No obstante, ha logrado poco calado político más allá de su influencia en circuitos académicos radicales y en espacios militantes ecologistas, sin lograr trascender esas posiciones de *insider*.

39 Daly, H., *Steady State Economics*, Londres, 1992 y Kunkel, B. y Daly, H., «Ecologías de Escala», en *New Left Review*, n.º 109, marzo-abril de 2018.

40 Georgescu-Roegen, N., *La ley de la entropía y el proceso económico*, Visor-Argenteria, serie «Economía y Naturaleza», Madrid, 1996.

41 Gutiérrez, J. M. y Naredo J. M. (eds.), *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra*, Universidad de Granada, Granada, 2005.

Durante los últimos años de la burbuja financiera global que estalló en 2008, el discurso del *Peak Oil* o Pico del petróleo basado en la teoría del pico de Hubbert<sup>42</sup> fue uno de esos intentos de expansión del ecologismo político. Pasando por encima de algunos principios de la economía ecológica (como la no sustitución de recursos naturales por dinero) la ausencia de datos geológicos solventes sobre reservas de petróleo y sobre la velocidad de extracción llevaron a los *peakoilers* a utilizar como criterio el precio del petróleo. A partir de ese criterio, analizaron su evolución asimilando de forma lineal la escasez de reservas con los precios crecientes del petróleo. Bajo este método, aparece el pronóstico que indica un colapso de la civilización capitalista debido al estrangulamiento de la oferta de combustibles fósiles por los altísimos precios del crudo previstos<sup>43</sup>.

Serían muchos los elementos necesarios para un análisis de las causas de este fallo de predicción. Los precios del petróleo no solo no han subido, sino que más bien han tendido a la baja en fechas recientes. Un descenso del precio que no está relacionado con el aumento de las reservas de petróleo, sino por una creciente competencia entre los productores<sup>44</sup>. El error de esos análisis está en su propio origen y de hecho lo comparten con la economía ambiental. Se trata efectivamente de la visión del dinero como un mero elemento funcional al proceso capitalista y no como una tecnología relacional sobre la que se encabalga el poder del capital, la reproducción capitalista y el dominio y explotación de la fuerza de trabajo. A fin de cuentas, podríamos decir que si algo parece resistirse a entrar en estas corrientes del ecologismo son las relaciones de poder capitalistas. Sin embargo, eso para nada significa que la cuestión del poder no se haya tratado en la economía ecológica. Dos ejemplos cercanos los encontramos en el *ecologismo de los pobres* promovido por Joan Martínez Alier y en los estudios de José Manuel Naredo sobre territorio y poder, ambos dedicados a profundizar sobre una *ecología política* del poder y su necesaria superación<sup>45</sup>.

Por otro lado, la economía ecológica, entendida en un sentido amplio, se ha hibridado con las teorías de la dependencia y el subdesarrollo a las que han recurrido algunas experiencias militantes en el Sur global. Desde estas posiciones, se han cuestionado las deudas monetarias del Sur frente al Norte poniendo sobre la mesa la deuda ambiental producida en sentido inverso. De esta manera, se ha dejado claro que no todos los países son responsables en la misma medida de la crisis ambiental global, describiendo de manera rigurosa las transformaciones territoriales que provocan fenómenos financieros como las burbujas

42 Hipótesis teórica que predijo que el pico de extracción de petróleo se alcanzaría en Estados Unidos a partir de 1971, y que a partir de esa fecha el coste de extracción por barril aumentaría rápidamente. Muchos analistas han querido ver en la subida de los precios del petróleo posterior a 1973 la confirmación de las hipótesis de Hubbert, geofísico que desarrolló por primera vez el modelo matemático del pico de extracción del petróleo. Como se argumenta en el texto, la confusión entre precios y reservas físicas afecta plenamente a la validez de la hipótesis más allá de la aserción banal de que el petróleo es no renovable y crecientemente escaso.

43 El documento de mayor rango administrativo en el que se sostiene el discurso del pico del petróleo es el llamado *Informe Hirsch*, encargado por la Agencia Norteamericana de Energía: Hirsch, R. L.; Bezdek, R.; Wendling, R., *Peaking of World Oil Production: Impacts, Mitigation, & Risk Management*, U.S. Department of Energy, National Energy Technology Laboratory, 2005.

44 La crítica al enfoque *peakoil* no se centra en si hemos alcanzado o no el pico de extracciones. Tal cosa no está en discusión. La verdadera cuestión es que las predicciones *peakoil* están ligadas a los precios. Un ejemplo reciente lo podemos encontrar en el ensayo *Petrocalipsis* del científico y divulgador Antonio Turiel (2020). Una de las fuentes de Turiel es el informe de 2010 de la Agencia Internacional de la Energía, en el cual se destaca que en 2005 se llegó al máximo de la producción del petróleo crudo convencional. A partir de esa afirmación, la AEI lanza escenarios más o menos funcionales al capitalismo fósil. La cuestión, insistimos, es que la AEI parte de análisis derivados de los precios, como ocurre en sus metodologías basadas en la producción media anual de millones de barriles diarios. De fondo, todo descansa bajo la creencia —a menudo inconsciente cuando se citan esos datos— de que cantidades físicas y dinero mantienen un vínculo directo. Ni que decir tiene que la economía monetaria no solo dificulta comprender el mercado energético global, sino que oculta sus factores explicativos centrales.

45 Véase Martínez Alier, J., *El ecologismo de los pobres*, Icaria, Barcelona, 2005, y Naredo, J. M., *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid, 2009.

inmobiliarias. A partir de aquí, se ha reforzado la posición de los países del Sur en las instituciones de la globalización, se han colocado no pocos temas en las agendas de los gobiernos y sin duda se ha evitado una profundización mayor de la crisis ecológica. Un punto ciego, sin embargo, ha sido la falta de una vía propiamente política ligada a no dar solución a algunas de las lagunas del ecologismo político, como esa condena a no tener más subjetividad que la *Madre Tierra* y más reclamación de representatividad que los intereses de la Tierra tomada como un todo. Al bajar al territorio en sus luchas, esta suerte de economía ecológica subalterna ha conseguido victorias inauditas para movimientos sociales presentados inicialmente como *minoritarios*, pero no ha generado respuestas orgánicas o teóricas a la explotación de clase y a sus intersecciones y especificaciones en dominios de clase, raza o género. La especie humana sigue así presentándose como un todo que se enfrenta a la naturaleza mediante un dinero funcional a las necesidades (en gran parte ficticias) de la propia especie.

Persiste así el enfoque del Antropoceno y su corolario, la catástrofe, que es también producto de los límites políticos ya señalados. Una catástrofe que, de alguna manera, significa la venganza de una Tierra maltratada y que toma su revancha frente al ninguneo de sus portavoces ecologistas. Mientras llega la purificación catastrófica, al parecer nos toca emprender el camino de santidad y renuncia al mundo, en un sacrificio que debe ser bien visible para ser identificados como justos y sensatos por la naturaleza rabiosa. El conocido como *decrecimiento*, en su faceta mayoritaria, ya sea ética y estética, sería el mejor ejemplo de esta impotencia política.

### 1.3 CAPITALOCENO, LA ERA GEOLÓGICA DEL CAPITAL

Una manera de resumir lo que en todo este apartado *Green* se pone en discusión es la necesidad de desfetichizar la mercancía hasta la más remota de sus capilarizaciones. Algo sin duda omitido por completo en el keynesianismo, pero también escorado cuando no ausente en algunas corrientes transformadoras que han intentado comprender la relación entre economía y ecología.

Lejos de la unidad mercancía, es necesario que tierra, trabajo y dinero se integren en relaciones políticas y comunitarias que las vuelvan gestionables políticamente y no sean simples condiciones del proceso de acumulación capitalista. Si desaparece el velo del fetichismo y, en ese desplome de apariencias, desaparece cualquier doctrina económica que se repliega en su objetividad, la dominación y la explotación de unos miembros de la especie humana sobre otros se muestra con total claridad. La desfetichización de las relaciones de poder de una clase sobre otra es indispensable para la superación de la dominación y la explotación. A este enfoque podríamos considerarlo el propio del materialismo histórico.

Tampoco hay que olvidar que, en nombre del materialismo histórico, o más bien en su secuestro estalinista y eurocomunista, se intentó hacer creer al mundo que el desarrollo agonístico de las fuerzas productivas era la vía para la liberación. La famosa fórmula de Lenin *comunismo = soviets + electrificación* se ha tendido a leer enfatizando el sumando desarrollista y pasando por alto el autogestionario. Si la revolución significa autodeterminación de los oprimidos

resulta poco discutible la necesidad de construir instituciones políticas autogestionadas. En todo caso, en esa suma entre *soviets* y *tendido eléctrico* hay que introducir la profunda visión de los tan machacados *ludditas* cuando en la máquina identifican las relaciones de producción que les someten. Podríamos buscar una adaptación a un lenguaje político más manejable y razonable que depure esa variante de la alienación del trabajo y la destrucción de la tierra que fue el productivismo estalinista soviético. Sería algo parecido a asambleas autogestionadas que deliberan y deciden sobre las relaciones de producción que deben integrarse en la expansión del tendido eléctrico.

Sin embargo, también a esta fórmula bolchevique renovada le sigue faltando algo fundamental para un programa de emancipación capaz de ir más allá de los límites clásicos y los compartimentos estancos asignados al movimiento obrero y al ecologista en una especie de división del trabajo emancipador. El problema es que sigue presentando a un grupo de humanos tomando decisiones sobre usos de los recursos naturales y la energía como si la «naturaleza» fuera algo exterior a ellos. A ese respecto, Jason W. Moore argumenta que:

Las dos unidades que actúan —humanidad/medioambiente— no son independientes, sino que están entreveradas a todos los niveles, desde el cuerpo hasta la biosfera. Quizá, más que nada, eso significa que las relaciones que parecen producirse solo entre seres humanos —digamos, la cultura o el poder político— ya son relaciones «naturales» y siempre están vinculadas con el resto de la naturaleza, que se enlazan dentro, fuera y a través de los cuerpos y las historias de los seres humanos.<sup>46</sup>

Las teorías del valor-trabajo y su ampliación al valor-naturaleza, son en realidad la misma en tanto que la captación de energía mediada por la fuerza de trabajo es un proceso único. El capitalismo ha organizado relaciones estables entre los seres humanos y el resto de la naturaleza en su búsqueda de un proceso de acumulación incesante. El paso del enfoque del Antropoceno al Capitaloceno implica una recomposición de lo que deshizo una de las separaciones fundamentales de la modernidad: no hay naturaleza y sociedad, sino sociedad en la naturaleza y naturaleza en la sociedad. Las relaciones entendidas como «naturales» en el sentido de ajenas a la esfera de lo social están tan fetichizadas como la mercancía que sale del proceso de producción. A diferencia del naturalismo descriptivo del Antropoceno, el Capitaloceno es un término explícitamente político que enmarca una era dominada por el capital, sin abstraerse de las relaciones históricas de capital, clase e imperio. El Capitaloceno como concepto político abre la posibilidad de configuraciones distintas de lo que han sido las limitadas perspectivas del movimiento ecologista sobre la dominación y la explotación social y las escasas perspectivas del movimiento obrero sobre la dominación y la explotación de lo natural.

El capital no solo acumula y revoluciona la producción de mercancías, también diseña formas de producir *naturaleza barata*: una corriente creciente de alimentos, fuerza de trabajo, energía y materias primas a bajo coste. Esos procesos de explotación y apropiación son la manera de garantizar la acumulación de capital. Tanto la amplitud de la apropiación como la capitalización de la producción conforman la lógica a la que el capital debe su éxito. El *fin de la naturaleza*

46 Moore, J. W., *El capitalismo en la trama de la vida*, op. cit

*barata* teorizado por Moore apela a la imposibilidad de una creciente apropiación de trabajo-energía no remunerado por parte del capital-en-la-naturaleza<sup>47</sup>. Esto también significa que la actual crisis ecológica no es una capa interpretativa ni superior ni inferior a la crisis de acumulación, sino que son la misma crisis fruto del codesarrollo histórico de naturaleza y capitalismo.

---

47 Moore, J. W., *El capitalismo en la trama de la vida*, op. cit.



# 2. CRISIS DE LA ECOLOGÍA DEL CAPITAL

<b>2.1</b>	<b>CRISIS DE LA ECOLOGÍA DEL CAPITAL</b>	<b>38</b>
2.1.1	Un capitalismo necesariamente inestable	39
2.1.2	Inestabilidad y solución financiera	39
<b>2.2</b>	<b>CRISIS DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA</b>	<b>42</b>
2.2.1	Crisis de sobreproducción y caída tendencial de la tasa de beneficio	42
2.2.2	Represión salarial	45
2.2.3	Agotamiento del cambio tecnológico y la productividad del trabajo	46
2.2.4	Erosión de la inversión productiva	48
<b>2.3</b>	<b>CRISIS DEL CAPITALISMO FINANCIARIZADO</b>	<b>48</b>
2.3.1	Las finanzas tras la crisis de 2008	48
2.3.2	Los Bancos centrales como gobiernos reales	50
<b>2.4</b>	<b>CRISIS DE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE Y ASCENSO CHINO</b>	<b>53</b>
2.4.1	La muerte del régimen dólar-petróleo	54
2.4.2	Un capitalismo chino con características verdes	57
<b>2.5</b>	<b>EL ESTADO PÚBLICO-PRIVADO FRENTE A LA CRISIS</b>	<b>63</b>
2.5.1	La <i>libre competencia</i> regulada	63
2.5.2	El Estado como garante de las relaciones de propiedad capitalista	66
2.5.3	La reproducción social como relaciones de propiedad	68



## Introducción. ¿Una crisis exógena o endógena?

¿La actual crisis es un fenómeno endógeno o exógeno? ¿Las causas de la crisis son externas al modo de producción capitalista o son estallidos de las contradicciones acumuladas en los ciclos anteriores de expansión y crisis? Partimos de premisas que niegan la existencia de una esfera «natural» que podamos considerar autónoma del capital<sup>48</sup>. Desmentir que esta crisis provenga de un afuera desligado del metabolismo capitalista es precisamente lo que se expresa al catalogar nuestra era geológica como Capitaloceno. Tal cosa no significa que la completa vida social y el conjunto de relaciones que sostienen, se integran y forman este planeta sean *funcionales* al capital, sino que son violentamente modeladas en nombre del beneficio privado y están altamente condicionadas por los circuitos del capital.

Asumir este enfoque tiene importantes implicaciones analíticas y políticas. De la misma manera que el capital es precondition para el trabajo también lo es para aquello llamado «naturaleza». No se trata de una feliz casualidad. La fuerza de trabajo es, en parte, energía y cuerpo que producen materia: pocas lecciones más claras ha podido dejar la pandemia. La cuestión es que tan saqueado por la explotación del capital está el cuerpo colectivo del trabajo como lo están los ecosistemas de los que forma parte. Uno de los conflictos políticos de fondo radica en ocultar o hacer visible esa energía y las relaciones de explotación a las que está sometida. Magnitudes basadas en medir el valor monetario como el PIB no solo no capturan ese deterioro ecológico, sino que lo invisibilizan. Otras medidas diseñadas bajo nociones de productividad no capitalistas, como la *producción primaria neta*<sup>49</sup> manejada por los ecólogos, permiten observar parte de lo que el PIB oculta. La diferencia entre medir el valor monetario o, dado el caso, medir la producción de biomasa, es similar a la diferencia entre el *valor de cambio* y el *valor de uso*, cuestión que debería vertebrar cualquier política económica materialista.

En realidad, el mero hecho de aceptar que existe una separación entre crisis endógena (estallido de las contradicciones) y exógena (shock externo) ya revela una posición política. Desde esa posición que muestra desconcierto cuando no pasividad frente a lo externo, se descarta la posibilidad de acción sobre los agentes y los conflictos que provocan las crisis al tipificarlos como parte de los afectados. Sostener cualquier versión del shock externo presupone que las intervenciones políticas ante la crisis solo pueden basarse en «mitigar» efectos y «adaptar» poblaciones. Esta jerga esconde, como mínimo, dos vertientes que conducen a la impotencia política. En su versión tecnocrática, supone la subordinación casi total al objetivo de formación de beneficios a través de las finanzas. En su versión ecomesiánica, conduce a la espera de un fuego purificador frente a la catástrofe global.

48 Moore, J. W., *El capitalismo en la trama de la vida*, op cit.

49 En ecología se utiliza el término *producción primaria neta* para medir la cantidad de biomasa por unidad de tiempo que produce un ecosistema en sus cadenas tróficas primarias. Para medir el flujo de energía entre órdenes tróficos se utiliza el término *productividad secundaria*. En cualquier caso, fuera de los ecosistemas capitalistas, la productividad primaria es un simple dato descriptivo, nunca un fin normativo.

Partiendo de estos presupuestos, este capítulo trata de medir la profundidad de lo que entendemos como una crisis general que acumula las contradicciones arrastradas y enviadas a futuro por sus predecesoras. Resulta evidente que no estamos en un escenario coyuntural cuya solución pasa por gestionar los impactos de un agente externo, sino que más bien hunde sus raíces bajo las consecuencias de las soluciones a las crisis practicadas en ciclos anteriores. Una manera de medir el calado y la extensión de una crisis es comprobar qué procesos históricos de distinta escala y duración se sincronizan entre sí. No es una tarea fácil ni inmediata. Las primeras interpretaciones suelen ser movimientos semirreflejos que se centran en alguno de estos procesos o, en el mejor de los casos, interrelacionan dos o tres. Solo el tiempo y la decantación de las tendencias pueden dar una perspectiva de conjunto sobre las múltiples capas analíticas que aparecen entrelazadas en las representaciones de la crisis. En ese sentido, resulta lógico que comprender cómo se relacionan entre sí las distintas vertientes del vasto metabolismo de la economía global sea un atolladero metodológico para las ciencias sociales contemporáneas. En gran parte, los problemas provienen de la jerarquización de distintas esferas de conocimiento que a veces se dividen a partir de criterios epistemológicos, pero que habitualmente reproducen disciplinas o subdisciplinas que encierran las posibilidades del saber bajo el candado de los departamentos universitarios.

La tradición marxista tampoco está libre de haberse enredado en sus propios malentendidos al confundir el saber con la doctrina, tal y como ocurre con la explicación de las crisis o de casi todo fenómeno social a partir de la separación entre la base material y la superestructura ideológica<sup>50</sup>. Si los fenómenos materiales o estructurales —los que componen la famosa «base material»— se diferencian de los procesos culturales o ideológicos no es por una relación de determinación directa, sino porque los primeros tienen mayor tendencia a persistir a las oleadas de transformaciones históricas. Los procesos de cambio se tienden a valorar en su profundidad en tanto alteran estructuras o procesos de larga duración. Este es el punto de partida de la historia pensada como *longue durée*, que levantó debates entre los historiadores del siglo XX de casi tanta *longue durée* como su objeto de estudio. Complementado por algunas contribuciones del ecologismo, el análisis de la crisis que proponemos en este capítulo busca apoyarse en ese legado.

## 2.1 CRISIS DE LA ECOLOGÍA DEL CAPITAL

El capital no resuelve sus crisis cíclicas, sino que las desplaza hacia el futuro, al tiempo que encajona sus efectos en los segmentos de población y territorios con menor capacidad de respuesta política. De esta manera recurrente funcionan las respuestas capitalistas a la crisis y tal es nuestra hipótesis de partida respecto al origen y condición de la actual. Al designar como «solución verde» al despliegue de evidencias, imaginarios y reformas actuales asociadas a una nueva fase de crecimiento, en realidad estamos poniendo en juego esa misma hipótesis. ¿La solución verde quiere funcionar como desplazamiento temporal de las contradicciones acumuladas? ¿Implica un sometimiento de los territorios periféricos? ¿Qué estrategias y tecnologías se postulan para diseñar esos desplazamientos

50 Marx y Engels usaron esta metáfora en un sentido de duración diferencial de los procesos históricos y no como causalidad en el sentido estricto del término. Sin embargo, fue utilizada hasta la extenuación por los manuales de materialismo histórico de los años sesenta y setenta hasta convertirse en una especie de determinismo económico plano.

espaciales y temporales? Antes de responder esas preguntas, que son materia del siguiente capítulo, es necesario abordar una cuestión previa y fundamental. ¿A qué crisis busca dar realmente respuesta esa solución capitalista? En una perspectiva un tanto diferente a las representaciones que ya circulan y se normalizan, nuestro objetivo es ofrecer un diagnóstico propio sobre el tipo de crisis que está avanzando y que se ha visto acelerada durante la pandemia.

### 2.1.1 Un capitalismo necesariamente inestable

La resolución de las crisis a través de arreglos espaciales o temporales sucede, al menos, desde la organización taylorista de la producción en los primeros años veinte y de forma más generalizada después de la Segunda Guerra Mundial, extendiéndose a Europa y a Japón. Resulta evidente que, fuera de estos periodos, el capitalismo tampoco ha cerrado sus crisis de forma satisfactoria ni ha permanecido en algo semejante a un estado de equilibrio o estacionario. El capitalismo es necesariamente inestable y funciona, también por necesidad, mediante ciclos de crisis y expansión alternados. La naturaleza de esta *necesaria inestabilidad* puede ser explicada a través de las dinámicas que, en apariencia, contrariamente presentan al modelo como estable.

En primer lugar, la dinámica capitalista niega el carácter social de la producción *a priori* y delega en el mecanismo ciego del mercado el proceso por el cual, una vez producidas las mercancías, se forman «libremente» los precios. La explicación capitalista sobre la formación de precios se basa en tratarlos como resultado del choque entre la masa de mercancías y las necesidades sociales subjetivas.

En segundo lugar y como consecuencia de lo anterior, esta forma de socialización de la producción en el mercado es sistemáticamente inestable en la medida que los empresarios capitalistas individuales están obligados a invertir «a ciegas». Cuanto más se expanden los mercados, por las necesidades de crecimiento de la extracción de plusvalor en la esfera de la acumulación de capital, más complejas se vuelven las necesidades de coordinación mínimas para soportar la viabilidad de las inversiones. El crecimiento de la esfera financiera, que en origen se presenta como semiautónoma y que después pasa a ser hegemónica, está relacionado con esta necesidad de interpretar las tendencias sistémicas de futuro que pueden marcar el comportamiento de los demás agentes antes de invertir<sup>51</sup>. Al ascender la competencia en una escala ampliada, se producen tensiones permanentes en las estructuras de propiedad y de poder.

Para comprender mejor este proceso, merece la pena seguir brevemente el itinerario del actual *hegemon* norteamericano resaltando los costes que supone sostener esas tensiones y su relación con el ascenso contemporáneo de las finanzas.

### 2.1.2 Inestabilidad y solución financiera

Imperialismo y monopolismo, dos caras de la misma moneda, fueron la respuesta del nuevo poder hegemónico estadounidense al tensionamiento debido al ascenso de la competencia en una escala ampliada. En última instancia, como expresión

51 Arrighi, G., *El Largo Siglo XX*, op. cit. Después de la que Arrighi denomina *hegemonía holandesa* del sistema-mundo en el siglo XVII, las finanzas, en su fusión casi completa con el capital comercial, fueron perfectamente capaces a nivel tecnológico de desarrollar sistemas de crédito y aseguramiento a plazos entre largos y muy largos.

de ambos procesos, la forma institucional diseñada para gobernar esa nueva fase histórica del capitalismo fue la gran empresa transnacional monopolista norteamericana<sup>52</sup>. La crisis de 1973, primera en que la potencia estadounidense siente las consecuencias de una caída de la rentabilidad manufacturera, conllevó la reestructuración del mundo en torno al dólar y el petróleo o, lo que es lo mismo, dirigida por las finanzas y los productores de combustibles fósiles. Ambos procesos llevaban adjunta su contrapartida: la reestructuración industrial global. Por el camino, las luchas de la onda revolucionaria del 68 fueron domesticadas en su asimilación al crecimiento de la sociedad de consumo. La identificación del consumidor como ciudadano estereotípico a la vez que ejemplar, con sus compras a plazos de casa y coche estandarizados, sobrevivió al modelo originario en el periodo posfordista en una nueva versión formada por nichos de consumo identitarios, fragmentados y superpuestos. Sin embargo, pocas veces se dice que todas las áreas emergentes de movimiento durante el 68 y en adelante han supuesto una fuente de costes para el capital, acelerando así la crisis general hasta nuestros días. En ese sentido, Greta Krippner<sup>53</sup> ha señalado que las primeras oleadas de financiarización de la economía fueron consecuencia de la incapacidad de la administración norteamericana para superar la avalancha de demandas sociales procedentes de todo el ciclo de luchas del 68.

A falta de mejores ideas, el Tesoro de Estados Unidos y la Reserva Federal se encomendaron al crédito sin saber muy bien su destino ni sus posibilidades de éxito pese a que, en poco tiempo, vieron que la apuesta resonaba con las estrategias de los agentes financieros y económicos globales. Sin embargo, el recurso al crédito no abrió una etapa armoniosa entre demandas sociales contradictorias, muchas de ellas conducidas por los movimientos sociales y urbanos que emergieron con la oleada de luchas (aunque la mayoría de ellos, también el ecologismo, hundían sus raíces mucho más atrás). Más bien se inauguraba un periodo donde se dispararon los costes para sostener la hegemonía estadounidense. A las crecientes demandas sociales internas se sumaron los costes de mantener el orden capitalista global por medios que, en principio, excluían la conquista territorial directa. Para Estados Unidos, evitar la «conquista territorial directa» quería decir no reproducir un modelo de presencia territorial permanente, de administración y colonos, en una tipología similar al que habían mantenido los imperios francés y británico. Para Estados Unidos, los costes del aparato político colonial eran un despilfarro innecesario al tener total seguridad de poder obtener mayores rendimientos por medios estrictamente económicos. La idea era que dominar el mercado podía ser una forma de conquista más eficaz que la fuerza bruta. Sin embargo, en un mundo donde las desigualdades han crecido durante los dos últimos siglos, resulta entre cínico y naif pensar que por vías exclusivamente comerciales se puede mantener un régimen de sumisión de la mayoría de la población mundial y el acceso casi libre a los recursos naturales.

52 El imperialismo tenía un doble sentido de circulación, como acertadamente vieron Hobson, Lenin y Luxemburg desde posiciones particulares en los textos que abrieron la discusión histórica sobre el imperialismo. Por un lado, llevaba la competencia entre empresas y Estados-nación capitalistas a todo el mundo y, por otro, traía de vuelta las coyunturas de las colonias hacia la metrópolis. Entre los requerimientos necesarios para el desplazamiento de los costes de la competencia estaba un grado amplio de descolonización formal que coexistió con un grado aún más alto de dependencia sustantiva de los entonces «países del tercer mundo» respecto de sus colonizadores europeos, y después, del imperio norteamericano. A. Hobson, *Estudio sobre el imperialismo*, Alianza, Madrid, 1981 (1906). Lenin, V. I., *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Fundación Federico Engels, 1913, y Luxemburg, R., *La acumulación de capital*, 1916.

53 Krippner, G., *Capitalizing on crisis: the political origins of the rise of finance*, Harvard University Press, 2012.

Lo cierto es que, en contra de las apuestas iniciales por los ideales de un mercado armonioso, la necesidad del recurso a la violencia fue permanente. La Administración estadounidense no había tomado en cuenta que el gasto en los medios de coerción necesarios para mantener los derechos de propiedad capitalistas iría de la mano con el mayor despliegue de tropas, armamento e instalaciones militares del ejército jamás visto en la historia humana. Durante su larga guerra en Indochina, Estados Unidos comprobó el tipo de costes que ocasiona el mantenimiento del orden global a través de un modo que más que policial era propiamente imperial.

Los costes necesarios para mantener el orden interno y externo coincidieron con una reducción de los ingresos netos, siendo la tasa de beneficio capitalista la principal fuente para captarlos. El gobierno de Nixon no tenía la menor intención de incurrir en niveles de déficit que debilitaran la posición cambiaria del dólar, que aún estaba vinculado a las bandas de fluctuación frente al oro establecidas en Bretton Woods. La salida a este atolladero es bien conocida. En 1971 bastó un anuncio de cuatro minutos de Nixon en la televisión para liquidar el orden monetario mundial establecido en Bretton Woods con grandes dosis de bombo y platillo. No podemos pasar por alto esa doble imagen. De un encuentro en un *resort* de montaña de Bretton Woods relleno de parafernalia diplomática decimonónica, pasamos casi treinta años después a una liquidación sumaria del orden mundial en menos de lo que dura la sección de cultura del telediario. Sin duda, es una buena expresión de la transformación del mundo conforme a los modelos estadounidenses de ejercicio del poder.

El desenganche completo del oro trajo un enorme flujo de crédito en dólares y, por tanto, un imperio de derechos de propiedad sobre beneficios futuros vinculados al dólar. La característica determinante de este aluvión de crédito es que, de forma creciente a partir de 1971 y sobre todo desde los años 1980, no ha habido un solo momento en que los beneficios de las empresas capitalistas productivas hayan sido ni por asomo suficientes para satisfacer la masa de títulos de propiedad negociada en los mercados financieros. Sin demasiados problemas, las finanzas han basculado del reparto de beneficios al cobro de la deuda que las propias entidades financieras van dejando a su paso y que los Estados pagan gustosamente con tal de no confrontar los conflictos estructurales de fondo de las sociedades capitalistas. Lo cierto es que dichos conflictos resultan irresolubles si son planteados como nuevos retos para que el capital muestre su «cara humana» y los incorpore a su estructura de gastos. En una sociedad con escasos incrementos de productividad del trabajo, cada ítem económico que cambia de bando en el conflicto por la distribución del ingreso y la riqueza lo pierde alguna de las contrapartes. En otras palabras, conflictos como los generados por las gigantescas desigualdades sociales no son resolubles desde el modelo de dominio actual del capital puesto que implican cargas impositivas y exacciones sobre la cada vez más menguante producción de plusvalor.

El tipo de crisis general que vivimos en la actual fase del capitalismo proviene de las cenizas del modelo de burbuja financiera global que se fue en 2008 para no volver. Para designar de manera más precisa esta crisis general, tomamos prestada de David Harvey su concepción del capital como un haz de relaciones ecosistémicas insertado de forma extraordinariamente conflictiva en el continuo ecosistémico que define el planeta Tierra. Noción como *ecología-mundo* de Jason W. Moore o, en menor grado, *capital fósil* de Andreas Malm hacen referencia, desde puntos ligeramente diferentes, a la misma realidad: la unidad de

explotación capitalista está compuesta por fuerza de trabajo, energía y recursos naturales<sup>54</sup>. A esta fase se ha llegado como resultado histórico del acumulado de crisis a las que se ha enfrentado de forma parcial el capitalismo a lo largo de su desarrollo y cuyos efectos se han ido desplazando en el espacio y en el tiempo para encontrarse en una escala superior en el futuro. Ese futuro ya está aquí. La crisis actual es la crisis de la ecología del capital.

Siguiendo este enfoque y sin ánimo exhaustivo, encontramos al menos cuatro procesos de alcance creciente que definen el actual momento histórico y político. En primer lugar, la crisis del modo de producción capitalista, que avanza en los mismos términos esenciales ya manifestados a lo largo de la década de los setenta. En segundo lugar, una crisis de sobreproducción permanente que impide la producción de plusvalor nuevo en la escala requerida para relanzar el proceso de acumulación y que es también la crisis de la «solución financiera» al ciclo anterior. Las finanzas siguen siendo los actores centrales del capitalismo actual, pero la creencia de que por sí mismas favorecen el retorno a la prosperidad en sociedades tecnológicamente efervescentes murió con la quiebra de Lehman Brothers. En tercer lugar, encontramos un proceso que acompaña a los dos anteriores y que remite a la deslegitimación constante desde 2008 de Estados Unidos y del neoliberalismo como régimen de gobernanza global. Se trata de la crisis conjunta de la hegemonía americana y de los preceptos políticos liberales que rigen en la práctica las democracias representativas en los países capitalistas. En cuarto y último lugar, tendríamos la crisis de la ecología del capital en sí misma y que es la suma de todas las crisis anteriores no resueltas, respondida de forma decadente y violenta para las clases subalternas por el Estado Público-Privado.

## 2.2 CRISIS DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA

El sistema capitalista es, en esencia, una máquina de generar beneficios privados sin interrupción y en escala creciente. Vivir en un mundo plenamente capitalista significa que ese mandato se ha extendido a todos los territorios del mundo y en todas las modalidades de estratificación y segmentación social posibles. Como ya hemos avanzado, no existe un «estado estacionario» en el capitalismo realmente existente. Si el capital no logra producir plusvalor en escala creciente y que se valore mediante su venta en el mercado, nos encontramos frente a una crisis de sobreacumulación capitalista. Pero ¿hay realmente una caída del beneficio? ¿Qué papel cumplen factores como el cambio tecnológico o la productividad del trabajo? Tratamos estas y otras cuestiones en los siguientes apartados para, en conjunto, explicar la crisis del modo de producción capitalista.

### 2.2.1 Crisis de sobreproducción y caída tendencial de la tasa de beneficio

De entrada, un vistazo al mundo que nos rodea no haría pensar que exista un problema, precisamente, de extracción de beneficios. A lo largo de las cuatro

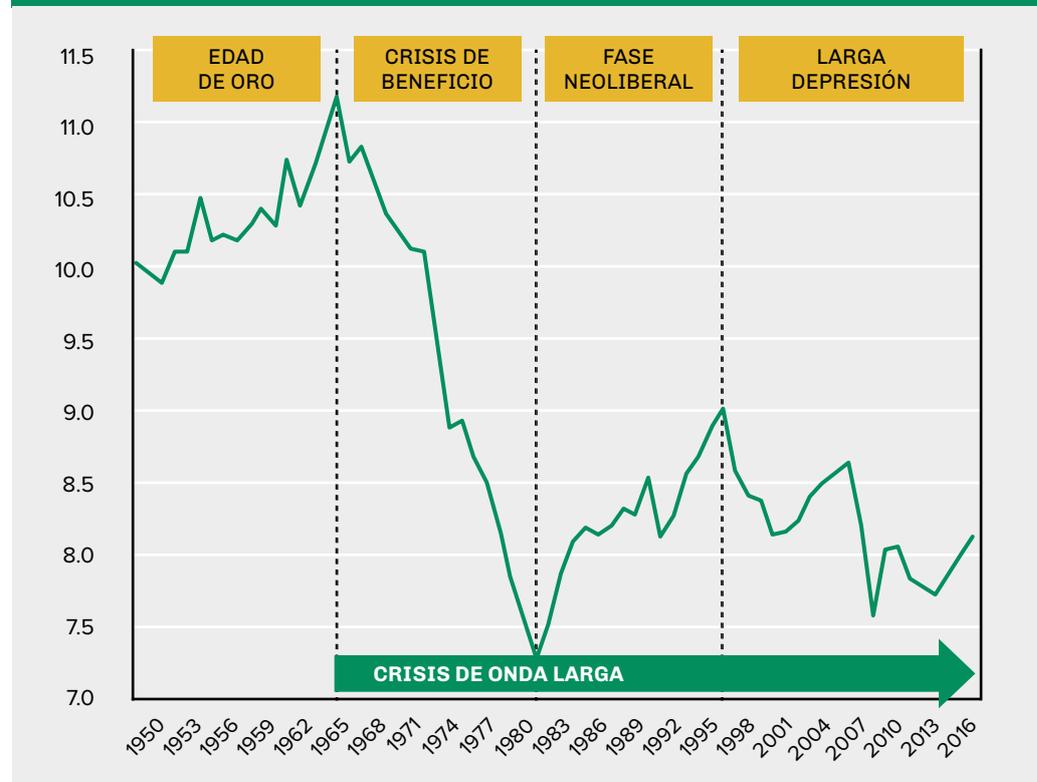
54 Las distintas formulaciones de la hipótesis de la ecología del capital, en sus distintas versiones y por orden cronológico, se pueden encontrar en: Smith, N., *Desarrollo desigual*, Traficantes de Sueños, col. «Prácticas constituyentes», Madrid, 2020; Harvey, D., *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*, Traficantes de Sueños, «Prácticas constituyentes», Madrid, 2018; Moore, J. W., *El capitalismo en la trama de la vida*, op cit.; Malm, A., *Capital fósil*, op cit.

décadas de dominio neoliberal se ha hecho cada vez más evidente la creciente concentración del beneficio y el poder en manos de los más ricos del planeta. Las descomunales desigualdades saltan ya tanto a la vista que prácticamente nadie las niega. El descenso sistemático de los salarios en favor del beneficio es fácilmente comprobable en la distribución funcional de la renta nacional desde su punto máximo a finales de los años setenta<sup>55</sup>. La era neoliberal ha sido una gran exhibición de poder y riqueza por parte de los ricos. Así las cosas, no parece que sea precisamente el beneficio lo que escasea.

Los datos oficiales de crecimiento de las contabilidades nacionales, fundamentalmente el PIB, tampoco nos llevan a pensar en una crisis persistente de beneficios. No sería así en España, ni en Europa, ni tampoco en el resto del mundo. Aunque es evidente que el crecimiento en términos de PIB dista mucho de lo que fue en los años cincuenta y sesenta, estos datos no han registrado en las últimas décadas una caída continuada de los niveles de actividad económica. Tal vez las series históricas del PIB global del Banco Mundial sean más ilustrativas. Desde los años noventa, tanto Europa como Estados Unidos muestran un crecimiento anémico cercano al 2% que está lejos de poder asociarse a una fase expansiva. Si se toma como marco temporal la última década, las series del Banco Mundial también muestran un progresivo agotamiento del crecimiento en el Este de Asia.

En el ruedo del macrodato empírico, las tasas de beneficio a nivel global en el periodo neoliberal se mantienen muy por debajo de las alcanzadas en el punto álgido del periodo fordista-keynesiano (ver Gráfico 1.1). Mucho más si se excluye a China y a los países periféricos, los llamados «emergentes». Las caídas en la tasa de beneficio global resultan menos pronunciadas en la medida que las de la semiperiferia y la periferia van compensando las caídas de los países centrales, una trayectoria totalmente concordante con la lectura marxista de la caída tendencial de la tasa de beneficio. Cuanto más elevada es la composición orgánica de los capitales entrantes en el ciclo, es decir, cuanto más trabajo absorben, más altas son las tasas de beneficio. Y en la medida en que las economías entrantes en el proceso capitalista se introducen en la dinámica de sustitución de fuerza de trabajo por máquinas, la tasa de beneficio original va cediendo paso a la alternancia de caídas y mantenimiento, siempre en niveles menores que en el periodo 1945-1973.

**Gráfico 1.1.** Tasa General de Beneficio Mundial durante el periodo 1950-2016 en países del G20



Fuente: A partir de Roberts, M. (2020)

Si solo se consideran los países capitalistas centrales, los periodos entre 1955-1959 y 1965-1969 son los últimos momentos históricos en que las tasas de beneficio en esos territorios alcanzaron niveles entre el 20% y el 15%. Desde entonces, se han mantenido por debajo del 15% y amenazando en algunos momentos por debajo del 10%. La caída por debajo de este umbral, y la presión constante a la baja sobre la tasa de beneficio, marcan la crisis larga de sobreproducción, convertida ya en rasgo permanente de las economías capitalistas avanzadas al que se enfrentan sistemáticamente los actores económicos privados (ver Gráfico 1.2).

**Gráfico 1.2.** Tasas de beneficio en los países centrales (1850-2009)  
España y China (1950-2009)



Fuente: Elaboración propia a partir de Maito, E. (2018)

### 2.2.2 Represión salarial

La inmensa mayoría de los casos de repunte de la tasa de beneficio en los países centrales se debe a la represión de los niveles salariales. Estos repuntes, insistimos, se dan además siempre por debajo de los niveles alcanzados en el apogeo keynesiano de la *golden age*. La relación capital-trabajo (tasa de explotación) y la relación capital-ingreso componen la tasa de beneficio, pero la primera es la que dinamiza el beneficio en la inmensa mayoría de los contextos neoliberales. Esto ocurre precisamente porque es en la parte distributiva de la relación capital-trabajo donde, por medios políticos, el capitalista se queda con una proporción mayor del producto a partir del ejercicio jerárquico del poder. Ni que decir tiene que para que pueda producirse este proceso de saqueo de las rentas salariales, las relaciones de propiedad neoliberales son condición *sine qua non*.

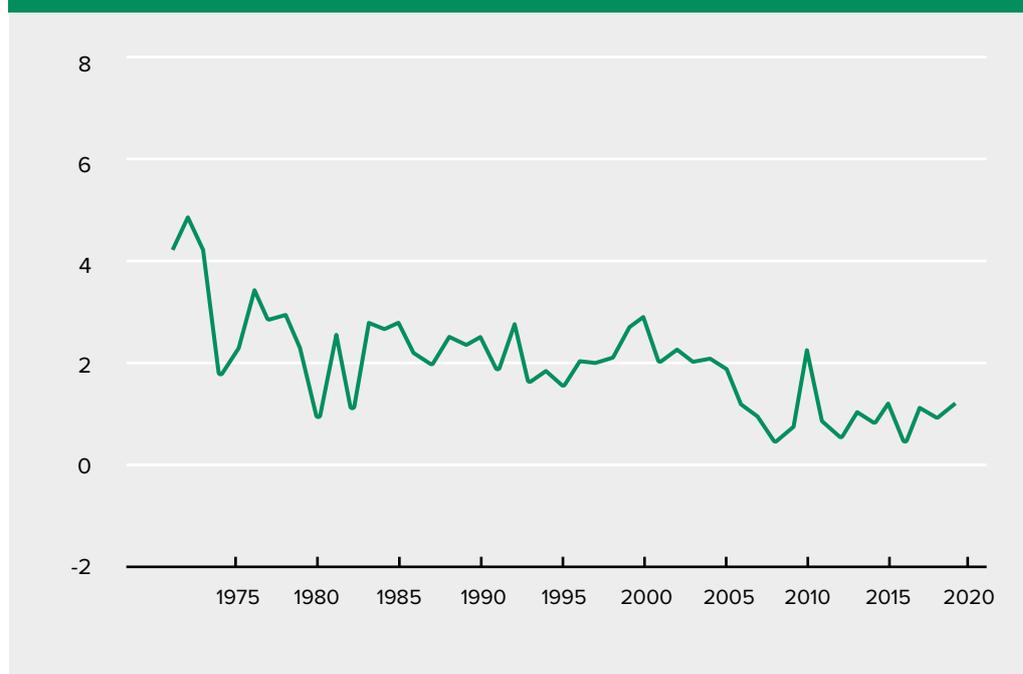
A finales de los sesenta y principios de los setenta, el pleno empleo, los movimientos del 68 y el declive de la hegemonía industrial de los Estados Unidos dieron como resultado una clase obrera con un enorme poder de negociación. Sus niveles de captación del producto social en la lucha capital-trabajo pusieron en jaque el beneficio capitalista y la continuidad del capitalismo en los años setenta.

En adelante, diversas décadas de represión salarial en los países centrales y de *spatial fix*<sup>56</sup> animado por los menores costes laborales, ecológicos y fiscales del Sur global, en especial en el sureste de Asia, solo han traído repuntes ocasionales y no consolidados de la tasa de beneficio. Los aumentos de la tasa de explotación son consistentes con el modelo de acumulación por desposesión que practican las finanzas. De hecho, este modelo de despojo no es otra cosa que una extensión de la tasa de explotación hacia el ámbito social, territorial y ambiental.

### 2.2.3 Agotamiento del cambio tecnológico y la productividad del trabajo

Salvo en momentos puntuales, como en el ciclo de las tecnologías de la información y la comunicación, el capitalismo financiarizado opera en entornos económicos y productivos sin aumentos de la productividad del trabajo<sup>57</sup> (ver Gráfico 1.3).

**Gráfico 1.3.** Productividad del trabajo (% crecimiento del PIB por hora trabajada) en el periodo 1970-2019 en países del G7



Fuente: OECD (2021), [Labour productivity indicator](#)

En la mayoría de los casos, la relación capital-ingreso hace descender de forma sistemática la tasa de beneficio. Solo en Estados Unidos, durante el breve periodo entre 1995 y 2001, se produce un aumento cíclico de la tasa de beneficio

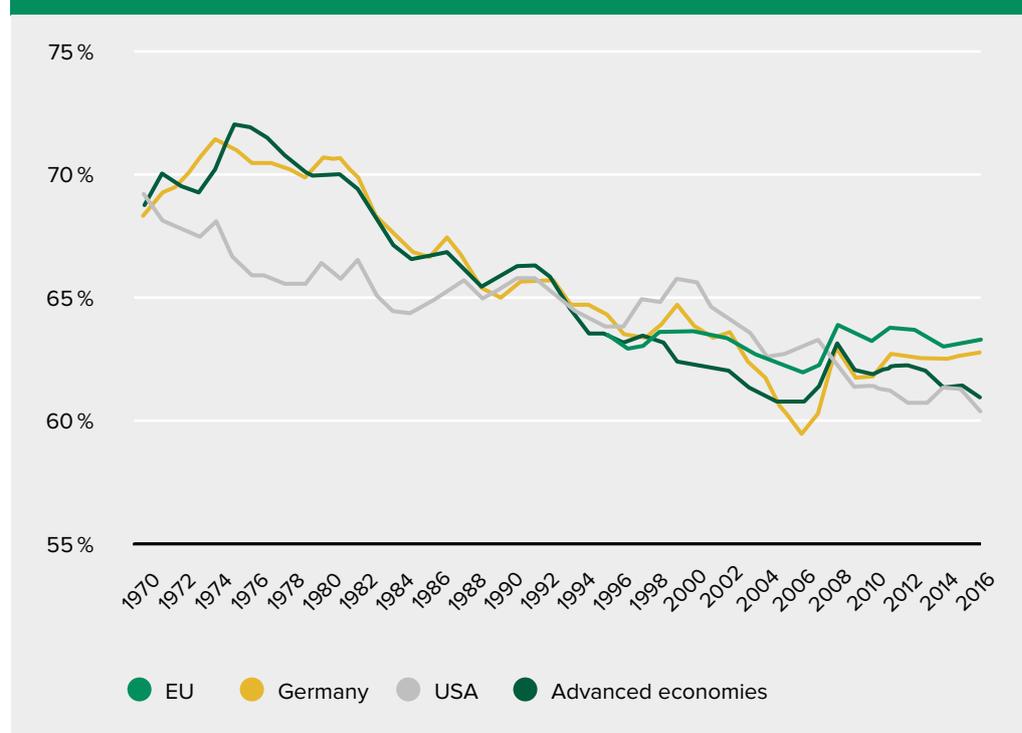
56 En los momentos de crisis sistémica, el capital busca desplazar temporal o físicamente sus contradicciones mediante un largo proceso de destrucción, producción o reconstrucción de espacio. Las políticas de urbanización y financiarización promueven su ampliación sobre el territorio, construyendo una geografía acorde a la circulación y valorización del capital. El *spatial fix* o «arreglo espacial» describe ese impulso insaciable del capitalismo para resolver, al menos temporalmente, sus tendencias inherentes a la crisis mediante la producción de espacio. Cada nuevo ciclo de acumulación conlleva, por tanto, procesos de expansión territorial y prácticas de saqueo de recursos naturales. De forma especial, remite a procesos ligados a la acumulación de base territorial a partir de entornos construidos, sistemas de transportes, grandes obras de ingeniería, construcción de viviendas, etc. En Harvey, D. *Espacios del capital*, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», Madrid, 2003.

57 Sus infrecuentes aumentos en los países centrales suelen provenir de los momentos de ajuste en la industria en que los despidos provocan un efecto contable de mayor productividad, pero estos aumentos no se consolidan en una tendencia medianamente expansiva. Al enfrentarse a la demanda menguante, el mayor stock de capital por trabajador se convierte en exceso de capacidad productiva.

basado en el rendimiento monetario del capital y la productividad del trabajo<sup>58</sup>. Este corto ciclo alcista coincide con la emergencia de las tecnologías de la información y la comunicación que alcanza rápidamente el exceso de capacidad productiva. Entonces la relación capital-ingreso desciende por un aluvión de capital excedente en distintas formas monetarias procedente de los mercados financieros, llevando a las empresas tecnológicas emergentes a cargarse de capital fijo por encima de su capacidad para valorizarse a través de la demanda.

La evolución de la participación de la renta del trabajo en la renta nacional bruta (*labour income share*) en los últimos años (ver Gráfico 1.4) verifica que, en economías como las capitalistas centrales donde apenas hay incrementos de productividad del trabajo, toda la carga de la competitividad descansa en el recorte de salarios.

**Gráfico 1.4.** Evolución de la participación de la renta del trabajo en la renta nacional bruta entre 1970-2016 en economías avanzadas



Fuente: AMECO (base de datos macroeconómica anual de la Comisión Europea)

Por tanto, cualquier programa de gobernanza futuro que se desarrolle en términos de reestructuración capitalista solo tendrá dos opciones: o bien reducir salarios o bien elevar la productividad del trabajo mediante el cambio tecnológico, algo que, como se ha podido comprobar en las últimas tres décadas, lejos de resolver la tendencia del capitalismo global a la sobreproducción más bien la agrava.<sup>59</sup>

58 Ese pequeño ciclo de crecimiento consolidado de la productividad en Estados Unidos a mediados de los años noventa es en buena medida imputable a los cambios en el sector logístico derivados de las externalizaciones a Asia. El sector logístico se computa como sector servicios de forma absolutamente arcaica. En la actualidad buena parte de la actividad en la logística sería perfectamente clasificable como manufactura.

59 Brenner. R., *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», n.º 54, 2009.

### 2.2.4 Erosión de la inversión productiva

El agotamiento progresivo de la dinámica tecnológica del capitalismo conlleva también el de todo un modelo de gestión económica de corte keynesiano basado en políticas de aumento de la demanda efectiva a través de volúmenes crecientes de inversión agregada. Como se ha venido recordando, el cambio tecnológico acelerado revierte en niveles crecientes de productividad del trabajo que, mediante economías de escala, abaratan la producción de medios de producción y bienes de consumo. De esta manera, se genera un creciente excedente que en la era fordista se resolvía por la vía distributiva mediante una negociación capital-trabajo altamente institucionalizada. Sin este reparto del excedente obtenido por el crecimiento constante de la productividad, las sociedades fordistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial hubieran sido simplemente imposibles.

La posibilidad de reeditar el «acuerdo» originario entre capital y trabajo, y sobre todo el orden social que se fundó sobre tal acuerdo, ampliándolo a los recursos naturales, es realmente escasa. Tan solo hay que tener en cuenta los gigantescos requerimientos de beneficio necesarios para mantener las distintas posiciones de mando capitalista relativamente a salvo de la competencia destructiva. Considerando este factor, lo cierto es que la capacidad para desbloquear la inversión productiva es una de las funciones centrales que las posiciones neokeynesianas actuales atribuyen al Green New Deal, sin mayor preocupación por su rentabilidad a medio plazo. Esa capacidad de desbloqueo pasa por arrancar los recursos financieros que ahora están en las malas manos de las finanzas para ponerlos en las buenas manos del capital productivo, el cual podría entrar en expansión gracias a la transición ecológica. De esta manera, la solución verde se enfrenta también a la posición hegemónica de las finanzas en el proceso de acumulación capitalista, que sigue siendo una problemática central.

## 2.3 CRISIS DEL CAPITALISMO FINANCIARIZADO

La crisis de 2008 fue, ante todo, una crisis financiera. Sin embargo, hay una dimensión importante que la diferencia de otras crisis financieras anteriores; también de algunas más virulentas como la de 1929. La crisis de 2008 ponía fin a una onda de dos décadas de experimentos de sostenimiento del crecimiento mediante vías financieras que fueron la espina dorsal de la arquitectura social neoliberal, resumidos en ocasiones como Capitalismo Popular o Sociedad de Propietarios.

### 2.3.1 Las finanzas tras la crisis de 2008

Durante todo el periodo neoliberal las finanzas fueron el principal vehículo en el intento de relanzar un nuevo régimen de acumulación y un ciclo de formación de beneficio que se ahorrara el calvario de los costes de producción, el exceso de capacidad permanente y la competencia destructiva<sup>60</sup>. Tales son las dinámicas arrastradas por la máquina capitalista global desde los años setenta que ralentizan la caída de la rentabilidad, provocando nuevas caídas de la inversión,

60 Tampoco es este un fenómeno nuevo. Marx ya señaló cuando se ocupó del capital a interés que los capitalistas intentan permanentemente que sus procesos de formación de beneficios no pasen por la fase «capital-mercancías» de su metamorfosis en beneficio, esa no es otra que la famosa M intermedia del fórmula ciclo D-M-D'; los grandes capitalistas siempre están interesados en que los ciclos productivos y la formación de beneficio se asemejen lo más posible a un ciclo D-D'. En palabras de Marx, este es el más alto nivel de fetichización de la mercancía: «dinero que pare dinero».

frenando así la productividad del trabajo y, en última instancia, del empleo. Eso no significa que el empleo asalariado deje de ser el mecanismo vertebrador de las sociedades capitalistas, sino que cada vez menos población puede acceder al modo de integración salarial.

Tanto en la literatura sobre la financiarización como en los textos clásicos del marxismo<sup>61</sup>, las finanzas suelen ser conceptualizadas como gigantescos mecanismos de concentración del capital en su forma-dinero, la más abstracta forma del valor. La capacidad de las finanzas para acaparar la riqueza social está fuera de toda duda. La trayectoria histórica de los mercados financieros desregulados desde el comienzo de los años ochenta ha supuesto una constante y creciente captura de toda tendencia o producto social susceptible de ser monetizado y mercantilizado<sup>62</sup>. Tanto en la esfera de la producción y la reproducción, como en la esfera social y medioambiental, las finanzas han sido auténticas máquinas de centralizar la riqueza social.

Mucho menos se ha tratado el papel de las finanzas como directoras de la asignación social de recursos a crédito en la esfera de la reproducción social y, muy especialmente, en los mercados inmobiliarios. Una corriente de la investigación marxista más reciente ha desarrollado la categoría de *capital ficticio*<sup>63</sup> entendido como forma relativamente autónoma y fetichizada que adoptan los títulos de propiedad sobre flujos de beneficios futuros. Ahora bien, se da una firme tendencia a que aquello que comienza como adelanto sobre beneficios futuros pronto se convierte en un esquema de Ponzi o estructura piramidal, es decir, que necesita entradas de liquidez constantes y crecientes para poder por lo menos cubrir los intereses de la deuda contratada en el pasado y consolidada en el presente. Según la hipótesis de la inestabilidad financiera del poskeynesiano Hyman Minsky, el destino de cualquier ciclo financiero es terminar no teniendo suficiente liquidez ni para pagar los intereses de la deuda<sup>64</sup>. Así ocurre en cualquier crisis del capital ficticio, al que mejor que *ficticio* valdría llamar *performativo* por sus «efectos de realidad». Es decir, el garante final de su valor es la posición jerárquica y de poder del emisor, lo que convierte a los instrumentos financieros en una suerte de *dinero según estatus* que vale tanto como poder atribuido tiene la posición de quien lo emite. Esa es la característica distintiva del dólar a partir de 1971, puesto que el garante último de su valor es la posición hegemónica en el mundo de Estados Unidos. Precisamente por esta extensión del poder jerárquico y de estatus a la validez de su funcionamiento como instrumentos monetarios, en las crisis financieras la pérdida de valor de los títulos es correlativa a la devaluación del poder percibido de sus emisores. Las caídas en los valores son de una rapidez fulminante debido a que los precios de bonos o acciones no encuentran soporte más allá del prestigio de sus propios emisores.

61 Hilferding, R., *El capital financiero*, Tecnos, Madrid, 1985.

62 La formación de las primeras grandes masas monetarias de la era de la financiarización vino de la mano de los fondos de pensiones. Fondos privados en su mayoría, pero también fueron, y siguen siendo extraordinariamente importantes en este terreno, los fondos de jubilación de los sindicatos americanos. Desde mediados de los años ochenta a mediados de los años noventa, los fondos de pensiones, gestionados plenamente por *brokers, traders* y *gestores* de Wall Street sin más compromiso frente a los propietarios de los fondos que el de una rentabilidad alta. La crisis de 2008 supuso una pérdida de valor considerable de estos fondos y puso encima de la mesa los problemas de representación que la jerga financiera denomina principal-agente. Es decir, se puso a debate la relación entre las decisiones de inversión de los profesionales de las finanzas y los intereses, monetarios y políticos, de los detentadores de la propiedad de los fondos. Véase R. Blackburn, «La crisis de las hipotecas *subprime*» en *New Left Review*, n.º 50, mayo-junio de 2008.

63 Durand, C., *El capital ficticio*, NED Ediciones, Barcelona, 2018.

64 Minsky, H., *Stabilizing an unstable economy*, McGraw-Hill, Nueva York, 2008.

En la crisis de 2008, y siguiendo los tiempos de su extensión planetaria, tanto la inversión como el empleo cayeron en todos los países capitalistas occidentales, aunque ni mucho menos en todas partes por igual. La gestión de las crisis capitalistas tiene mucho de mecanismo de adjudicación diferencial de sus efectos más duros, tendiendo siempre como resultado a la reproducción de las estructuras de poder existentes entre territorios y, por supuesto, dentro de las estructuras sociales de cada territorio. El mando capitalista tiende, de manera poco sorprendente, a la autoconservación.

Ante todo, lo que definitivamente se ha vuelto insostenible es la creencia en un libre mercado que «premia a los mejores» y en unos mercados financieros que cumplen con una misión social por ser punta de lanza en la inversión innovadora. De hecho, la mera existencia de un libre mercado como algo radicalmente diferente a la esfera del Estado quedó en entredicho tras la larga cola de consecuencias sociales y políticas de la crisis de 2008, un proceso que no deja de extenderse (agravando la crisis de legitimación en la que ahondaremos más adelante).

### 2.3.2 Los Bancos centrales como gobiernos reales

Las burbujas gigantescas de precios de activos, alimentadas por parte de todos los agentes económicos con base a un recurso unánime al crédito, fueron los resortes económicos centrales del experimento de régimen de acumulación financiarizado. Si la crisis de 2008 no hubiera sido financiera sino productiva, habría resultado casi inevitable una fuerte turbulencia que habría puesto a prueba el rol del dólar como moneda de reserva global. En primera instancia, fue una crisis bancaria que afectaba al régimen Dólar-Wall Street instaurado por Nixon<sup>65</sup>. La Reserva Federal emergió públicamente como una suerte de gobierno mundial del capitalismo financiarizado, cada vez más desvinculado de los circuitos económicos internos de los Estados Unidos.

El tamaño de los rescates del sistema financiero global quizás evitó el hundimiento del dólar como moneda de reserva, manteniendo a las finanzas con vida y en una posición hegemónica en el proceso de acumulación capitalista. Pero, sobre todo, con el estallido de la burbuja española y el encajonamiento de la crisis global en el flanco sur de la Eurozona, esos rescates impidieron una crisis completa del sistema financiero global en su eje central atlántico. Nos referimos a la conexión histórica entre Wall Street y la City de Londres, siendo los dos puntos sobre los que se apoya el dominio del dólar sobre el mercado de divisas en que se determinan las tasas de cambio de las monedas nacionales.

En última instancia, la Reserva Federal asumió el papel de prestamista a nivel global con una independencia relativa del gobierno de los Estados Unidos. En la práctica, se trata de una misión similar a operar como el guardián de la hegemonía del dólar y de la función central de los mercados financieros estadounidenses en el modelo de acumulación global. La Reserva Federal ha calculado que entre diciembre de 2007 y agosto de 2010 gastó más de 10 billones de dólares en *swaps* sobre divisas para apuntalar el rol mundial del dólar<sup>66</sup>. A partir de ese momento, para la Reserva Federal era relativamente sencillo ampliar sus

65 Gowan, P., *La apuesta por la globalización*, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», Madrid, 2001.

66 Un *swap*, que a menudo se traduce como permuta financiera, es un contrato por el cual dos partes se comprometen a intercambiar una serie de cantidades de dinero en fechas futuras. En los datos de la Reserva Federal, desclasificados en 2011, se puede comprobar la larguísima lista de bancos europeos y británicos que acudieron a las mastodónticas compras de estos *swaps* sobre divisas: Barclays, RBS, HBOS, Credit Suisse, UBS, Deutsche Bank, Commerzbank, Dresdner Bank, DEPFA, BNP-Paribas, Société Générale, Dexia y Fortis. Véase: Tooze, A., *Crash*, Crítica, Madrid, 2018.

operaciones de compra masiva a títulos de deuda pública y privada. Así lo hizo a partir de 2009, inaugurando la fase de *expansión cuantitativa* o *QE* (*Quantitative Easing*) en las políticas de los Bancos centrales que han definido la coyuntura hasta 2020<sup>67</sup>.

Desde el punto de vista del proceso de acumulación y la formación de beneficio, estas gigantescas operaciones de sostenimiento monetario del dólar, prolongadas mediante la QE en sus efectos, impidieron un ajuste del aparato productivo redundante a la escala requerida. De esta manera, se extendieron los problemas de rentabilidad y de exceso de capacidad en el aparato productivo global hasta la nueva crisis de 2020, momento en que estas tendencias seculares se amplificaron y cruzaron con los elementos más coyunturales del contexto pandémico. Sin embargo, la combinación de un fuerte retroceso de la inversión y una baja productividad del trabajo con un entorno de política monetaria expansiva y unos tipos de interés históricamente bajos no parece dejar otra alternativa a las finanzas que forzar los pagos de la deuda pública y privada generada durante la pandemia de 2020-21<sup>68</sup>. La nueva brecha de endeudamiento crecerá a ritmo exponencial hasta que comience un ajuste que será tan caótico como grandes y generalizados estos niveles de endeudamiento.

Durante marzo de 2020, el mercado de bonos privados se secó de liquidez como consecuencia de la huida de los inversores asustados por los primeros bloqueos de la producción en la China del coronavirus y por la guerra de precios del petróleo comenzada por la Aramco (compañía petrolera del reino de Arabia Saudí). En su anuncio del 23 de marzo de 2020, la Reserva Federal declaró que «haría lo que hiciera falta» para defender la economía empresarial y en las dos semanas posteriores, hasta el 9 de abril, proporcionó una aclaración completa de sus intenciones. Ese día, la Reserva Federal puso en circulación millones de dólares dirigidos a los mercados financieros, con la mayor cantidad nunca dispuesta para intervención o rescate alguno en la historia de EE. UU.: 2,3 billones de dólares. El salto es cualitativo además de cuantitativo: pensemos que el TARP (*Troubled Asset Relief Program*), principal programa de rescate al sector financiero estadounidense, ascendió hasta la posibilidad de 750.000 millones de dólares, entonces (2008) considerada una cifra escandalosa.

La Reserva Federal estableció un conjunto de instrumentos para adquirir deuda empresarial, directa o indirectamente, con la intención de prestar cantidades de dinero virtualmente ilimitadas a casi cualquier tipo de empresa no financiera, independientemente de la calificación de su deuda. En concreto, casi más de la mitad del presupuesto de la intervención estaba destinado a la compra en los mercados secundarios de deuda con calificación baja (bbb) o directamente con calificación de «bonos basura». Con esta mastodóntica intervención, la Reserva Federal compraba literalmente todos los bonos privados del mercado. En palabras de Robert Brenner<sup>69</sup>:

67 Implementadas por los Bancos centrales, desde la Reserva Federal, el Banco Central Europeo, el Banco de Inglaterra y el Banco Central Japonés, los QE son programas de estímulo monetario a grandísima escala consistente en que el Banco Central adquiere grandes cantidades de deuda pública, y en la última fase también de deuda privada. De esta manera, se aumenta la liquidez de la economía y, al mismo tiempo, se almacenan las hipotecas y bonos que, de otro modo, pesarían sobre la actividad de los bancos comerciales. Tooze, A., *Crash*, *op. cit.*

68 FMI, *Global Financial Stability Report*, 2021.

69 Como suele suceder en estos casos, una avalancha de capitales huyendo de los riesgos asociados al *crash* inminente se refugió en los bonos del Tesoro americano a diez años como valor seguro, generando un rápido aumento de las primas de riesgo de los bonos privados. Brenner, R., «Saqueo pantagruélico», en *New Left Review*, n.º 123, julio-agosto 2020.

El establishment político bipartidista estadounidense y sus líderes políticos han llegado, consciente o inconscientemente, a la dura conclusión de que la única forma en que pueden asegurar la reproducción de las corporaciones no financieras y financieras, de sus altos directivos y accionistas, así como de los dirigentes de los principales partidos estrechamente conectados con ellas, es intervenir políticamente en los mercados de activos y en el conjunto de la economía con el fin de respaldar la redistribución de la riqueza hacia arriba por medios directamente políticos. Esto es, en realidad, lo que el Congreso y la Reserva Federal han llevado a cabo con su rescate financiero a gran escala de las grandes empresas ante la caída de la producción, el empleo y los beneficios.

Desde ese 9 de abril de 2020, la Reserva Federal mantiene a toda la masa de empresas norteamericanas emisoras de bonos en una sala de espera hasta el momento en que tengan que ajustar sus niveles de actividad y de empleo a la nueva capacidad productiva disponible. Lo cierto es que no hay perspectiva alguna de que se recupere la capacidad que se mantenía operativa debido a los bajísimos tipos de interés de los últimos años. Más bien al contrario, la masa de capitales salientes desde Europa y Estados Unidos hacia China durante los meses de pandemia hace que el tamaño del ajuste postergado sea cada vez más parecido a un abismo.

En el otro lado del atlántico, la QE llevada a cabo por el BCE no comenzó formalmente hasta el 2014 con sus primeras operaciones de compra masiva de bonos y valores respaldados por activos con el fin inmediato de mantener la liquidez en el sistema bancario europeo. En una primera fase, las compras de activos se centraron en la deuda pública de los países miembros, seguida de una segunda fase con compras de deuda privada. En sus primeros momentos, la QE europea funcionó como una especie de monetarismo inverso: el aumento en las cantidades de capital circulante pretendía calentar la economía y lubricar el crecimiento de la Eurozona. Pero si el monetarismo no comprende las causas reales de la inflación, lo mismo sucede con la deflación. Los saldos bancarios estaban todavía llenos de activos dudosos o directamente tóxicos y no había la menor esperanza de que las instituciones financieras se lanzaran a ofrecer nuevos préstamos a las clases medias y a la producción. La QE alejó a los agentes financieros de los mercados secundarios de deuda. El tamaño de la intervención fue tan grande que resultó inevitable la caída de precios de los bonos de deuda pública —y la subida de la prima de riesgo— debido a la falta de demanda en los mercados primarios donde los Bancos centrales de los países miembros venden directamente bonos a los agentes financieros. A cambio del cierre de estos nichos de beneficio financiero, se dio a los agentes financieros suficiente liquidez para comenzar un nuevo ciclo en los mercados de acciones privadas, bonos privados y derivados financieros. El problema de fondo es que no existía ninguna tendencia rentable subyacente que pudiera alimentar ese ciclo desde la esfera de la producción. La QE ha quedado claramente presentada como un dispositivo político para ganar tiempo narcotizando a los agentes financieros con un carrusel de liquidez permanente.

Alemania se aseguró de que tal movimiento del BCE no fuera posible hasta que las medidas de austeridad estuvieran bien establecidas en los países deudores y se garantizara el pago de la deuda. Alemania incluso demandó al BCE ante el

Tribunal Constitucional alemán, primero sin efecto, y en 2020 consiguiendo una sentencia que cuestiona la «proporcionalidad» de la participación alemana en la QE. En última instancia, generar estabilidad en los mercados secundarios de deuda soberana de los países fue y sigue siendo el objetivo inmediato.

Hay algunos elementos diferentes en esta crisis por lo que toca a la configuración política europea. El primero de ellos es que Alemania ya no controla de manera absoluta el BCE. La puesta en marcha de un segundo *bazooka* monetario bajo la forma de QE de emergencia ha corroborado este dato. Las primas de riesgo de los países del sur han bajado tanto que, de forma momentánea, sus bonos públicos se venden a interés negativo. Esta coyuntura perjudica la financiación del Estado alemán mediante el uso del *bund* como activo de seguridad de baja rentabilidad en un momento en que el sistema sanitario público alemán se encuentra desbordado y, en consecuencia, pasará lo mismo con la deuda pública alemana.

Aparte de esta actuación preventiva, que desdibuja los intereses inmediatos de Alemania, hay que recordar que el BCE de Mario Draghi, ahora Primer Ministro del gobierno tecnocrático italiano, fue el arma definitiva para ganar el envite a Syriza en 2015. Los niveles de endeudamiento astronómicos solo son un problema si hay alguna entidad o institución en posición de ejecutarlos y abrir nichos de beneficio a partir del ajuste.

La dureza y el desgaste del Brexit, aunque Gran Bretaña haya sido visiblemente perjudicada en el divorcio, dificultan a Alemania reproducir la actitud agresiva mantenida frente a Grecia en 2015. Posición que, además, confiere cierta credibilidad en el nuevo mundo (imaginario) de valores de «responsabilidad social y ambiental» en el corazón de una «transición energética justa». La retirada de Alemania a un segundo plano ha sido suplida por un grupo de países satélite con Holanda a la cabeza (ridículamente llamados *frugales*) que ejercen de halcones de la deuda y que, paradójicamente, mantienen más vivos que nunca los intereses de Alemania.

## 2.4 CRISIS DE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE Y ASCENSO CHINO

La guerra de Vietnam, asegura Arrighi, supuso un giro de la posición de Estados Unidos en el mundo<sup>70</sup>. Desde entonces, no paran de crecer los datos y evidencias sobre la trayectoria decadente del único tipo de capitalismo realmente existente, el dominado por Estados Unidos. Las dimensiones de la discusión acerca de la muerte de la hegemonía estadounidense y sus consecuencias sobre el capitalismo global sobrepasaron el estatuto de debate académico y entraron en

70 «La guerra de Vietnam demostró que la protección estadounidense no era tan fiable como proclamaba Estados Unidos y como esperaban sus clientes. En el transcurso de las guerras mundiales, Estados Unidos se había hecho rico y poderoso dejando a otros países arrostrar la mayor parte del combate, suministrándoles crédito, alimentos y armas, observando cómo se agotaban mutuamente en los terrenos financiero y militar e interviniendo al final del conflicto para asegurar un resultado favorable a su interés nacional. En Vietnam, en cambio, tuvo que asumir la mayor parte del combate en un entorno social, cultural y políticamente hostil, mientras que sus clientes europeos y de Asia oriental se fortalecían como competidores económicos y las multinacionales estadounidenses acumulaban beneficios en mercados financieros extraterritoriales, privando al gobierno estadounidense de rentas tributarias muy necesarias. Como consecuencia de esta combinación de circunstancias, el poderío militar estadounidense perdió credibilidad y el patrón oro-dólar se vino abajo. Para empeorar aún más las cosas, las Naciones Unidas se convirtieron en una tribuna resonante para las quejas del Tercer Mundo, generando poca legitimidad para el ejercicio estadounidense de funciones gubernamentales a escala mundial». Arrighi, G., «Hegemony Unravelling. Part II», en *New Left Review*, n.º 33, mayo-junio de 2005.

los editoriales periodísticos con la figura de Trump y el trumpismo como parte más visible de este fenómeno. Sin embargo, al alzar la vista, el paso de Trump por la Casa Blanca se muestra más como consecuencia antes que como causa de la decadencia norteamericana. Trump ha sido el representante más histriónico de una posición clásica de la derecha estadounidense, que tanto desde el punto de vista interno como internacional hizo todo lo posible por presentar el conflicto con China como una reedición de la Guerra Fría. Pero lo cierto es que también encontramos estos discursos exaltados durante el periodo 2001-2007, que estuvo marcado por las continuas y erráticas intervenciones militares de Estados Unidos en Afganistán e Irak durante los mandatos de George W. Bush. Esta invención del peligro chino se encuentra con un problema evidente: China no ha dejado de decir, y en buena medida lo ha practicado, que no tiene interés en la expansión militar a costa de los Estados Unidos. Aunque cada cierto tiempo el Partido Comunista de China acuda a la retórica de la Guerra Fría para generar el enemigo externo imperialista, ni mucho menos se trata del discurso público dominante en China, que tiende más a presentar un modelo de crecimiento armónico y beneficioso para todo el orbe<sup>71</sup>.

Desde luego, poco contaba la derecha norteamericana con que la disputa inmediata con China se fuera a jugar en el terreno de la salud pública y el sistema sanitario, una reordenación geopolítica poco previsible en 2019. China justo acababa de ampliar su red de salud pública hasta abarcar a un alto porcentaje de su población, como parte de su gigantesco estímulo fiscal keynesiano. En apenas tres meses, la irrupción del coronavirus en China pasó a convertirse en una ventaja competitiva más frente a Estados Unidos, en el que probablemente ha sido el evento más visible dentro del largo proceso de cambio hegemónico que se lleva sintiendo desde inicios de los setenta.

El ciclo de dominio económico norteamericano se inicia con el final de la Guerra de Secesión, la expansión de la frontera al este y la construcción del ferrocarril. Ese ciclo empieza a transitar hacia su final en 1971, dejando como recuerdo las mayores tasas de expansión material y productividad jamás vistas en el capitalismo. También deja atrás el mayor grado de control sobre el mundo que haya tenido potencia alguna y que será prácticamente total desde mediados de los años ochenta, con la derrota visible de la URSS. El paisaje diseñado durante este ciclo hegemónico ha caminado a manos de un gobernante absoluto del capitalismo fordista-keynesiano de posguerra ligado a la destrucción de los ecosistemas. A partir de 1971, empieza un periodo cualitativamente distinto del dominio global de la economía estadounidense con el dólar como moneda global de reserva, relativamente desvinculada de las vicisitudes del capital, el trabajo y de los recursos en la economía interior estadounidense.

#### **2.4.1 La muerte del régimen dólar-petróleo**

El periodo entre 1971 y 2021 ha supuesto una pérdida progresiva de la potencia económica de Estados Unidos como país, y correlativamente el crecimiento del dólar como moneda de intercambio y reserva internacional. Esta paradoja no lo es tanto si tenemos en cuenta el papel de la OPEP en la subida cartelizada de precios del petróleo que provocó la primera crisis energética global a partir de 1973. Un ascenso del precio que se incorpora a una dinámica histórica

71 Arrighi también enfatiza el papel de la derrota militar de Estados Unidos en Irak como detonante del salto cualitativo de China en su estrategia para definitivamente hacerse con el control de la parte productiva de la economía global. Arrighi, G., *Adam Smith en Pekín*, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», Madrid, 2009.

norteamericana como líder del mundo capitalista totalmente dependiente del consumo barato de petróleo y del consumo barato de fuentes de energía y recursos no renovables.

Desde finales de los sesenta, Estados Unidos ya no sostiene la extraordinaria posición competitiva que había tenido desde finales del siglo XIX y de forma casi absoluta desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El encarecimiento de los costes del petróleo, derivado en última instancia de los conflictos jurisdiccionales sobre los recursos naturales en la era poscolonial, se redobla con el encarecimiento de los costes laborales ligado a la oleada revolucionaria de 1968. La acción conjunta de ambos tipos de costes eleva la inflación hasta niveles máximos históricos, sin por ello generar niveles de crecimiento significativos. Estados Unidos estaba cada vez más atezado por la reducción de las tasas de beneficio de sus empresas y necesitaba la deuda y el crédito como herramienta política principal, tanto en la esfera estatal como en la privada. De esta manera, podía seguir desplazando hacia el futuro los conflictos derivados de la explotación y el dominio creciente sobre la biosfera para conseguir los insumos más baratos posibles de trabajo, energía y recursos.

Durante el primer shock petrolero, Estados Unidos convenció en secreto a Arabia Saudí para que comprara bonos del Tesoro estadounidense hasta llegar a un 30% de su gigantesco superávit comercial<sup>72</sup>. Más adelante, en un pacto también secreto entonces pero hoy desclasificado, se regulariza este modelo de reciclaje de los superávits de los países del Golfo Pérsico liderados por Arabia Saudí. En ese momento, Estados Unidos aún mantenía la retórica del multilateralismo frente a lo que entonces denominaba «coacción oligopolista» de la OPEP. Este es un movimiento que la ciencia económica ortodoxa siempre interpretó como la acción de un mercado donde se habría revelado la preferencia del reino saudí por invertir un 30% de gasto casi constante en bonos del tesoro estadounidenses. En realidad, este movimiento era una especie de concesión en forma de respaldo «objetivo» al dólar. Un apoyo que, además, no estaba directamente vinculado a la economía doméstica de Estados Unidos, que comenzaba su declive. Más bien, su sentido era sumarse al pulso de la nueva economía global que estaban construyendo los flujos financieros a medida que caían las regulaciones de Bretton Woods en los mercados monetarios transnacionales. Abundando en este modelo dólar-petróleo como armazón de la nueva presencia hegemónica de EE. UU. en el mundo, el centro de operaciones de este reciclaje fue el mercado de dólares desterritorializados, es decir, no sujetos a las regulaciones bancarias estadounidenses. De esta manera, también se asignaba un lugar a la antigua potencia hegemónica, el Imperio británico, en el nuevo arreglo.

El relato no estaría completo sin tener en cuenta el llamado «Golpe de Volcker», así bautizado en «honor» al que fuera presidente de la Reserva Federal durante el gobierno de Jimmy Carter y luego en el de Ronald Reagan. Volcker subió los tipos de interés hasta llegar al 20% en diciembre de 1980. En un momento tan cercano como 1977, los tipos de interés de los Fondos Federales eran del 4%. En la más pura tradición monetarista de Milton Friedman, se entendía que la masa de dinero e instrumentos monetarios circulantes estaba provocando inflación, en lugar de entender que la masa monetaria creciente solo era un reflejo de las subidas de precio del petróleo y los salarios. Esta decisión provocó una fortísima

72 Spiro, D. E., *The hidden hand of American hegemony: petrodollar recycling and international markets*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1999.

crisis de la deuda en los países del entonces llamado «Tercer Mundo», atenazados por la presencia ubicua de monocultivos agrícolas y extracciones mineras orientadas al mercado mundial que habían dejado las metrópolis coloniales en su territorio.

La OPEP nació auspiciada por el presidente egipcio Nasser como una forma de evitar que las siete mayores compañías petroleras del mundo (conocidas como las *siete hermanas*: BP, Shell, Texaco, Mobil, Exxon, Gulf y Chevron) siguieran imponiendo condiciones draconianas a los recientemente independizados países del «Tercer Mundo». Sin ser la única causante, la OPEP tuvo mucha responsabilidad en la subida de 3\$ a 39\$ por barril de petróleo entre 1973 y 1980. La intención original de servir de modelo para más asociaciones de control de precios de las materias primas quedó descartada tras las enormes deudas a las que tuvieron que hacer frente los países productores de materias primas después del golpe de Volcker. La tarea la terminaron las instituciones del llamado Consenso de Washington, especialmente el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Su principal herramienta fueron los llamados *ajustes estructurales*, vinculados a la secuencia de deudas inasumibles, declaración de bancarrota del Estado e impago de la deuda, a lo que seguía el rescate del Banco Mundial condicionado al ajuste estructural.

En marzo de 2020, durante los primeros signos de existencia de la covid-19, Saudi Aramco<sup>73</sup>, compañía petrolera pública saudí bajo el control de Bin Salman, nuevo príncipe heredero y pujante sátrapa saudí, lanzó una guerra de precios y producción contra el resto de países productores de petróleo<sup>74</sup>, incluyendo el objetivo no declarado de abrir una guerra frente a las fuentes de energía renovables. Desde sus primeros pasos en 1962, la OPEP se ha mantenido como un cártel que ha controlado buena parte de la oferta mundial de petróleo, modulando los precios desde la producción bajo la constante amenaza del uso de las subidas de precios para estrangular la balanza por cuenta corriente con los países occidentales. Reproduciendo una posición oligopólica clásica, se trataba de controlar el grifo del petróleo para controlar el precio.

Una accidentada salida a bolsa de Saudi Aramco en 2019, donde los saudíes denunciaron que el regulador estadounidense estaba manipulando a la baja el precio por acción, a lo que se sumó a una campaña por parte de las organizaciones ecologistas para bajarlo aún más, coincidió con la ruptura de las negociaciones entre Rusia y la OPEP para restringir la producción. Rusia, decidida a romper la rentabilidad de las empresas estadounidenses de *fracking* (y canadienses de extracción en arenas bituminosas) mediante precios bajos del petróleo convencional, no aceptó la propuesta de restricción presentada por Arabia Saudí por considerarla excesiva.

En febrero de 2020, la compañía saudí anunció una guerra de precios y de cantidad, amenazando con romper el mercado por abajo por primera vez desde la

73 Saudi Aramco es la mayor empresa petrolera del mundo tanto por número de reservas en *stock* como por beneficio operativo. También es la primera empresa del mundo por beneficios declarados, y entre las grandes empresas petroleras, la que tiene unos compromisos de reducción de emisiones más laxos, por no decir inexistentes: apenas llegaban al 5% de sus emisiones, las mayores entre las grandes compañías petrolíferas.

74 En julio de 2021, un año y tres meses después del «golpe de Bin Salman» al mercado petrolero mundial, los precios del petróleo han marcado una trayectoria ascendente que les ha llevado a los 70 dólares por barril, pero lejos de señalar una vuelta de los patrones clásicos de cartelización de la OPEP, señalan un momento parecido a una concertación de subidas de precios y recortes de la producción entre agentes como forma temporal de apoyo económico a la recuperación, pero en la que todos los agentes saben que el futuro es la guerra de precios a la baja. Raval, A., «[Oil jumps as Opec and allies decide against big rise in output](#)», *Financial Times*, 4 de marzo de 2021.

instauración del orden transnacional de posguerra. Si el objetivo era generar inestabilidad, el *timing* no pudo ser más preciso. Fue el 28 de febrero de 2020, justo cuando empezaban a tomarse en serio las repercusiones del coronavirus sobre la economía global y empezaba a parecer posible la predicción de encierros en ciudades y países de Europa. El efecto conjunto de un estrangulamiento de la demanda y una expansión de la oferta tuvo como resultado la mayor caída en un solo día del precio del petróleo (de 45 a 30 dólares por barril) desde la Gran Depresión. Los resultados no se hicieron esperar. Bajada del rendimiento de los bonos del Tesoro estadounidense, bajadas del dólar y de las monedas de los países productores de petróleo, sacudida de la cotización en bolsa de las empresas energéticas tradicionales y, como resumen, ascenso del índice VIX de volatilidad, que alcanza máximos desde su pico en la anterior crisis de 2008. Todos estos efectos, encadenados sobre los mercados de futuros, mandaron una fortísima señal de crisis que reverberó en todo el sistema financiero global. La turbulencia en los mercados energéticos dio la señal a la Reserva Federal para adoptar las medidas extraordinarias de marzo de 2020, tratando de contener un *crash* absoluto de las finanzas globales, provocado por la caída simultánea del dólar y el petróleo que se dibujaba en el horizonte.

Siguiendo la lógica de la salida de la crisis del 73, se puede decir con relativa seguridad que al capitalismo le queda un sector monopolista menos. Nos referimos a las guerras de precios en la manufactura durante la crisis de los setenta, que fueron el preludio de una fase de competencia destructiva entre empresas y países para forzar un ajuste hacia la capacidad productiva real del enorme aparato industrial fordista. Un ajuste dependiente de una destrucción de valor cuyos efectos intentaron ser trasladados en la mayor medida posible hacia los territorios y poblaciones relegadas de Europa y Estados Unidos<sup>75</sup>.

El arreglo dólar-petróleo de los años setenta, pactado en origen por EE. UU. y Arabia Saudí, estaba diseñado para subir los precios o negociar bajo la amenaza de estrangulamiento de la oferta y subidas de precios. Aquel acuerdo de reciclaje de petrodólares situaba al dólar, en tanto moneda mundial, como la divisa respaldada por la comercialización de petróleo, y por tanto relativamente desenganchada de la producción interna de los Estados Unidos. Así, el dólar post-73 en la práctica no era una moneda plenamente fiduciaria, sino que ha tenido algo de «patrón petróleo». Si el poder del dólar no es reflejo de la mayor competitividad de la economía estadounidense, por fuerza debe asegurar su legitimidad en la esfera transnacional, que se ha movido al ritmo que marcaban los precios del crudo y de sus consecuencias en la distribución global de ingresos, rentas y recursos. La escasez relativa de petróleo, con su régimen de precios, es la garantía última de la estabilidad del dólar como moneda de referencia<sup>76</sup>. La agonía del régimen dólar-petróleo va dando paso a la hegemonía de China.

#### 2.4.2 Un capitalismo chino con características verdes

En septiembre de 2020, durante la asamblea general de Naciones Unidas, el presidente chino Xi Jinping habló prácticamente ya como nuevo líder del mundo y se situó en un punto de paso político que también fue puerta de entrada a la

75 En esta misma línea se pronunciaban en mayo de 2021 el *Financial Times* siguiendo a la Agencia Internacional de la Energía: Brower, D.; Jacobs, J.; McCormick, M., «[6 takeaways from the IEA's net-zero scenario](#)», en *Financial Times*, 20 mayo de 2021.

76 Las cotizaciones de dólar y petróleo tienden a funcionar a la inversa, cuando baja el petróleo sube el dólar, y viceversa, a la manera en que las *hedge finance* siempre operan con al menos un polo de seguridad y otro de rentabilidad. En este caso intercambiando papeles cada cierto tiempo.

hegemonía económica mundial en los casos del Imperio británico y Estados Unidos. Se trata de ese momento en que la potencia hegemónica aspirante abraza el libre comercio después de un periodo proteccionista inicial, lo cual siempre ha representado una declaración de superioridad competitiva en la esfera productiva. Implica que la distancia es tal que la vía de los mecanismos de mercado por sí misma solo puede amplificar la posición del dominante en la esfera de la distribución de la riqueza. Si además el comercio mundial, mediado antes por las relaciones entre los Estados que entre las empresas, es casi la única forma de mercado que sigue funcionando hoy, aún bajo la economía de los confinamientos o post-covid, la declaración frente al mundo de superioridad productiva *ergo comercial* de China resulta poco discutible<sup>77</sup>.

En un punto central para el desarrollo futuro del capitalismo global, en esa misma asamblea general de la ONU, Xi Jinping dio su bendición a los compromisos de neutralidad climática, y con ellos a la entrada china en el juego del capitalismo verde, juego que abre toda una avenida para la consolidación de China como dominador casi absoluto de las manufacturas en todo su ciclo de valor. Como de costumbre, es la Unión Europea quien pierde esta batalla. China, el mayor contribuyente neto al aumento de las emisiones de CO<sup>2</sup> en los últimos treinta años, el país siempre señalado, no sin hipocresía, como responsable del cambio climático por parte de la Unión Europea, se ha puesto a la cabeza de la lucha contra el cambio climático, sin que la UE, que no ha dejado de congratularse de ser faro mundial de lo verde desde hace veinte años, haya podido dar respuesta alguna. Entre otras cosas, porque en el modelo chino anterior al giro de 2008 China era la forma en que las empresas occidentales, también las de la UE, se deshacían de costes ambientales.

La intervención de Xi Jinping en la ONU es clara al respecto. Si el mundo decide entrar en un ensayo de capitalismo verde, será la industria china la que provea los medios para hacerlo. Una vez que China ha logrado no depender tecnológicamente de Occidente y se ha quitado de encima la tutela de los centros de diseño y organización occidentales, cualquier intento de reanudar la acumulación de capital a partir del cambio tecnológico hacia tecnologías de sustitución de los combustibles fósiles pasa por el aparato productivo chino. Destaca la producción de infraestructuras para captar energías renovables, pilar de la transición energética global, que China ha abaratado y aumentado extraordinariamente en lo que toca a la capacidad de aprovechamiento de energía por unidad de trabajo.

La apuesta China por el Green New Deal se enmarca dentro de su maniobra expansiva con la que se pretende rentabilizar su nueva posición tecnológica dominante, la nueva hegemonía productiva china, en una nueva ronda de financiarización de la economía china, en la que, fundamentalmente, las nuevas empresas de energías renovables chinas y los fabricantes del coche eléctrico sean atractores para las enormes masas de capital que siguen entrando en los mercados financieros, listas para una fuerte ola de inversión financiera.

77 La aceptación tácita del cargo de aspirante a capitalista colectivo global ya estaba en la intervención de Xi Jinping en el Foro de Davos en 2017 que dejó completamente boquiabiertos y maravillados a los voceros del orden económico global. Estos grandes *influencers* globales, sin duda desorientados por el neoconfucianismo expansivista de Xi, se convirtieron en firmes defensores de China, su partido comunista y su modelo comercial y productivo como garantes de la globalización capitalista. Obviamente, a esta defensa siempre se le añade una cláusula en letra pequeña que recuerda, más o menos, que «todo bien con China, pero la situación de los derechos humanos y políticos es mejorable».

Hasta la crisis de 2008, China se mantuvo bastante fiel a su papel como «taller del mundo» y economía diseñada para la captación de capitales en fuga de la larga crisis de rentabilidad, con sus diferentes reverberaciones en forma de turbulencias financieras a lo largo de los años ochenta y noventa. A diferencia de otros países, China no ha sido vulnerable a los ataques al modelo de sustitución de importaciones —la producción industrial local de bienes que están siendo importados— propio de los llamados «países en vías de desarrollo» durante los años sesenta y setenta. La principal explicación a este fenómeno es que, desde el primer momento de la «apertura» económica, los dirigentes chinos tuvieron en mente las estructuras de poder globales del Consenso de Washington. Siguiendo esa doctrina, apostaron por los superávits por cuenta corriente y, de forma más concreta, por la obtención de grandes reservas en dólares como garantes de la soberanía económica. Toda la estrategia exportadora china estuvo dirigida por este criterio.

La gestión de la crisis de 2008 fue decisiva para el cambio de modelo en China, que pudo comprobar cómo la mera posibilidad de quiebra de los gigantes hipotecarios americanos Freddie Mac y Fannie Mae amagaba con dañar su posición como mayor tenedor de activos denominados en dólares fuera de Estados Unidos (y desde ahí, su soberanía económica). El llamado *Documento Central número 18* del Partido Comunista Chino establecía las bases del giro hacia el mercado interno y de una política presupuestaria expansionista que iría de la mano de una política monetaria «adecuadamente laxa»<sup>78</sup>. Con ese fin tensionaba las unidades locales del Partido para sacar adelante un programa de transición económica basado en la inversión en construcción de entornos urbanos nuevos e infraestructuras para fortalecer el mercado interno, que ya tenía más peso que el percibido habitualmente por analistas occidentales. En concreto, incluso en los años de mayores tasas de exportación alcanzaba dos tercios de la demanda total. Un 12% del PIB chino, una masa monetaria nada desdeñable, sería empleado para este propósito.

La reforma del sistema sanitario fue el objetivo estrella del programa keynesiano. El debate iniciado por Hu Jintao sobre la reforma del sistema sanitario a raíz de la gripe aviaria se materializó en el anuncio en 2009 de que la cobertura sanitaria pasaría del 30 al 90% de la población y que se asignarían fondos del gobierno central para pagar dos mil hospitales comarcales y cinco mil centros clínicos municipales: la mayor expansión sanitaria de la historia mundial. El otro proyecto estrella del *Documento Central 18* fue la construcción del tren de alta velocidad. Entre 2008 y 2014, la red ferroviaria preparada para circular a más de 250 km/h pasó de 1.000 km a 11.000 km. Los 1.300 km que separan Pekín de Shanghái se cubrían en cuatro horas y media.

Sin embargo, tampoco China es del todo ajena a la crisis generalizada. De hecho, en los meses anteriores a la irrupción de la covid-19 la situación de China se presentaba como un atolladero de difícil salida. El gobierno parecía atenuado entre los requerimientos necesarios para mantener los niveles de crecimiento y la posición que ocupaba China en las cadenas de valor globales, para lo que necesitaba escalar la creación de crédito. También por los requerimientos necesarios para evitar una caída del renminbi (el yuan convertible) en los mercados de divisas que amenazaba con una fuga de capitales similar a la del *crash* de las bolsas chinas en 2015. En el origen de esta dinámica, señalaban

78 Tooze, A., *Crash*, Crítica, Madrid, 2018, pp. 266 y ss.

los comentaristas occidentales, estaba la concesión de refinanciaciones sin límite a las empresas públicas en quiebra, dinámica que tendía a generar fuertes excesos de capacidad en la medida en que impedía el ajuste y la salida de las empresas no rentables del mercado. A su vez, esto generaba nuevas rondas de endeudamiento para sostener la demanda que trasladaban aún más tensiones al renminbi.

En última instancia, la renuncia china a pelear por arrebatarse la hegemonía monetaria al dólar como moneda de reserva mundial, junto con las peculiaridades «socialistas» de su modelo, como la no existencia de la quiebra empresarial, han traído tensiones considerables sobre la posición financiera de China. Al no existir expediente de quiebra, se sigue concediendo crédito en moneda local a estas empresas no rentables, generándose masas de deuda incobrable, y como consecuencia el renminbi tiende a depreciarse. Así acaba generándose una estampida de capitales chinos denominados en moneda local hacia el dólar. Antes de 2008, cuando el modelo chino era claramente una economía de exportación manufacturera de baja cualificación y alta intensidad en trabajo, este problema no existía. En ese momento, el Banco Popular de China centralizó los dólares que entraban en el circuito económico interno y con ellos desarrolló una política a largo plazo de compra de instrumentos monetarios norteamericanos denominados en dólares. El objetivo era mantener el tipo de cambio del renminbi bajo el expediente de sostener al dólar mediante compras masivas en los mercados de divisas<sup>79</sup>.

El menor crecimiento de las exportaciones y el registro de menores aumentos del superávit por cuenta corriente tras la crisis de 2008, unido a las gigantescas dimensiones del gasto en programas anticíclicos keynesianos, dieron como resultado que en 2016 China necesitase tres veces más crédito para generar los mismos niveles de crecimiento que en 2010. En tan solo diez años el montante total de la deuda china ha aumentado tres veces y media. La deuda en relación al PIB ya es un 326%, frente al 146% que representaba en 2009.

La respuesta del gobierno de Xi Jinping a este cenagal financiero ha sido lo que el propio presidente chino llamó *doble circulación*<sup>80</sup>. Se trata de un nuevo patrón de desarrollo que, centrado en la promoción del mercado interior, busca la retroalimentación mutua entre ambos polos. En un movimiento que recuerda poderosamente al «un país, dos modelos» de Deng Xiaoping, China abrirá una parte de su circulación económica a los flujos de capital globales mientras otra esfera permanece en la órbita de la circulación interna manteniendo niveles muy altos de endeudamiento en renminbi sin ningún tipo de presión hacia el ajuste más allá de las que pueda ejercer el Banco Popular de China.

Este nuevo diseño general del modelo, pensado antes de la irrupción de la covid-19 en Wuhan, ha convertido la parte «abierta» de la economía china en el mayor, y casi único, yacimiento de beneficios financieros globales después de que las intervenciones de la Reserva Federal en el *crash* de marzo 2020 hayan

79 «Un tipo de cambio bajo en ese momento era fundamental para no dañar el crecimiento de la exportación china. Pero de paso, al centralizar los dólares el Banco Popular de China, y con la ayuda de estrictos controles de capital, se evitaba que se perdieran en decisiones a corto plazo, o directamente especulativas, de los inversores privados. Por citar un precedente del que eran perfectamente conscientes en el PCCh, en los primeros ochenta, los empresarios japoneses ungidos por su posición dominante en los mercados de exportación, y los gigantescos superávits por cuenta corriente que registraba la economía japonesa en la época, se lanzaron a una estrategia de compras de prestigio en los países centrales que dilapidó buena parte de las entradas de divisas». Shih, V., «El dilema del crédito chino: entrevista con Robert Brenner», en *New Left Review*, n.º 115, marzo-abril de 2019.

80 Buckley, C., «Xi's Post-Virus Economic Strategy for China Looks Inward», *New York Times*, 7 de septiembre de 2020.

prácticamente neutralizado la dinámica de formación de beneficios en el mercado estadounidense, y de rebote, en el europeo. La puesta en marcha de los primeros *mutual funds*, que conducen parte de las gigantescas masas de ahorro chinas a los mercados financieros globales, atrajo desde 2019 a BlackRock y Goldman Sachs a tomar posiciones fuertes en este mercado. Pero ha sido el gigantesco caos decisorio durante la pandemia en Europa y Estados Unidos el que ha terminado por provocar una salida masiva de la inversión tanto financiera como productiva hacia el emergente mercado financiero chino. Si algún riesgo de inestabilidad planea sobre la economía china es precisamente el relacionado con la apertura de esta porción de su pujante constelación empresarial en un momento de máxima contracción de las economías occidentales.

En Asia, el neoliberalismo ascendente y sus instituciones globales chocaron contra un muro. El orden global marcado por los ajustes estructurales comenzó a mostrar síntomas de desgaste en la crisis asiática de 1997, que a su vez coincide en el tiempo con las primeras manifestaciones en Seattle contra la OMC, pistoletazo de salida del movimiento antiglobalización. La evidencia de los niveles de crecimiento chinos a lo largo de los años noventa y primeros dos mil, junto con el fracaso estrepitoso del FMI en la gestión de la crisis de las monedas nacionales asiáticas, abren la puerta a una recodificación de las economías del Sur global bajo el término de *economías emergentes* (diseñado para inversores), señalando a sus cuatro países centrales, los BRIC (Brasil, Rusia, India y China). En realidad, salvo su subordinación al orden del dólar y Wall Street, esas *economías emergentes* apenas comparten nada que permita clasificarlas como una entidad económica coherente.

La pandemia global ha dejado bien a la vista que el Estado ha quedado colapsado en sus funciones más básicas en Europa y Estados Unidos mientras en Asia y especialmente en China se ha caminado rápidamente hacia un capitalismo gerencialista de Estado. Resulta evidente la superioridad gerencial y administrativa de los Estados asiáticos frente a los residuos del poder de los Estados occidentales. Si se quiere una respuesta a este fenómeno más allá de la narración eurocéntrica habría que buscarla tanto en las culturas funcionariales históricas como en la organicidad de unas sociedades ordenadas hasta un punto inconcebible en las sociedades de mayor o menor filiación histórica liberal de Europa y Estados Unidos. Robert Taggart-Murphy, haciendo suya una reflexión del filósofo escocés Alastair McIntyre, sostiene que:

MacIntyre sugiere que el lenguaje moral —y en consecuencia político— occidental se basa en una estructura profunda que se ha derrumbado. Además, nuestra memoria del colapso —y con ella los significados subyacentes de las palabras y conceptos que usamos para discutir la realidad política y moral— se han desvanecido en gran medida. Nos preocupamos por términos como «libertad» y «autonomía», pero hemos olvidado lo que significan<sup>81</sup>.

Frente al cascarón vacío que hoy por hoy son los lenguajes políticos de la Ilustración en sociedades europeas y norteamericanas que, en su supuesta capacidad de integración, han resultado devastadas por treinta años de neoliberalismo, las sociedades del este de Asia son más verticales y orgánicas que nunca debido

81 Taggart-Murphy, R., «Oriente y Occidente: las geoculturas y el coronavirus», en *New Left Review*, n.º 122, mayo-junio de 2020.

a una «combinación de respeto generalizado por el conocimiento experto e hipersensibilidad a la amenaza del desorden —ya sea social o natural—»<sup>82</sup>. La identificación monopolista entre megacorporaciones y Estados ha producido un escenario en que la competencia global se desarrolla mediante un neosistema de Estados. Ese hecho tiene una gran deuda con la capacidad del Partido Comunista Chino para reciclar el aparato de Estado maoísta en una suerte de nave nodriza preparada para acometer todas las funciones burocráticas y empresariales necesarias para pasar a toda velocidad por las fases del desarrollo capitalista. Si se le añade a esta nave nodriza una sociedad diseñada para recibir flujos de energía e información desde arriba, se entiende que en veinte años China haya comprimido trescientos años de desarrollo capitalista.

El actual juego de fuerzas global, que cada vez tiene más forma de competencia entre Estados-nación, más o menos subordinados a órganos megarregionales, antes que entre empresas, corresponde, al menos parcialmente, a los diseños del Partido Comunista Chino. Un Estado solo habla con otros Estados, no con sus empresas multinacionales o sus fondos de inversión. Máxime cuando ese Estado financia al Estado que conserva el dinero más poderoso del mundo, es decir, cuando es el principal agente legitimador del poder financiero del dólar. Pero pocos son los Estados-nación de Estados Unidos y Europa que ahora mismo no sean a su vez resultado del modelado por parte de las elites económicas locales. Sin embargo, la similitud entre el modelo chino y el neoestatismo occidental es puramente nominal. Donde en China hay un Estado nodriza que alimenta a sus unidades capitalistas a través de propiedad, recursos públicos y masas de fuerza de trabajo explotables para golpear conjuntamente en el ámbito exterior, en Europa y Estados Unidos hay un Estado-búnker oligárquico que aspira a construir posiciones monopolistas y rentistas desde su posición privilegiada. Unas posiciones monopolistas y rentistas que implican necesariamente la detracción de recursos públicos a sus competidores, a la población en general o a las clases subalternas.

La acumulación sistemática de dólares por parte del Estado chino —en forma de atesoramiento de todos los instrumentos financieros en dólares concebibles— desde hace más de treinta años es algo simplemente inimaginable en las culturas políticas de raíz liberal. China ha derrotado comercialmente a Estados Unidos mediante el método de ser el mejor cliente del dólar, y por tanto del poder financiero global, a cambio de una estrategia implacable de control de la industria, de toda la industria. Tal cosa equivale a decir un control casi total de las pocas fuentes de absorción de trabajo, y por tanto de producción de masas de plusvalor nuevo y posterior valorización de las nuevas masas de plusvalor. En esto se equivocan radicalmente las lecturas keynesianas. No hay una crisis de inversión capitalista global, hay una total centralización de la inversión productiva rentable en China. El control chino de las cadenas de valor en todos los grados de cualificación de la producción hace que queden ya muy pocos subsectores económicos donde China no esté en condiciones de dictar los criterios de viabilidad de las estructuras de costes de sus rivales (lo cual, como se ha visto más arriba, está lejos de alejar el fantasma de la crisis financiera interna china de manera automática). Y desde luego, China tiene la ventaja abrumadora sobre Occidente de no necesitar un gigantesco aparato de persuasión ideológica de masas para mantener viva la representación de un modelo de libre competencia que se supone premia a los innovadores y castiga a los acomodados en una

suerte de *fair play* decimonónico. No quiere esto decir que China no tenga un potente aparato propagandístico interno y externo, que efectivamente lo tiene. La cuestión es que no lo dedica a convencer a su población de que siguen viviendo en la Revolución Cultural de Mao, por citar un equivalente grueso a hacernos creer que vivimos en el reino de la armonía liberal, con sus disrupciones, siempre ocasionales y de origen externo.

Por lo demás, no es difícil predecir que el futuro inmediato de ecosistemas de todo tipo, con mayor o menor grado de transformación humana, y por tanto también de nuestras vidas, estará aún más modelado directa o indirectamente por las decisiones estratégicas del Partido Comunista de China —como ya lo está por las decisiones monetarias de la Reserva Federal de Estados Unidos—.

## 2.5 EL ESTADO PÚBLICO-PRIVADO FRENTE A LA CRISIS

Si algo emerge con fuerza frente a las dinámicas de crisis articuladas que hemos descrito es el apuntalamiento de lo que en fases anteriores se presentaba como experimento avanzado y hoy se muestra en su despliegue total. Se trata de la relación directa entre una crisis general y la necesidad de aplicar la fuerza bruta, regulatoria y simbólica del Estado para ser garante de los derechos de propiedad capitalista. A esa relación organizada para apropiarse, modelar y explotar lo que habita encima, debajo y en la misma línea del suelo que pisamos la denominamos *Estado Público-Privado*, noción que desarrollamos como conclusión a este capítulo.

### 2.5.1 La libre competencia regulada

En el capitalismo, la producción se socializa en el mercado a través de la competencia. Los productores individuales solo saben si su producción completará el proceso de valorización *a posteriori*, una vez se han enfrentado a otros capitales en el mercado. Su valorización y, en última instancia la tasa de beneficio, son dependientes de que el ciclo de las mercancías se complete en el mercado. En ese sentido, la competencia está muy lejos de coincidir con el ideal de la economía liberal basado en la maximización individual de beneficios y en la asignación eficiente de recursos. La competencia en el capitalismo histórico no es algo que se pueda decretar o construir, sino que depende de las distribuciones de capital con las que los productores operan en el mercado.

En el neoliberalismo doctrinal de F. A. Hayek, la competencia se plantea como un proceso de descubrimiento empírico de las condiciones concretas intersubjetivas del entorno<sup>83</sup>. Una vez completada la interacción, esas condiciones se expresan en un determinado momento en forma de precios. Para Hayek, el sistema de precios en un mercado de libre concurrencia es la única forma en que se pueden conocer las preferencias subjetivas de la población en sociedades complejas. Oponerse al mercado solo puede venir del miedo a ser disciplinado por la oferta y la demanda y a que su implacable ley ponga a cada cual donde le corresponde. En este punto, Hayek se aleja de la tradición liberal de Adam Smith, quien marcaba el motor de la concurrencia en el interés individual del productor,

83 Hayek, F. A., «Competition as a discovery procedure», en *Quarterly Journal of Austrian Economics*, vol. 5, n.º 3, otoño, 2002.

para llevarlo en realidad a una versión restringida de corte aristocrático. Según Hayek, al mercado se va con una suerte de espíritu empirista de verificación de hipótesis, pero pronto este candor investigador se convierte en una demostración de la inferioridad o temeridad de quien quiera controlarlo o regularlo. Como señala Hayek:

Las consecuencias de esta interpretación errónea del orden de mercado como una economía cuya tarea es satisfacer las diversas necesidades de acuerdo con un orden jerárquico dado se reflejan en los esfuerzos políticos para corregir los precios y los ingresos al servicio de la llamada «justicia social». A pesar de los diversos significados con los que los filósofos sociales han intentado cubrir este concepto, en la práctica apenas ha tenido uno solo: proteger a algunos grupos de personas de tener que descender del estilo de vida absoluto o relativo que han disfrutado hasta el momento. Sin embargo, este es un principio que no se puede implementar en general sin destruir los cimientos del orden del mercado. [...] El orden del mercado es una forma de coerción impersonal, ciega a necesidades específicas, y que hace que los individuos cambien su comportamiento o les obliga a imitar las mejoras, y por eso la gente tiende a rebelarse contra él<sup>84</sup>.

Si se toma esta vara de medir, resulta que nunca jamás ha habido libre mercado, algo que Hayek no deja de lamentar. Tampoco hay constancia de momento o lugar alguno en los que se haya demandado o siquiera sostenido esta concepción idealizada y moralista del mercado y sus precedentes. Más bien al contrario: si de algo hay precedente en casi cualquier momento del desarrollo del capitalismo histórico es de capitalistas individuales que han querido restringir la competencia por todos los medios, sean económicos o extraeconómicos. En la práctica, decir monopolio (y la mayoría de las veces también oligopolio) no es más que referirse al ejercicio del poder en el mercado para restringir la competencia. A más poder económico y político, más capacidad de someter a los rivales. La concepción hayekiana de la competencia como un mecanismo que de forma sistemática produce un resultado óptimo que no es el deseado por ninguno de los participantes admite tácitamente que la libre competencia no tiene el suficiente calado como principio político rector dentro de los propios estratos capitalistas. Sin embargo, eso no quita que la construcción de la moneda única europea, el gran legado póstumo del aristócrata austrohúngaro, termine precisamente por componer un cuadro de mercado bastante parecido al definido por Hayek. Al menos en cuanto a la producción en el mercado de soluciones que ninguna de las partes quiere, algo que define a la perfección las políticas de la Unión Europea para la Eurozona.

La libre competencia se dirime para Hayek, y también para Milton Friedman<sup>85</sup>, como una lucha de costes bastante directa: gana quien logra producir más barato. Para la otra gran familia de visiones liberales de la competencia, la schumpeteriana<sup>86</sup>, la competencia es un asunto de innovación y tecnología. De tal

84 *Ibid.*

85 Friedman, M. y Friedman, R., *Free to Choose: a personal statement*, Harcourt Brace Jovanovich, Londres y Nueva York, 1980.

86 Schumpeter, J. A., *Capitalism, socialism and democracy*, Routledge, Londres, 2009.

manera, Schumpeter deja para el mercado la tarea de ejecutar la *destrucción creativa*, refiriéndose a la destrucción de valor en la operación de ajuste que es causa y a su vez consecuencia de la apertura de nuevos sectores monopolistas. Para que este esquema sea posible, Schumpeter repite hasta la saciedad que son indispensables los monopolios temporales para aquellos que disponen de una tecnología productiva emergente. Unos monopolios que se van disolviendo según avanza la difusión tecnológica. La conclusión de Schumpeter es que la competitividad no necesariamente se mide por los menores costes, sino que más bien está ligada a diferentes factores de innovación. Ni que decir tiene que la hipótesis de Schumpeter es más acertada en la medida que señala la manera «canónica» de superar la competencia por medios económicos en el capitalismo realmente existente, asociada a la elevación constante de los niveles de productividad y eficiencia para eliminar a los rivales económicos. Aunque, por ese mismo motivo, si ha habido un lenguaje falseado por el Estado-empresa neoliberal y sus instituciones público-privadas ha sido el de la «innovación» y el «emprendimiento» schumpeteriano<sup>87</sup>.

El problema central de los últimos cuarenta años es que esta operación de eliminación de competidores por vías «puramente económicas» solo se ha dado puntualmente, y las más de las veces con el concurso intensivo de los Estados<sup>88</sup>. El recurso neoliberal al crédito en cantidades crecientes, y en peores condiciones de devolución en relación a las tasas de beneficio y a los salarios, todavía distorsiona más la operación de ajuste de mercado. En esto Hayek, muy al contrario del desarrollo real del modelo económico que ayudó a construir, era inflexible: el «dinero barato» no debe falsear las condiciones de mercado<sup>89</sup>. Resulta difícil estar más lejos de la dinámica histórica del neoliberalismo y del comportamiento de los distintos tipos de capitales en lucha en el mercado.

Sin embargo, en esa misma distancia se puede leer el itinerario de la estructura de poder económico global auspiciada por la hegemonía estadounidense denominada *neoliberalismo*, que se ha ido progresivamente desvinculando de la defensa de la «libre competencia». La competencia entendida como «motor de la historia» ha ido perdiendo fuerza según los ciclos de crecimiento neoliberales iban arrojando tasas de crecimiento más que discretas. En la actualidad, las economías del crecimiento rara vez no tienen al Estado-empresa en su centro y utilizan lenguajes con mayores o menores ecos keynesianos. Siguiendo una distinción marxista clásica, la misión central de los Estados capitalistas actuales es que la crisis del capital-función, una vez aligerada de la carga de la

87 La última bastardización exitosa en la adopción por parte de altos funcionarios, gestores de fondos y analistas globales del lenguaje schumpeteriano de la innovación se debe a la economista *best seller* Mariana Mazzucato. La tesis de partida de esta asesora del Partido Laborista y la Comisión Europea es innegable: las nuevas tecnologías que están detrás de las empresas puntales se han originado a través de ciclos de inversión pública. A partir de ahí, empieza un festival de mistificaciones que tienen tanto de adulación a las capas de altos funcionarios del Estado como de verdadero candor analítico. El error central de Mazzucato es creer que empresa y Estado son dimensiones analíticamente separables en una coyuntura histórica como la actual. Sus llamadas a las «grandes inversiones» estatales para desarrollar la tecnología verde son apologías del Estado empresa. El mensaje para el capitalista ansioso de transferencias de rentas inmediatas es sencillo: hay gente desde el Estado muy interesada en restaurar el beneficio capitalista y que está trabajando para que el inversor privado tenga mañana grandes tasas de beneficio. Mazzucato, M., *The entrepreneurial state*, Demos, Londres, 2011.

88 Baste pensar en el peso del gigantesco programa de keynesianismo militar de Ronald Reagan en el desarrollo de las tecnologías de información y vigilancia que hoy dominan la economía norteamericana.

89 Hayek, F.A., *The denationalisation of money*, Institute of Economic Affairs, Londres, 1990. En este texto, Hayek demuestra saber perfectamente que el proceso de creación y extensión del crédito de masas respondía y responde a factores propiamente políticos, en concreto relacionados con las luchas de clases entendidas en sentido amplio. Por supuesto, Hayek hace culpable de este uso del crédito de masas como herramienta de aplazamiento de ajuste de mercado a toda una panoplia de instituciones socialistas de forma abierta, como los sindicatos, o instituciones filosocialistas como los Bancos centrales, cuya desaparición pide unas pocas líneas después de acusar a todos los gobiernos occidentales de doparse con dinero crediticio.

sobreproducción por los Estados, no dañe al capital-poder, que se expresa en una doble dimensión. Por un lado, en las relaciones de propiedad vigentes y, por otro, en el uso del enorme poder de las finanzas para garantizar que los títulos de propiedad son monetizables a precios de mercado. Es decir, el mantenimiento de las jerarquías sociales se confirma garantizando la conversión en líquido de los títulos de propiedad.

### 2.5.2 El Estado como garante de las relaciones de propiedad capitalista

Si la *performance* económica neoliberal no pasa de mediocre según sus propios indicadores no será porque se hayan relajado o transformado las nuevas relaciones de propiedad, fundamentalmente vinculadas a las distintas formas de privatización. Al abandonar progresivamente la libre competencia como principio rector de la economía, el ímpetu neoliberal se ha centrado en el mantenimiento o la imposición de las relaciones de propiedad capitalista. Durante los años sesenta y setenta el neoliberalismo ascendente, apoyado por unas elites empresariales norteamericanas asustadas por las primeras grietas en la posición hegemónica, tenía como principal preocupación el establecimiento de nuevas relaciones de propiedad. No por casualidad, esos principios se materializaron durante la edad dorada del neoliberalismo doctrinal, cultural e ideológico de Reagan y Thatcher. Las privatizaciones a gran escala, el recurso al crédito masivo y los distintos intentos de *capitalismo popular* de la época contaron con el apoyo de toda una ofensiva cultural que glorificó el deseo individual de adquisición de riquezas como motor de un mercado que asigna recursos de forma sistemática y eficiente a «los mejores». Hoy muerto, ese primer neoliberalismo cultural de raíz hayekiana-friedmanita no solo generó nuevas relaciones de poder en forma de nuevas relaciones de propiedad, sino que, más allá de eso, las legitimó por medios ideológicos y culturales.

Alan Greenspan fue una de las figuras clave del poder financiero global y quizá el banquero central que más hizo por que las finanzas encontrasen una política monetaria a medida para aumentar los precios de los activos exponencialmente. Sin embargo, a pesar de la aparente revalorización automática de los títulos de propiedad inmobiliaria o financiera, en la práctica serían papel mojado si no fuera porque las políticas de bajísimos tipos de interés lubrican la monetización de estos precios de activos revolucionados, forzando nuevos precios al alza por aumento de la expectativa de beneficio. En sus memorias, Greenspan no recurre a Hayek, sino a Adam Smith y en menor medida a John Locke<sup>90</sup>, para justificar el mecanismo de remuneración de los títulos de propiedad:

90 La influyente legitimación de la propiedad que John Locke expone en el Segundo Tratado del Gobierno civil procede de la privatización de los comunales. Algo que le emparenta con los argumentos del buen amigo de Hayek, Garret Hardin, autor de la narrativa ultracapitalista sobre la tragedia de los comunes. De hecho, ya Locke apunta la correlación entre la sobrepoblación y la posibilidad de apropiarse de tierra y recursos sobrantes en forma de propiedad individual. En buena medida esta es una noción de propiedad fabricada para la desposesión y conquista colonial. Locke entiende que, si las tierras comunales están infraexplotadas, el individuo tiene derecho a tomar sus recursos y convertirlos en propiedad privada. Locke considera que cualquier recurso obtenido por una sola persona es el fruto de su trabajo. De entrada, sorprende que se muestre en contra del acaparamiento de tierras por encima de la capacidad de producción del propietario y se declare en contra del atesoramiento de recursos físicos perecederos. Aunque, por supuesto, saluda la posibilidad, entonces novedosa, de cambiar tierra por oro, que no se echa a perder: «Así fue como se introdujo el uso del dinero: una cosa que los hombres podían conservar sin que se pudriera, y que, por mutuo consentimiento, podían cambiar por productos verdaderamente útiles para la vida, pero de naturaleza corruptible». El punto más radical de la exposición de Locke es, sin duda, la consideración de cualquier actividad extractiva o de recolección como trabajo fundante de propiedad privada del recurso que lo sostiene: «Aunque la tierra y las criaturas inferiores pertenecen en común a todos los hombres, cada hombre tiene una propiedad que le pertenece solo a su persona y a esa propiedad nadie tiene derecho, excepto él mismo, el trabajo de su cuerpo y la labor producida por sus manos podemos decir que son suyos. Cualquier cosa que él saca del estado en que la naturaleza la dejó, es propiedad suya». Locke, J., *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, Alianza, Madrid, 1960.

Mi experiencia me lleva a considerar los derechos de propiedad protegidos por el Estado como la institución fundamental para el crecimiento económico. Puesto que, si esos derechos no se observan y se cumplen, el libre comercio y los enormes beneficios de la competencia se obstruyen seriamente. La gente por norma general no se toma la molestia de acumular el capital necesario para lanzar el crecimiento a menos que tenga la seguridad de que posee ese capital. [...] Si los gobiernos pueden confiscar mi propiedad discrecionalmente ¿cuánto valen mis derechos de propiedad? Si vivo bajo un miedo constante a la expropiación, no voy a poner mucho esfuerzo en la mejora de mi propiedad. ¿Y qué precio podría ponerle si decido venderla?<sup>91</sup>

La propia trayectoria de Greenspan al frente de la Reserva Federal pone radicalmente en contexto esta rotunda defensa ideológica de las estructuras de propiedad. Si por algo se conoce el largo mandato de Greenspan es precisamente por haber bajado los tipos de interés a niveles mínimos (a la manera de Japón en 1985) para que una inundación de crédito garantizase la remuneración de los títulos de propiedad, ya fuera mobiliaria o inmobiliaria. De igual forma que anteriores liberales, no sorprende que Greenspan tome precisamente la tierra, la fuente de rentas por excelencia, como epítome de la propiedad privada remunerable. En estos tiempos, cuando las grandes empresas socializan en términos de clase la inmensa mayoría de sus beneficios a los accionistas siguiendo el catecismo del *shareholder value*<sup>92</sup>, cuando la inversión productiva se ha reducido drásticamente fuera de China, los derechos de propiedad a los que se refiere Greenspan no son otros que los derechos de los rentistas a la plena satisfacción del valor nominal de sus títulos de propiedad de tierras, viviendas o acciones. Por supuesto, la centralidad de este planteamiento en el capitalismo neoliberal estadounidense es tal que todo desafío a este orden ha quedado tachado de inmediato por el *establishment* dirigente global como antidemocrático, sinónimo en muchos casos de comunista.

En el momento actual, basta mirar alrededor para comprobar que tanto los capitales productivos como los sistemas financieros nacionales están completamente empujados en los aparatos de Estado. La ideología del libre mercado como institución autónoma y aspirante a soberana está temporalmente y quizá definitivamente muerta. Los Estados-nación ejecutan las operaciones en el ruedo transnacional como valedores de sus grandes empresas, sus bancos o sus fondos de jubilación. La gran batalla por la supervivencia, al menos fuera de Estados Unidos y China, es muy probable que se dispute en el terreno de juego de las finanzas públicas de cada país conforme a la «seguridad» o «inseguridad» que los agentes financieros transmitan acerca del país en cuestión. Esa «seguridad» o «inseguridad» de la que hablan los mercados no es otra que la probabilidad que tienen de ser remunerados a precios de mercado y, por tanto plenamente validados, los derechos de propiedad legalmente reconocidos. Unos derechos que, recordemos, son eficaces en la medida en que los valores nominales de

91 Greenspan, A., *The Age of Turbulence*, Penguin, Londres, 2007. Esta rotunda defensa de la centralidad de los derechos de propiedad viene de quien no solo fue responsable de las políticas monetarias que trajeron la crisis de 2008, sino también uno de los más visibles defensores de la desastrosa segunda guerra de Irak para controlar el mercado de crudo.

92 El *shareholder value* o doctrina del valor para el accionista es el modelo de regulación societaria más extendido entre las empresas financiarizadas. Consiste en dar prioridad absoluta al reparto de dividendos a los accionistas sobre cualquier otra asignación de recursos en el seno de las empresas. Tras las crisis de 2008 estas prácticas han venido cuestionándose cada vez con más frecuencia, particularmente en su escandalosa variante del reparto de bonus y primas a los CEO y CFO empresariales.

dichos títulos sean remunerables por encima de un determinado nivel. En caso contrario, un título de propiedad desvalorizado en el mercado y cuyo precio nominal no resulte monetizable es poco menos que papel mojado.

No se debe confundir el aparente movimiento pendular de las empresas buscando refugio en el Estado (que es casi total y agónico en la actualidad pospandemia) con que efectivamente exista una separación entre el Estado liberal y el mercado. Aunque una de las trampas clásicas de liberales y neoliberales ha sido negar su creación del Estado capitalista actual, *de facto* ya está incrustado en un proceso de reducción permanente del impacto de la competencia para sus capitales nacionales a la vez que se mantienen intactos los derechos de propiedad y su estructura. Un aviso repetido siempre por Immanuel Wallerstein<sup>93</sup> es que se comete un grave error si se acepta la presentación que hacen los liberales de sí mismos como refractarios al Estado: sucede más bien lo contrario. Si por algo han destacado los liberales es por ser partidarios del Estado siempre que consigan ventajas para sus empresas o pueda afianzar las relaciones que, por una vía o la contraria, sostengan su doctrina.

Los capitalistas individuales, o en grados parciales de coalición, compiten en realidad por incrustarse en las instituciones políticas buscando hacer uso de los monopolios que el Estado moderno retiene desde el periodo absolutista: el monopolio del uso de la fuerza y el monopolio de la tributación. El uso del monopolio de la fuerza entra de lleno en las funciones que el liberalismo reserva para el Estado como guardián del respeto de los derechos de propiedad, poniendo los medios para responder con violencia ante su vulneración. El segundo monopolio que buscan los capitalistas en el Estado es la capacidad de imponer tributos, usando los medios de recaudación pública para una transferencia posterior, directa o indirecta, de los recursos fiscales a las empresas «estratégicas». Un tercer monopolio sería la emisión de moneda de curso legal, pero dada la composición mixta Estado-capital de las juntas directivas de los Bancos centrales, en ese caso hay que considerarlo un monopolio público-privado desde su origen. Agudizada hasta el extremo en las últimas décadas, la manera clásica que tienen los poderes financieros de controlar las finanzas públicas es la compra masiva de bonos del Estado a interés. Un impago de la deuda soberana es, desde el punto de vista liberal, una de las vulneraciones más graves de los derechos de propiedad.

### 2.5.3 La reproducción social como relaciones de propiedad

No debe sorprender que a medida que la recesión global pospandemia resulta cada vez más evidente, y así mismo la inminencia de un ajuste para adaptarse a las nuevas condiciones de la demanda, se vuelva cada vez más visible y feroz la defensa de los derechos de propiedad por parte de las elites capitalistas y de sus aliados en partidos políticos y medios de comunicación. El liberalismo ascendente nunca ha tenido el menor problema en rehacer las relaciones de propiedad e imponer nuevos modelos de extracción de rentas, ya sea por la vía de las subidas de precios de compra y alquiler de la vivienda o la privatización de la sanidad pública.

En un memorable artículo de 1986, Robert Brenner critica con extraordinaria solidez el argumento central de Adam Smith en defensa de la «autorregulación»,

93 Wallerstein, I., *El moderno sistema mundial*, IV libro, Siglo XXI, Madrid, 2018.

esto es, que los productores se especializan y acuden al mercado por su propio interés personal. Brenner acude a sus propios trabajos sobre la transición del feudalismo al capitalismo para criticar a Smith por poner el carro antes de los bueyes y utilizar como un principio dado lo que en realidad debería ser explicado. La cuestión es: ¿por qué coinciden el interés propio en la especialización y la consecuente renuncia a la economía de subsistencia con unas condiciones de mercado capitalistas? Según Brenner:

La prevalencia de relaciones de propiedad con un desarrollo histórico específico (que deberían ser consideradas como relaciones de reproducción) provee la condición fundamental bajo la que los actores económicos individuales encuentran posible y racional el tipo de crecimiento al que se refiere Adam Smith. Llamaré a estas relaciones de propiedad relaciones de propiedad capitalista<sup>94</sup>.

El cambio en las relaciones de propiedad que trajo el capitalismo agrario ascendente no puede explicarse desde el deseo de lucro individual que lleva a especializarse, introducir tecnologías eficientes y aumentar la dependencia del mercado, sino desde la existencia previa de unos nuevos derechos de propiedad. La asignación de esos nuevos derechos para los productores capitalistas solo fue y sigue siendo posible a partir del saqueo violento de lo que estaba regulado por las antiguas relaciones de propiedad comunales y feudales. Efectivamente, se trata de la conocida *acumulación originaria* que analizó Marx. Sin este proceso anterior de desposesión masiva de los medios de subsistencia a las comunidades tardofeudales, glorificado por Locke y Smith, no existirían las relaciones de producción capitalista.

Las relaciones de propiedad no son otra cosa que relaciones de poder entre las personas concretas. El acceso diferencial marca una posición en la jerarquía social a través de su posición en el régimen de propiedad existente. Las relaciones de propiedad capitalista, dado el carácter fetichista de la producción de mercancías, vehiculan las relaciones de dominio entre las personas a partir del dominio de «cosas». Cuáles son esas «cosas» que domina el capital y cuánto extrae en términos de dominio y explotación es algo que cambia según va variando el régimen de acumulación. En la actualidad, dando la razón a Brenner, es en la esfera de la reproducción social y no tanto en la producción donde hay un serio conflicto en torno a la legitimidad de la extracción de rentas para satisfacer los valores nominales de los títulos de propiedad.

La captura progresiva de los aparatos de Estado por parte del capital es el garante de que las relaciones de propiedad capitalista se mantengan en el tiempo sin depender de las vicisitudes de la producción, sus tasas de beneficio y su capacidad para extraer plusvalía a las masas trabajadoras. Para que estas relaciones de propiedad se mantengan y los precios sean satisfechos monetariamente en el mercado sin depender de las sacudidas de la competencia, resulta indispensable que los Estados mantengan y amplíen los nichos de beneficio en la reproducción social a través de un proceso de privatización y subcontratación constante. Vivienda, trabajo doméstico no remunerado, sanidad pública, educación superior, recursos naturales o servicios ecosistémicos —como la polinización, la producción de agua limpia, la regulación del clima por parte de los

94 Brenner, R., «The social basis of economic development», en J. Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, Cambridge University Press, 1986.

bosques, etc.— todo queda sometido a los ciclos de acumulación por desposesión conducidos por el Estado Público-Privado.

Esto lleva al concepto weberiano de «capitalismo político», que en las últimas décadas se ha vuelto fundamental. Mediante el uso intensivo de redes de cercanía y relaciones personales, las empresas que logran mayor favor de los gobiernos se convierten en beneficiarias de una suerte de cesión del monopolio de tributación para fines privados que les permite tener ventaja sobre las empresas con menor grado de cercanía al poder político de turno. La «competencia» en realidad suele referirse a las luchas en el interior del Estado entre fracciones y escalas del capital que dominan diferentes recursos económicos y procuran evitar por todos los medios posibles tener que valorizarlos, plenamente, a través de la competencia. Si estas luchas son viables sin provocar conflictos constantes entre esas mismas fracciones capitalistas que desordenarían la distribución del ingreso y la riqueza cada cierto tiempo, es porque los derechos de propiedad son inquebrantables para el Estado-empresa. A fin de cuentas, los títulos de propiedad ponen a sus detentadores por encima de quienes no los tienen ni los tendrán, cosa que vale igual para todos los espacios arrasados por el capital, ya sea en forma de destitución de las clases subalternas o de ecosistemas destruidos. A su vez, también pone al propietario en la jerarquía de la propiedad y en la carrera para aumentar su valor monetario y su estatus personal.

El atrincheramiento actual del capital en el Estado-empresa ejemplifica esa mutación en la forma de operar los mercados reales que provocaba la nostalgia aristocrática de Hayek. En primera instancia, la figura mitológica del emprendedor capitalista dinámico y rompedor hayekiano que pide medirse con sus rivales en el libre mercado. Pero en la práctica observamos el tránsito hacia el gran empresario o ejecutivo actual patológicamente asustadizo, devenido rentista, y que pide al Estado su despliegue de medios policiales y de coerción para que la producción social y biofísico-ambiental se transforme en pagos regulares de renta sin más soporte legitimador que el sello estatal sobre un título de propiedad.

Frente a la crisis de la ecología del capital, donde se articulan la crisis del modo de producción, de la solución financiera y del actual *hegemon*, resulta del todo inquietante la intensidad con la que se despliegan imaginarios y reformas que apuntan a una solución verde como nueva fase de crecimiento. Los Green New Deal existentes parece que ya se van definiendo en la mayoría de tendencias hasta aquí mencionadas, pero bañadas en diferentes tintes para responder a todos los gustos, ya sean liberales, socialdemócratas, ecologistas o ecoliberales. Aquello en apariencia emprendedor es en la práctica un arreglo público-privado. El esperado «dinero gratis» de los Bancos centrales responde a prebendas para agentes financieros y a nuevos ciclos de endeudamiento. Lo presentado como transición ecológica es una reedición de las relaciones de propiedad capitalista. Todas estas medidas, una vez empaquetadas y lanzadas como respuesta planificada a la crisis, son además elogiadas y justificadas bajo el delirante argumento de ser «más sostenibles».

# 3. LA SOLUCIÓN CAPITALISTA Y VERDE A LA CRISIS

<b>3.1 DEL DESARROLLO SOSTENIBLE AL GREEN NEW DEAL</b>	<b>73</b>
3.1.1 Desarrollo Sostenible, sindicalismo y reformismo verde	73
3.1.2 El Green New Deal: la agenda del crecimiento verde	76
3.1.3 El crecimiento verde frente a la crítica decrecentista	77
<b>3.2 LA TRANSICIÓN JUSTA EN LA UE</b>	<b>79</b>
3.2.1 Trayectoria de la UE hacia el «crecimiento verde inclusivo»	79
3.2.2 La división continental del trabajo y otros desajustes sistémicos	85
<b>3.3 ECONOMÍA GLOBAL PÚBLICO-PRIVADA</b>	<b>89</b>
3.3.1 Las alianzas público-privadas constitutivas del capitalismo	89
3.3.2 Viejos y nuevos capitalistas en busca de nichos de mercado	92
<b>3.4 CONTRA LAS REFORMAS PARA CONSERVAR, LA PROPIEDAD COLECTIVA</b>	<b>94</b>



### 3.1 DEL DESARROLLO SOSTENIBLE AL GREEN NEW DEAL

Tanto en las instituciones transnacionales como en los gobiernos nacionales, regionales o locales, el Desarrollo Sostenible era la jerga dominante para explicar y actuar en la relación entre economía, sociedad y medioambiente. El término termina de acuñarse en 1987 en el Informe Brundtland de Naciones Unidas y su principal objetivo es anudar los intereses ambientalistas y económicos en las instituciones y organizaciones que los toman como bandera. Sin embargo, la repetida definición del Desarrollo Sostenible como la «satisfacción de las necesidades del presente sin comprometer las necesidades de las futuras generaciones» apenas ha quedado como una tabla sagrada para consultores y creyentes de la Responsabilidad Social Corporativa o para los informes prospectivos del Banco Mundial. La crisis de 2008 y su posterior despliegue en forma de crisis de la Eurozona fueron un duro golpe para el discurso del Desarrollo Sostenible.

#### 3.1.1 Desarrollo Sostenible, sindicalismo y reformismo verde

Más allá de las críticas a un concepto en coma profundo, las relaciones entre trabajo y ecología política nunca han sido sencillas. La economía ecológica, en su marco termodinámico, considera el trabajo como poco más que un proceso de transformación de la materia y la energía, quedando relegado a un punto de tránsito en la circulación del metabolismo social y económico. José Manuel Naredo, pionero de la economía ecológica, llama *regla del notario* a la forma en que las jerarquías y el poder modelan el mundo del trabajo. Según esta regla, las actividades de mayor consumo energético y transformación material quedan relegadas a los escalafones salariales y de estatus más bajo, mientras que las de menor consumo energético pasan a las posiciones de mayor riqueza y poder, hasta llegar al notario, el punto álgido de menor gasto energético y mayor remuneración y posición. Los sueldos de los directivos de la consultoría global siguen confirmando esta regla<sup>95</sup>.

En cualquier caso, siguiendo la tradición de la economía ecológica y su concepción del trabajo, resulta difícil encontrar algo parecido a una teoría del valor-trabajo<sup>96</sup>. Ahora bien, sería muy reductivo afirmar que el marco ecologista, en tanto modelo de transformación social, se agota en esas ideas. El ecologismo militante que se ha apoyado en la economía ecológica ha sido bastante rico a la hora de imaginar grandes cambios sociales y, aunque inspirados en sus enunciados, la mayoría no se deducen de la economía ecológica.

La historia relatada por los partidos de izquierda tradicionales sobre su relación con el ecologismo nos cuenta que los partidos verdes, el movimiento obrero

95 En agosto de 2020, Business Insider publicó un informe sobre [los sueldos en Deloitte, KPM, EY y PwC](#). En el caso de gerentes y directivos, los sueldos se mueven entre una horquilla de 150.000-600.000€ anuales.

96 Jason W. Moore, retomando algunas aportaciones de Marx y de la economía ecológica, sí ha elaborado una teoría del valor que integra lo que denomina *naturalezas baratas*. Según Moore (2020, p. 73), «la sustancia del valor es el tiempo de trabajo socialmente necesario. La fuerza motriz que hace avanzar la productividad del trabajo es fundamental para la adecuación competitiva. Eso significa que la explotación de una fuerza de trabajo mercantilizada es esencial para la acumulación del capital y para la supervivencia de los capitalistas particulares. Pero la historia no acaba aquí, ya que las relaciones necesarias para acumular trabajo social abstracto son —necesariamente— más amplias, en escala, ámbito, velocidad e intensidad. El capital no solo debe acumular y revolucionar incesantemente la producción de mercancías; debe buscar y encontrar incesantemente formas de producir naturalezas baratas: una corriente creciente de alimentos, fuerza de trabajo, energía y materias primas de bajo coste que llega hasta la entrada de la fábrica (o hasta la puerta del despacho o...). Estos son los “cuatro baratos”. La ley del valor en el capitalismo es una ley de la naturaleza barata».

y el ecologista provienen de linajes históricos muy diferentes. De fondo, asoma sonriente la fórmula con la que se parodian los problemas de sujeto político que arrastra el ecologismo: los intereses de la clase obrera organizada están condenados al conflicto frente a los intereses de... ¿la Tierra? Bajo la lectura de los grandes sindicatos, este conflicto debe gestionarse mediante alguna forma derivada de la negociación colectiva. Es decir, se pueden aceptar de forma gradual las demandas medioambientales de la Tierra siempre que no perjudiquen a la posición del obrero fordista protegido sindicalmente. Este relato es interesado y parcial, siempre que no se acepte considerarlo como un perfecto disparate.

En realidad, ecologismo y movimiento obrero no provienen de universos diferentes<sup>97</sup>. La crítica a la insalubridad o a la contaminación de los lugares de trabajo, uno de los primeros medios de enganche entre sindicalismo y medioambiente, es tan antigua como el propio sistema fabril o los primeros movimientos obreros. Pero, además, hay vida más allá del sindicalismo oficial. Desde 1968 en adelante, toda una nueva serie de luchas obreras de corte autónomo se oponen y luchan contra las derivas del sindicalismo oficial. Entre otros síntomas de conformismo, el sindicalismo arrastra la sobreexplotación ambiental como contrapartida para mantener el estatus de «consumidor desahogado» del obrero fordista. Es en su hibridación con algunas de estas posiciones autónomas cuando el ecologismo entra, en la práctica, en el terreno de la militancia obrera, o al menos en sus elementos más críticos e inquietos.

Un buen ejemplo es el de André Gorz. Teórico marxista antes y después de su alejamiento de las osificadas estructuras de la izquierda política, Gorz recupera un fundamento de los movimientos obreros históricos como parte de una estrategia ecosocialista: la reducción del tiempo de trabajo con vistas a la abolición del trabajo asalariado. Sin embargo, la propuesta es, en ese momento histórico, tan remota como complicada. A medida que avanzan los años setenta, estas primeras críticas ecosocialistas coinciden con la desaparición casi total de la capacidad de absorción del empleo en la industria. En estas condiciones, no resulta muy complicado acusar al ecologismo de manera directa o indirecta de favorecer el paro y promover la deslocalización.

La propia crisis del sindicalismo fordista en la mayoría de los contextos occidentales, con sindicatos convertidos en proveedores de servicios para afiliados y, dependiendo de cada país, en ramas de los Ministerios de Trabajo o Economía, hace que un reciclaje ecológico sea una de las pocas vías de proyección a futuro. Sin embargo, podríamos trazar el enésimo trasunto de escisiones entre posiciones reformistas y revolucionarias<sup>98</sup>. Por un lado, la posición consensual a dos bandas de los sindicatos, tanto con el Estado y la patronal en la negociación colectiva como siendo mediadores de las demandas del movimiento ecologista

97 Un buen ejemplo del grado de integración del naciente ambientalismo europeo en el movimiento obrero anterior a la Primera Guerra Mundial lo ofrece este texto de Anton Pannekoek en 1909, en que se expresa lo que hoy llamamos Capitaloceno con una notable claridad: «El capitalismo es una economía sin cerebro que no puede regular sus acciones al ser consciente de sus efectos. Pero su naturaleza devastadora no se deriva solo de este hecho. En los últimos siglos, los seres humanos han explotado tontamente la naturaleza sin pensar en el futuro de toda la humanidad. Pero su poder se redujo. La naturaleza era tan vasta y poderosa que con sus medios técnicos limitados, solo podían causarle un daño excepcional. El capitalismo, por otro lado, reemplazó la necesidad local por la necesidad global, creó medios técnicos para explotar la naturaleza. Estas son enormes masas de material que sufren colosales medios de destrucción y son desplazadas por poderosos medios de transporte. La sociedad bajo el capitalismo se puede comparar con la fuerza gigantesca de un cuerpo desprovisto de razón. A medida que el capitalismo desarrolla un poder ilimitado, al mismo tiempo devasta el entorno en el que vive localmente. Solo el socialismo, que puede darle a este poderoso cuerpo conciencia y acción conscientes, reemplazará simultáneamente la devastación de la naturaleza con una economía razonable». Pannekoek, A., *La destrucción de la naturaleza*, 1909.

98 La separación poco tiene que ver con que gusten más o menos las reformas. La diferencia estriba en que la vertiente reformista toma las reformas como el único horizonte político al que puede aspirar el ecologismo.

ante el Estado. Por otro lado, la parte del movimiento sindical que integra el ecologismo en una estrategia anticapitalista y mantiene la tensión frente al taticismo cuando no inmovilismo del sindicalismo oficial.

En ese sentido, es ilustrativa y muy significativa para la historia europea la evolución política de Los Verdes alemanes y su escisión interna. De un lado los *fundis*, más apegados al ámbito alternativo y que agrupa desde ecosocialistas hasta ecofeministas; de otro, la posición de los *realos* de Joschka Fischer, Otto Schily y Daniel Cohn-Bendit, defensores del pragmatismo político y de un grado mayor de negociación con el sistema de partidos<sup>99</sup>. La división entre la parte institucional y la de movimiento se salda con la victoria por mayoría de los *realos* en el congreso federal de diciembre de 1988 y su posterior entrada en el gobierno rojiverde de Schröder.

La posición de los *realos* lleva a la desmembración de las bases ligadas al ecologismo social, sumiendo al partido en una deriva estatalizada, que al tiempo abre una vía verde institucional y burocratizada. Mientras, el gobierno de Schröder diseña el mayor ajuste de los salarios reales privados de la historia alemana. De esta manera, desde mediados de los años noventa, se forma una de las principales fuerzas de inclusión de las agendas ambientales y sus baterías de indicadores en la UE. Se inicia así un itinerario de eternas promesas verdes que analizamos con más detalle en el apartado siguiente, dedicado a la trayectoria de la UE.

Esta tensión entre el *statu quo* del empleo como eje de la vertebración de las sociedades capitalistas y la superación constante de los límites biofísicos del planeta por parte del proceso de acumulación capitalista ha tenido varios resultados. Entre otros, diversos informes y directrices políticas centradas en sumar coincidencias entre las necesidades de una «transición» hacia un modelo de producción circular, limpio y en continuo decrecimiento de los requerimientos de materiales y energía, y las sucesivas estimaciones de los empleos que podría generar la inversión en nuevos sectores verdes o en el reverdecer de los llamados «empleos marrones». Es a principios de los años noventa cuando la Organización Internacional del Trabajo comienza a proponer este tipo de enfoques, con los primeros informes sobre yacimientos de empleos en energías renovables, el mismo sector productivo que hoy protagoniza los Green New Deals. No obstante, el periodo clave se desarrolla durante los años 2007 y 2008. En este momento, el fuerte crujido de la crisis financiera y el estallido de la burbuja inmobiliaria global dan pie a la aparición de los Planes de Estímulo y Empleo. Uno de los primeros es el del Political Economy Research Institute (PERI) de Robert Pollin<sup>100</sup>, que buscaba influir en la administración Obama para la inversión en infraestructuras verdes. A partir de ese año, no habrá organismo internacional relacionado con la política ambiental global que no publique su informe sobre empleos verdes, en su mayoría reciclados más tarde como Green New Deal.

99 Para un análisis más detallado de la trayectoria del Partido Verde Alemán, las diferentes apuestas entre *realos* y *fundis* y otras experiencias de movimiento-partido, recomendamos el capítulo «De hippies, Provos, verdes y libertarios» del libro *La apuesta municipalista*, del Observatorio Metropolitano, Traficantes de Sueños, Madrid, 2014. Un repaso histórico muy afinado sobre el Partido Verde Alemán y las posibles alternativas a su estatalización lo ofrece Joachim Jachnow en su artículo «¿Qué ha sido de los verdes alemanes?» en la *New Left Review*, n.º 81, 2013.

100 En 2008, el PERI publicó trabajos como *Green Recovery: A Program to Create Good Jobs & Start Building a Low-Carbon Economy* (Pollin et al., 2008). En síntesis, la propuesta defiende una inversión del gobierno federal de 100.000 millones de dólares en infraestructuras públicas, remodelaciones de edificios públicos, transporte público y de sistemas de redes inteligentes. Las inversiones en energía renovable y eficiencia energética también son centrales en esta propuesta, que se propone financiar combinando fondos públicos, créditos fiscales y garantías de préstamos para estimular la inversión del sector privado.

### 3.1.2 El Green New Deal: la agenda del crecimiento verde

En febrero de 2018, la Organización Mundial de la Salud (OMS) advierte que si las tendencias actuales continúan, el calentamiento global conllevará un cuarto de millón de muertes más al año entre 2030 y 2050. El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) publica en octubre de 2018 su informe especial sobre las repercusiones de un calentamiento global de 1,5 °C por encima de los niveles preindustriales y sobre las vías mundiales de emisiones de gases de efecto invernadero relacionadas. El IPCC advierte que, si continúa aumentando al ritmo actual, es probable que el calentamiento global sume 1,5 °C o más entre 2030 y 2050. Cruzar ese umbral de aumento desencadenará bucles de retroalimentación descontrolados, con cambios duraderos o irreversibles como la pérdida de algunos ecosistemas<sup>101</sup>. Para evitarlo, en 2030 deben reducirse un 45% las emisiones —en referencia a los niveles de 2010— que provocan el calentamiento global.

Tras las advertencias del IPCC y no pocas protestas en todo el mundo, lideradas por nuevos movimientos como Fridays for Future y Extinction Rebellion, han ido cobrando fuerza diferentes propuestas para conducir una transición a manos de líderes políticos, intelectuales y activistas. Es en el mundo político anglosajón, de forma perfectamente acoplada a la rapidísima erosión de la legitimidad del *establishment*, donde este nuevo ciclo de luchas ambientales y por el clima prende con fuerza.

En febrero de 2019, la congresista estadounidense Alexandria Ocasio-Cortez presenta en la Cámara una resolución para un Green New Deal en EE. UU.: un plan federal de inversión en energía verde que promete la creación de millones de empleos con salarios altos<sup>102</sup>. Según Ocasio-Cortez, el GND será similar en escala a los esfuerzos de movilización vistos en la Segunda Guerra Mundial o el Plan Marshall, invirtiendo en el desarrollo, fabricación, despliegue y distribución de energía, pero esta vez apostando por lo verde<sup>103</sup>. Entre otros, los objetivos pasan por la creación de una red eléctrica basada en energías renovables, la rehabilitación de edificios para maximizar la eficiencia energética, un sistema ferroviario de alta velocidad y asequible, así como transportes públicos y otras propuestas para reducir las emisiones. Todas estas medidas, a su vez, generarán «millones de empleos de calidad bien remunerados», afrontando incluso la reparación de injusticias históricas al beneficiar a comunidades racializadas, mujeres y poblaciones indígenas. En síntesis, un programa keynesiano «a lo Pollin» que promete combinar crecimiento económico, transición ecológica y justicia social.

Una manera de pasar revista a las propuestas de Ocasio-Cortez es contrastarlas con las del Green New Deal Group del Reino Unido, espacio fundado en 2007 donde por primera vez se despliega el término<sup>104</sup>. Las propuestas de este grupo responden a un *triple crunch*: crisis económica derivada de un régimen

101 Por ejemplo, se prevé que desaparezcan el 99% de los arrecifes de coral con un aumento de temperatura de 2 °C. Con un calentamiento global de alrededor de 1,5 °C a 2 °C, la capa de hielo de Groenlandia empezaría a reducirse de forma irreversible. A la larga, esto haría aumentar el nivel del mar hasta 7 metros, afectando a las zonas costeras de todo el mundo.

102 Hay algunos antecedentes recientes en el contexto norteamericano. Además de los programas (fallidos) de la administración Obama, en abril de 2017 los Senadores Bernie Sanders y Jeff Merkley lanzaron un proyecto de ley para poner fin al uso de combustibles fósiles en 2050. No obstante, el GND de Ocasio-Cortez ha sido el más ambicioso hasta la fecha al proponer una transición de EE. UU. hacia el 100% de energías renovables en un plazo de diez años.

103 La propuesta de Ocasio-Cortez se puede leer en <https://www.ocasiocortez.com/green-new-deal>

104 El origen de la expresión data de un año antes, a manos del periodista americano Thomas Friedman en el artículo «A Warning From the Garden» publicado en *The New York Times* el 19 de enero de 2007. Pese a ser el autor original, apenas la dotó de contenido, más bien funcionó como provocación de un confeso creyente en el libre mercado.

de crecimiento dominado por la valorización financiera, elevados precios de la energía respaldados por un pico en la producción de petróleo y la aceleración del cambio climático<sup>105</sup>. En su artículo «¿Qué pasa con el Green New Deal?»<sup>106</sup>, el activista Richard Seymour compara ambos programas. La diferencia principal radica en que el grupo británico pide control de capitales, restricciones de los mecanismos financieros, la división de los grandes bancos y la reducción en el papel de la City de Londres. El GND en su versión Pollin/ Ocasio-Cortez, en cambio, no menciona ni la reducción del poder de Wall Street ni el control de capitales, pero además hay otros límites importantes. En primer lugar, el GND no toma en cuenta la oposición capitalista a medidas que restrinjan su capacidad de expandirse y extraer plusvalías, que supone un espacio de conflicto fundamental. En segundo lugar, la versión Pollin/Ocasio-Cortez no considera las ventajas y opciones capitalistas para especular en nuevos mercados —como ocurre en los derechos de emisiones— que pueden privilegiar a los actores económicos en posiciones de monopolio. Por último, Seymour recalca las limitaciones de programas de corte nacional para responder a problemas sistémicos, con deficiencias de análisis por basarse en diagnósticos y proyecciones realizadas a partir del PIB. La combinación virtuosa entre crecimiento, transición ecológica y justicia social no parece tan sencilla: incluso pueden considerarse procesos contrarios e irreconciliables. En gran parte, ese ha sido el centro de la crítica del movimiento decrecentista al GND.

### 3.1.3 El crecimiento verde frente a la crítica decrecentista

Como se ha explicado en el primer capítulo, el marco del New Deal de Roosevelt y sus políticas keynesianas fueron una planificación para intervenir en las industrias, pero siempre bajo fórmulas de propiedad privada y garantizando ampliamente los beneficios capitalistas frente a las rentas de trabajo. Tal y como está planteado, el GND beneficiaría a los monopolios energéticos a través de la financiación pública y de programas corporativos de prestaciones sociales. A partir de estas constataciones, Robert Belano y Nathaniel Flakin<sup>107</sup> defienden un modelo de producción socialista, tomando como referente el Plan Quinquenal de la Unión Soviética y su intervención directa sobre la propiedad privada y el libre mercado. A distancia sideral de ese grado de colectivización, el programa de Ocasio-Cortez ni siquiera plantea la nacionalización de las empresas de combustibles fósiles o la auditoría y regulación de los monopolios norteamericanos existentes como Duke, Dominion o Exelon. Bien al contrario, incluye la creación de compañías público-privadas en el sector ecológico así como subsidios estatales para empresas privadas en el sector industrial de las energías renovables.

Esta normalización de las alianzas público-privadas, desplazadas del debate al ser tratadas como una simple caja de herramientas sin contenido político, se reproduce en las defensas más referenciadas del GND. En su aportación a un importante debate en la *New Left Review* entre decrecentistas y partidarios del GND, Pollin defiende un «crecimiento verde igualitario» en el proceso de

105 El aviso del Green New Deal Group (2008) fue que estos eventos superpuestos estaban funcionando como una tormenta perfecta, solo comparable a la Gran Depresión. Aunque sin mayor fortuna en su implementación, algunas de sus propuestas lograron seducir al entonces primer ministro Gordon Brown.

106 Publicado en el Patreon de Richard Seymour bajo el título «What's the Deal with the Green New Deal?», (Seymour, 2019). La versión traducida al castellano del artículo puede encontrarse en [Contra el Diluvio](#).

107 Belano, R.; Flakin, N., «A Green New Deal Can't Save Us. A Planned Economy Can», *Leftvoice*, 2019.

reducción drástica del consumo de petróleo, carbón y gas natural<sup>108</sup>. Pollin presenta como sinónimos el GND y el crecimiento verde igualitario, que pretende ser la síntesis entre crecimiento económico, transición ecológica y justicia social. La fórmula básica de su planteamiento se resume fácilmente: mediante las inversiones en energía limpia, no solo se desvincula el crecimiento del impacto ambiental, sino que los países situados en todos los niveles de desarrollo pueden experimentar una creación de empleo mayor que si apuestan por mantener su infraestructura de combustibles fósiles. En esta lista incluye a Brasil, China, Alemania, India, Indonesia, Puerto Rico, Sudáfrica, Corea del Sur, España y EE. UU. Para avanzar en este ecologismo de mercado, se argumenta que son necesarias inversiones en energías limpias equivalentes al 1,5 o el 2% anual del PIB mundial<sup>109</sup> combinadas con una drástica reducción de la utilización de combustibles fósiles a la vez que disminuyen —sin entrar en mayor detalle— las exigencias de rentabilidad. De esta manera, se generaría una significativa creación de empleo manteniendo alto el PIB y el crecimiento a través de la inversión verde. Según Pollin, también se crearán nuevas oportunidades para «formas alternativas de propiedad», incluidas diversas «combinaciones de propiedad pública, privada y cooperativa en menor escala». La verdad es que diseñar ese escenario no precisa mucha imaginación. Hace siglos esa ha sido la norma: el dominio de lo público-privado mientras se contempla a las formas cooperativistas como una fascinante especie exótica, pero que tan pronto salen de su hábitat apenas puede acometer tareas menores.

La tesis principal de Pollin es que las economías pueden seguir creciendo e incluso crecer con rapidez, como China o India, y a su vez presentar un proyecto viable de estabilización climática, siempre que sigan un proceso de desacoplamiento, es decir, que desvinculen el crecimiento económico del consumo de combustibles fósiles. A grandes rasgos, la propuesta del neokeynesiano no esconde sus cartas: se trata de facilitar una expansión de la acumulación por la vía verde conducida por los mismos oligopolios que han creado el problema. Además de no pagar por las enormes externalidades negativas producidas, estos mastodontes económicos llegan al rescate gracias a toneladas de inversión pública que posibilitan una mayor expansión. Pollin es plenamente consciente de esas contradicciones, pero las presenta con audacia y las excusa por formar parte de un programa con un alto grado de realismo y viabilidad, algo de lo que, a su juicio, carecen el resto de alternativas.

Desde su posición de *realpolitik*, Pollin no escatima ataques frontales contra los decrecentistas. Alerta de que si se implementan las propuestas decrecentistas se alcanzarán niveles exorbitados de pobreza, inequidad y desempleo sin lograr detener el cambio climático. Algunas réplicas a este planteamiento sitúan bien la crítica decrecentista al GND. Mark Burton y Peter Somerville subrayan que el capitalismo mitigado por un GND será de poca ayuda porque no elimina el conjunto de sistemas de mercantilización y los motores de la expansión<sup>110</sup>. Lejos de centrarse solo en las emisiones de carbono tal y como hace Pollin, sostienen que la huella material de la actividad humana agregada es actualmente 1,7 veces superior a la biocapacidad del planeta. Su propuesta, dirigida en gran parte al

108 El artículo puede encontrarse traducido en la web de la *New Left Review* española bajo el título «Decrecimiento vs. nuevo *New Deal* Verde», incluido con otras aportaciones clave de este debate en el libro *Decrecimiento vs. Green New Deal* (Daly, H.; Vetesse, T.; Pollin, R.; Burton, M.; Somerville, P., 2019).

109 Esto equivale, de manera aproximada, a un billón de dólares en el nivel actual de la economía mundial, y a una media de 1,5 billones de dólares en los próximos veinte años.

110 Nos referimos a la aportación de los investigadores y activistas Mark Burton y Peter Somerville (2019) al debate de la *New Left Review* bajo el título «Decrecimiento: una defensa».

Norte global, es que la actividad económica se reduzca un 40%, recortando la producción industrial, la construcción, la agricultura (monocultivos dependientes de combustibles fósiles) y la distribución. Esto supondría una contracción del PIB, pero cuyos efectos podrían limitarse a los grupos sociales con mayor acumulación de riqueza y renta. Bajo este planteamiento, señalan que la principal contradicción interna del GND es que el crecimiento del PIB hace que la reducción de las emisiones sea mucho más difícil, en la medida que esa expansión supone mayor extracción, producción, distribución y consumo, y cada uno de estos procesos genera emisiones. Cuanto más éxito tenga la inversión en renovables para producir millones de empleos, tanto mayor será el aumento en el consumo de servicios y productos intensivos en CO<sub>2</sub>. Sin embargo, concluyen Burton y Somerville, eso no significa que una inversión pública en energías limpias y medidas de reducción de la demanda no puedan ayudar, pero siempre que la política de los gobiernos rompa con su «habitual función de servidora del capital global».

En pleno anuncio de la crisis de 2008, decía Pollin que ser utópico pasa por ser realista. En la práctica, lo que se traduce de esta borrachera de sensatez es señalar a las empresas privadas como beneficiarias de las inversiones en energía limpia<sup>111</sup>. Es difícil encontrar mayor constatación del *realismo capitalista* identificado en su momento por Mark Fisher en el que capitalismo y normalidad resultan ser sinónimos, pero lo cierto es que el enfoque del crecimiento verde ha impregnado las propuestas del GND de corte norteamericano. En la siguiente sección analizamos la trayectoria del Pacto Verde en el contexto europeo y, con más detalle, exploramos sus contradicciones.

## 3.2 LA TRANSICIÓN JUSTA EN LA UE

Desde el gobierno de coalición «rojiverde» de Gerhard Schröder y Joschka Fischer iniciado a finales de los noventa, Alemania empieza a tomar posición de liderazgo en el combate contra el cambio climático. La *Große Koalition* de 2005, el inicio de Angela Merkel como canciller, adopta planteamientos del Partido Verde, absorbiendo parte de un ideario muy lejano ya de sus postulados más radicales. Dentro de su nebuloso proyecto de hegemonía, Alemania ha ido avanzando en su pretensión por trasladar al continente esas políticas verdes, guiada tanto por objetivos económicos como por considerar esas políticas como uno de los vectores de su legitimación tras su gestión en la crisis de la Eurozona, en la que el gobierno de Merkel antepuso el autoritarismo político al interés económico mayoritario de la clase capitalista.

### 3.2.1 Trayectoria de la UE hacia el «crecimiento verde inclusivo»

A escala europea, el Libro Verde de la Unión Europea de 1995 y el Libro Blanco de las Energías Renovables de 1996 son los primeros documentos estratégicos donde se fijan objetivos cuantitativos para la sustitución de las fuentes de energía fósiles y no renovables. En concreto, alcanzar en 2010 una penetración mínima del 12% de las fuentes renovables en el consumo interior bruto de energía de la Unión Europea. En estos documentos, marcando línea en lo que más tarde serán las políticas energéticas consolidadas de la UE, la extensión de las renovables se entiende como un derivado de la armonización del mercado interior.

111 Escrito a principios del 2009, el breve artículo «Be Utopian: Demand the Realistic» (*The Nation*) de Pollin toma hoy mayor significado al contrastarlo con sus propuestas de crecimiento verde.

En otras palabras, esto significa la sumisión a las especializaciones de la división europea del trabajo y la «liberalización» del sector de la energía. Bajo el término «liberalización», como en incontables ocasiones, se esconden los intereses de las finanzas en busca de nichos de beneficio en el corazón de las antiguas empresas públicas del modelo fordista-keynesiano.

En el año 2000, el Consejo Europeo presenta la llamada Estrategia de Lisboa para convertir Europa en la economía «basada en el conocimiento más competitiva del mundo». Esta agenda se revisa hasta tres veces para incluir elementos de su coetánea de rango inferior, la Estrategia Europea de Desarrollo Sostenible. En 2001, se añade el medioambiente a la Estrategia de Lisboa. Frente a los escasos avances, en 2005 se renombra como Estrategia para el Crecimiento y el Empleo, incluyendo las mismas recetas que llevaron a resultados insuficientes pero con alusiones a la cohesión social. En 2009 se presenta como Estrategia Europa 2020, mandando los objetivos de nuevo fallidos a un horizonte futuro. El marco estratégico que hoy maneja Europa es el resultado de sumar los conceptos-fuerza que resultan de las revisiones de Lisboa. Si a la *competitividad* se añade la cuestión *medioambiental* y se integra la *cohesión social*, el resultado es el «crecimiento verde inclusivo» de Pollin, un marco también defendido por organismos como la OCDE. Especial mención merecen las aportaciones del Banco Mundial en ese mismo marco, que plantea una solución neocolonial para que los «países subdesarrollados salgan de la pobreza». Para ello, el Banco Mundial tipifica el medioambiente, los recursos fósiles y la biodiversidad como un «capital natural que se puede gestionar mejor» y etiqueta de «innovadores» a los derechos de propiedad<sup>112</sup>.

Más adelante analizamos con detalle los enormes desajustes sistémicos que se obvian al asegurar que el crecimiento no solo puede ser verde sino también inclusivo. De entrada, respecto a las promesas de crecimiento del empleo asociadas a este marco, bastan algunos datos para que se desplome el castillo de naipes. Si cotejamos con la realidad la enorme cantidad de informes prospectivos sobre medioambiente y empleo aparecidos entre 2000 y 2009, el escepticismo que podamos tener sobre cualquier cifra salida de Bruselas todavía puede aumentar. Desde la publicación del informe MITRE del 2000<sup>113</sup> en adelante, no se han dejado de plantear escenarios que superan de largo el millón de nuevos empleos en las energías renovables. En pleno 2021, si miramos qué hay tras la *economía circular* —nuevo concepto manejado por la UE que abarca bastante más que los empleos ambientales— aparecen los mismos tres millones quinientos mil trabajadores europeos que había en 2008.

La acumulación de estrategias revisadas para alcanzar la eterna promesa verde puede considerarse el germen de la denominada «fórmula 20-20-20». Estos protocolos exigían que para el entonces lejano 2020, los Estados miembros debían aumentar su eficiencia energética en un 20%, reducir las emisiones responsables del calentamiento global en otro 20% (en relación a niveles de 1990) e incrementar las energías renovables en un 20%.

112 En 2012, el Banco Mundial publica «Inclusive Green Growth The Pathway to Sustainable Development», donde se asegura que el crecimiento verde no solo es posible, sino que es la única vía para «para llevar a los países en desarrollo al nivel de prosperidad a la que aspiran». El mismo año y con un planteamiento similar, la OECD publica «Inclusive Green Growth: for the future we want».

113 «Informe de Empleos Verdes en España», del Observatorio de la Sostenibilidad en España, 2000.

Tras el Protocolo de Kyoto adoptado en 1997, en la Conferencia de París sobre el Clima de 2015 un total de 195 países firmaron un nuevo acuerdo mundial, igualmente insuficiente en sus medidas y, no menos importante, sin cláusulas de responsabilidad sobre el cambio climático. Un año antes, en 2014, la UE fue la primera gran economía en presentar su contribución prevista al nuevo Acuerdo, argumentando que en Europa ya se estaban tomando medidas para reducir las emisiones para 2030 en un 40% como mínimo. En noviembre de 2018 la Comisión Europea comunica la siguiente fase hacia la descarbonización: acompañando su diagnóstico con los datos del informe del IPCC, el objetivo declarado es conseguir en 2050 las cero emisiones netas de GEI (gases de efecto invernadero) por medio de una «transición socialmente justa realizada de manera rentable»<sup>114</sup>.

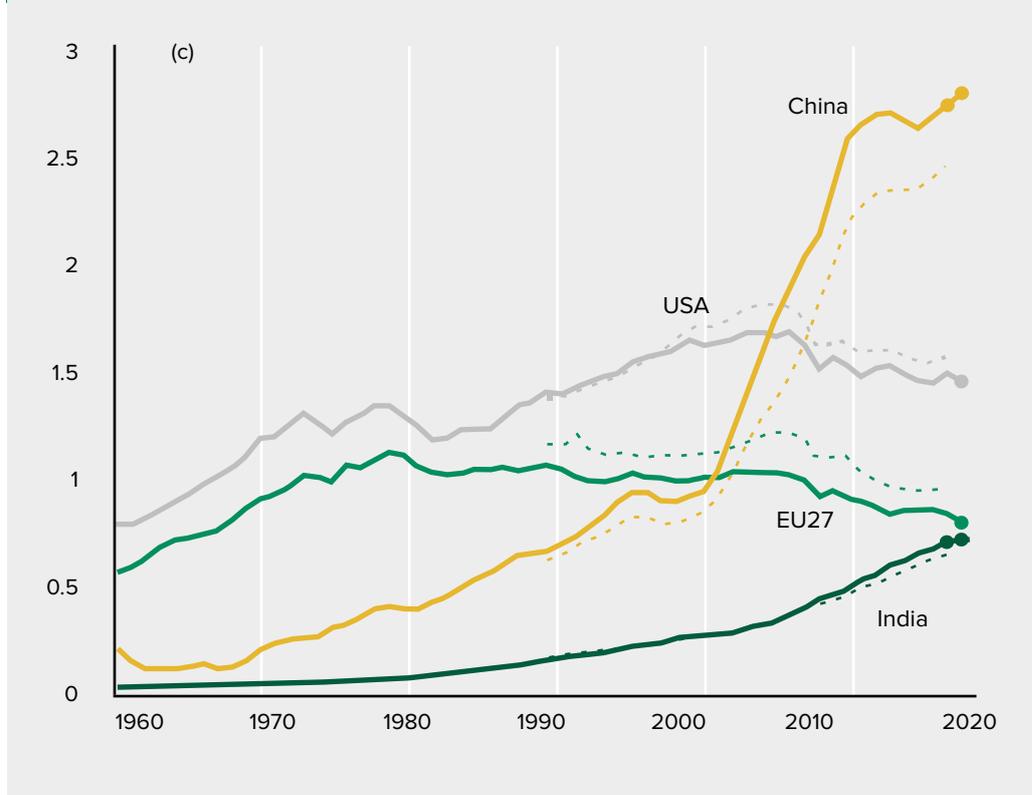
En su libro *El Green New Deal Global*, el sociólogo Jeremy Rifkin (2019) hace un relato elogioso de esta trayectoria europea por ser puntera en «la Tercera Revolución Industrial de carbono cero». También resalta la trayectoria de la República Popular China, tanto por su liderazgo en la producción de instalaciones de tecnología solar y eólica como por su inversión en energía renovable, un 45% de toda la inversión global en 2017. Más que el GND, el hilo conductor del libro parece ser el propio Rifkin, al ser incontables las automenciones como principal protagonista.

Vanidades aparte, para la agenda verde de Estados Unidos Rifkin propone tomar como modelo la trayectoria europea por ser líder indiscutible en la reducción de emisiones y en el camino hacia una *transición justa*. Según sus datos, entre 1990 y 2017 el consumo de energía en la UE se reduce casi un 2% y las emisiones de gases de efecto invernadero un 22%. En el mismo periodo, el PIB aumenta un 54%. Apoyado en esta correlación, Rifkin considera a Europa la vanguardia en la lucha contra el cambio climático sin sacrificar el crecimiento económico. Sin embargo, estos datos ocultan más que muestran. En primer lugar, la propia Comisión Europea los relativiza frente al objetivo de cero emisiones netas en 2050, a lo que cabe añadir mayor escepticismo si no se obvian los efectos rebote de salida a la crisis, que tienden a incrementar los impactos<sup>115</sup>. En segundo lugar y más importante, esos datos pasan por alto un proceso fundamental que explica el descenso de emisiones de GEI en Europa durante ese periodo: la externalización de procesos industriales a otros territorios con mano de obra barata. Entre 2002 y 2019, la UE multiplica cuatro veces y media el valor de las importaciones desde China. No es que Europa esté cada vez más cerca de desacoplar su crecimiento de su impacto medioambiental, sino que ha desplazado parte de las emisiones a otros territorios. Tomando eso en cuenta, el descenso de emisiones en Europa o en Estados Unidos y su ascenso meteórico en China son procesos directamente relacionados (ver Gráfico 3.1).

114 En esta comunicación, bajo el título «Un planeta limpio para todos. La visión estratégica europea a largo plazo de una economía próspera, moderna, competitiva y climáticamente neutra», la Comisión Europea (2018) considera que no implementar nuevas políticas tendrá consecuencias graves para la productividad de la economía, la infraestructura, la capacidad para producir alimentos, la salud pública, la biodiversidad y la estabilidad política de Europa. Señala que los daños anuales causados por inundaciones fluviales en Europa podrían ascender a 112.000 millones de euros, frente a los 5.000 millones de euros actuales. El 16% de la zona de clima mediterráneo —prosigue en su diagnóstico— puede convertirse «en una zona árida hacia el final del siglo, y en varios países del sur de Europa, la productividad de la mano de obra que trabaja al aire libre puede reducirse en torno al 10-15% respecto a los niveles actuales».

115 Los últimos años han supuesto un periodo de estancamiento y, según la Comisión Europea, como mucho Europa podría conseguir una reducción de gases del 60% para 2050, pero no del 100%. Respecto al efecto rebote de las crisis, véase el artículo Sadorsky, P., 2020.

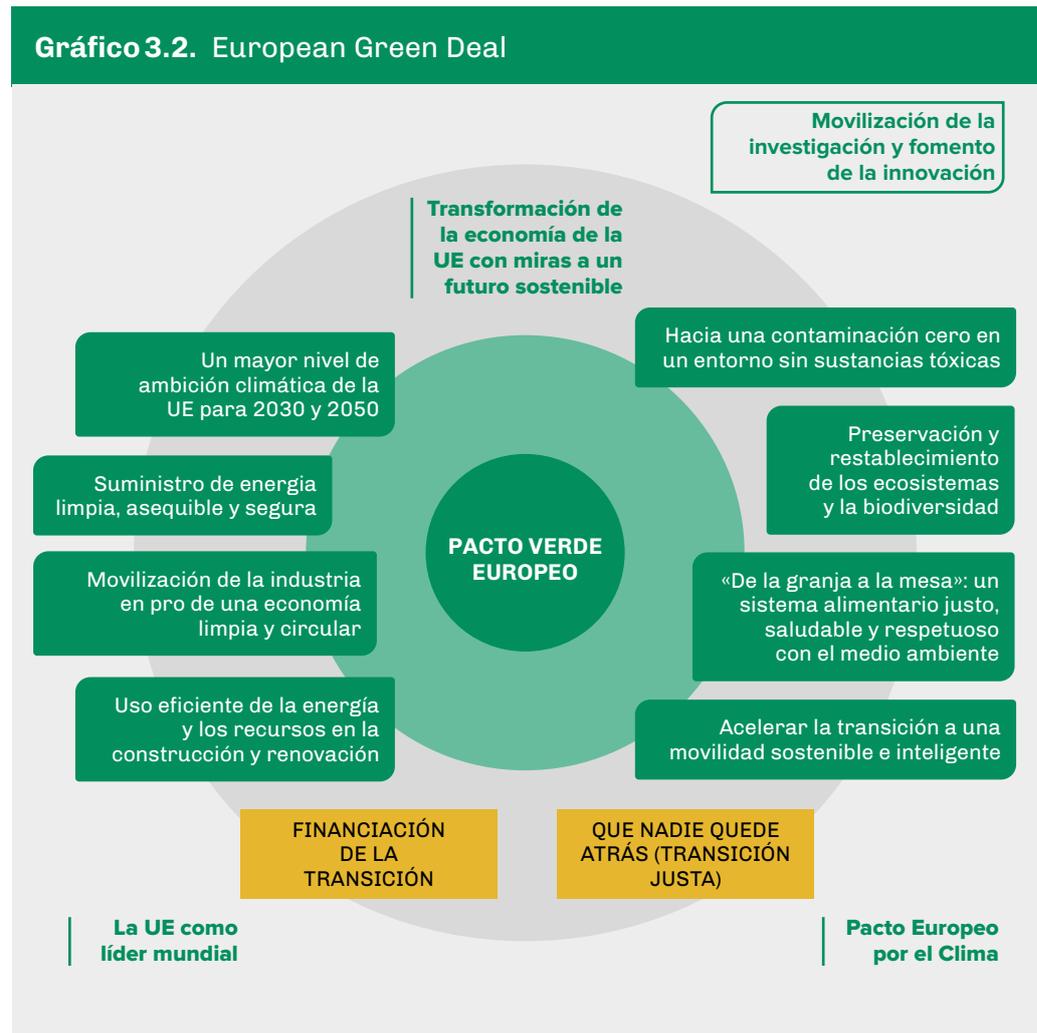
**Gráfico 3.1.** Emisiones territoriales (líneas continuas) y de consumo (discontinuas) en principales países emisores



Fuente: Global Carbon Budget (2020)

Reproduciendo estos sesgos y sosteniendo un diagnóstico optimista, a finales de 2018 la Comisión anuncia que el camino hacia una economía de cero emisiones netas debe basarse en diversos componentes estratégicos ajustados a los Objetivos de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas<sup>116</sup>. Finalmente, toda esta trayectoria culmina con la presentación del European Green Deal (EGD) donde también se muestra la ambición por ser líder global en cumplir los objetivos de París. Las propuestas del EGD son un compendio de lo ya recogido en comunicaciones y planes anteriores, poniendo énfasis en sectores relacionados con la generación de energía, el consumo de alimentos, el transporte o la fabricación y la construcción, así como su respeto a la biodiversidad y la sostenibilidad (ver Gráfico 3.2).

116 Los siete ámbitos de acción estratégica hacia «una economía climáticamente neutra» son (1) apostar por la eficiencia energética con edificios de cero emisiones; (2) mayor despliegue de energías renovables y el uso de la electricidad para descarbonizar el suministro energético; (3) apuesta por una movilidad limpia, segura y conectada; (4) la economía circular; (5) desarrollo de infraestructuras *smart*; (6) crear sumideros esenciales de carbono, y (7) combatir las emisiones de CO<sub>2</sub> con captura y almacenamiento de carbono.



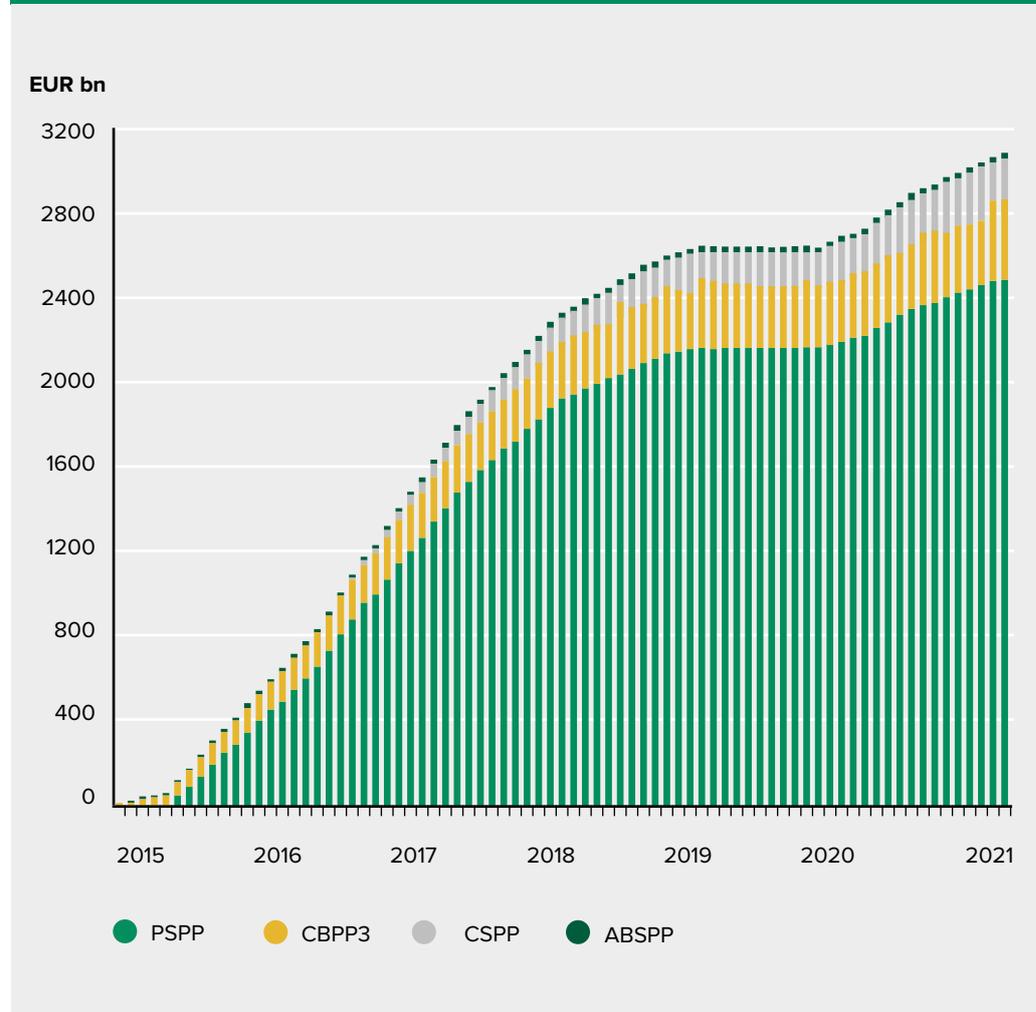
Fuente: Comisión Europea (2019)

En esos primeros pronósticos, la Comisión estima una inversión de un billón de euros para cumplir el plan, que supone unos 260.000 millones de inversión anual adicional, casi un 1,5% del PIB de 2018. Se trata del Plan de Inversiones para una Europa Sostenible, cuya aplicación estaba prevista durante la próxima década a través del presupuesto de la UE y de varios instrumentos asociados, en particular el InvestEU. Todo este proceso y sus pronósticos se han acelerado. La irrupción de la covid-19 ha dejado claro que el EGD es el escenario A, B y C de la UE, al menos como envoltorio simbólico<sup>117</sup>. Todas las medidas e instrumentos de «rescate» y «recuperación» puestos en marcha desde el inicio de la pandemia se han anunciado como procesos integrados en el EGD.

117 Tan pronto emergieron los efectos de la crisis de la covid-19, empezaron las alusiones y acuerdos que señalaban al EGD como hoja de ruta para la recuperación. A mediados de 2020, España, Austria, Dinamarca, Finlandia, Italia, Letonia, Luxemburgo, Holanda, Portugal, Suecia, Francia, Alemania y Grecia suscribieron una carta en la que solicitaban a la Comisión que el EGD sea la «gran palanca para la recuperación frente a la crisis de la pandemia» (Mineco, 2020). Desde el inicio de la pandemia, Frans Timmermans, vicepresidente ejecutivo del European Green Deal, y Ursula von der Leyen, presidenta de la Comisión, ya insistían en que las medidas de recuperación económica han de estar vinculadas a la «reconversión verde». En el último Diálogo de Petersberg sobre Acción Climática, en abril de 2020, se señaló la necesidad de «una economía neutra en carbono, más resiliente, inclusiva y justa» y, en particular, se subrayó la reflatación de sectores como la construcción, el transporte y el sector energético. En síntesis, el objetivo pasa por invertir en la rehabilitación de viviendas, coches eléctricos e infraestructuras verdes para empujar un *Green Recovery* que articule crecimiento del empleo con transición verde.

En marzo de 2020 se inicia el Programa de Compras de Emergencia Pandémica del BCE, una medida de política monetaria basada en la compra temporal de activos de valores del sector público y privado. En mayo de 2020 se aprueba un paquete de medidas por un total de 1,8 billones de euros que combinan el presupuesto europeo para los próximos siete años con el Next Generation, un programa específico para la recuperación. Esta maratón de actividad financiera ha convertido a la UE en el mayor emisor supranacional de deuda del mundo<sup>118</sup>. Desde marzo de 2015, cuando se puso en marcha el Programa de Compra de Deuda del Sector Público en los mercados secundarios, las compras netas acumuladas del BCE rozaban los 3 billones de euros, un límite ya rebasado en la actualidad (ver Gráfico 3.3).

**Gráfico 3.3.** Compras netas acumuladas del Programa de Compra de Activos del BCE<sup>119</sup> (en miles de millones de euros)



Fuente: [Banco Central](#) (2021)

118 La referencia sobre esta afirmación junto a otros datos relevantes sobre Next Generation se pueden encontrar en la *Guía NextGenerationEU: más sombras que luces* realizada por Nicola Scherer (ODG), Erika González (OMAL) y Nuria Blázquez (Ecologistas en Acción), OMAL, 2021.

119 Las siglas remiten a diferentes programas de compras de activos, en concreto, programa de compras del sector empresarial (CSPP), programa de compras del sector público (PSPP), programa de compra de valores respaldados por activos (ABSPP) y tercer programa de compra de bonos garantizados (CBPP3).

En particular, Next Generation tiene por objetivo «la reconstrucción verde y digital» y está dotado con 750.000 millones de euros, de los cuales 360.000 millones son préstamos reembolsables y algo más de la mitad son subvenciones a fondo perdido<sup>120</sup>. Para ello, y captando dinero de los mercados de capitales a devolver en las próximas tres décadas, la Comisión emitirá bonos por valor de 900.000 millones hasta 2026.

Para analizar con detalle cuánto se pueden asociar estas medidas a un programa de *crecimiento verde e inclusivo*, a continuación desglosamos las principales contradicciones y los impactos reales derivados que incorpora el EGD así como instrumentos coyunturales como el programa Next Generation.

### 3.2.2 La división continental del trabajo y otros desajustes sistémicos

De la misma manera que expresa la propuesta de Ocasio-Cortez, la agenda europea promete combinar crecimiento económico, transición ecológica y justicia social. Sin embargo, ambas propuestas prescinden de no pocos factores sistémicos en sus diagnósticos idealizados sobre el «crecimiento verde igualitario». ¿Puede Europa ser líder en la economía verde? ¿Cuánto hay de *transición socialmente justa* o de *crecimiento verde igualitario* en el EGD? ¿Qué papel ejercen en estos nuevos programas de recuperación las alianzas público-privadas? En los tres puntos que siguen desglosamos diversos elementos críticos centrados en el contexto europeo.

**I. ¿Liderazgo europeo en la economía verde global?** China concentra en sus centrales fotovoltaicas más de la mitad de la capacidad mundial y es líder mundial en la creación e instalación de tecnología solar y eólica. Entre 2015 y 2018 fue responsable del 30% de toda la inversión global en renovables. Solo en 2017 China dedicó 133.000 millones de dólares a energías renovables. La estrategia de China no es sustitutiva, sino que suma consumo de energía renovable a la de origen fósil o nuclear. Es una dinámica recurrente en todas partes: la expansión de las energías renovables se produce como añadido a los suministros de combustibles fósiles, no como sustitución (ver Gráfico 3.4). También ocurre en Alemania, el país europeo más adelantado en el desarrollo de energía renovable y también el más contaminante, puesto que mantiene un gran consumo y dependencia de combustibles fósiles, especialmente de carbón. Entre 2010 y 2012 Alemania y el conjunto de Europa perdieron su liderazgo en energías renovables.

En parte, el EGD es una respuesta a ese declive, pero el problema de la UE frente al gigante asiático no solo son sus esquilmas ventajas comparativas, sino la falta de soberanía industrial. La UE es dependiente de la producción china en componentes básicos para su «reconversión verde». China domina las cadenas de suministro en ámbitos donde Europa quiere invertir, como el desarrollo de baterías para coches eléctricos<sup>121</sup>. La paradoja es que la UE solo se acerca a China en un tipo de inversiones: los programas dedicados al petróleo y al gas<sup>122</sup>.

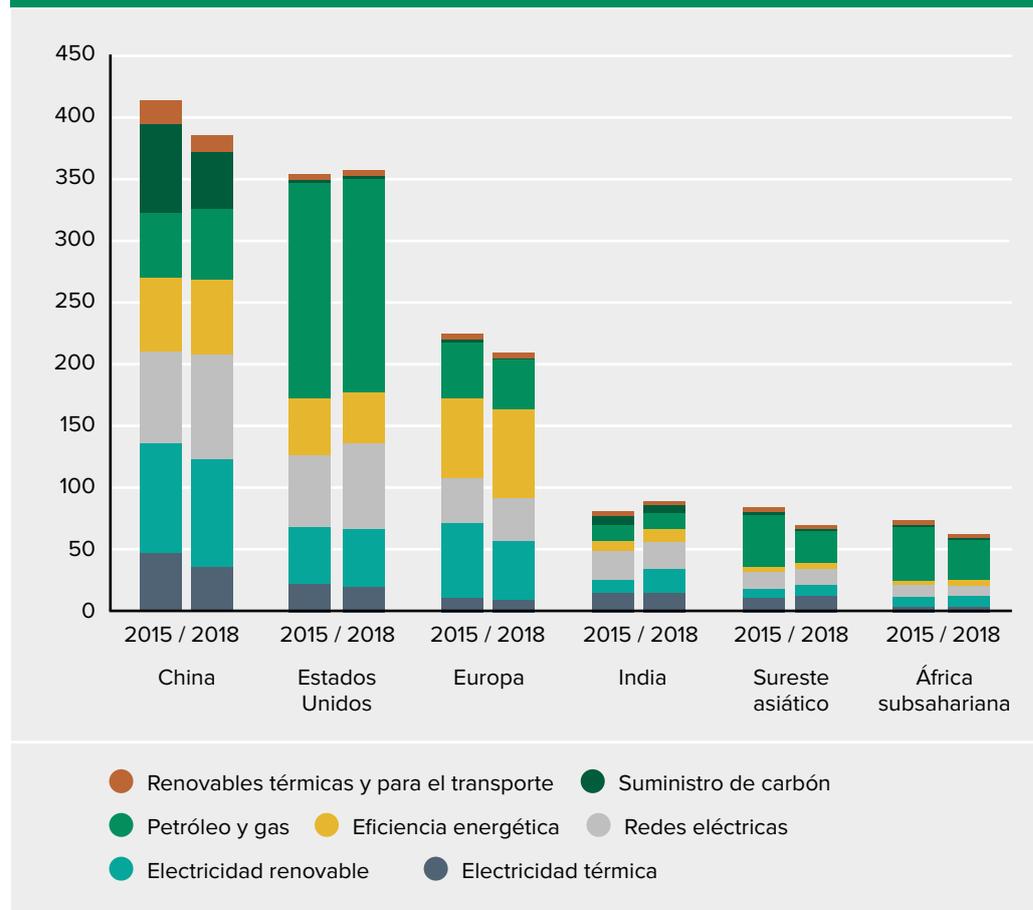
120 Los Estados miembros pueden solicitar las inversiones a través del Mecanismo para la Recuperación y la Resiliencia, y en el caso de Italia y España, hasta un 40% del total. España ya ha iniciado los primeros pasos para la solicitud de 140.000 millones de euros, de los cuales 72.000 millones serán subvenciones y 68.000 millones serán préstamos.

121 Para más detalle, véase: «[EU reaffirms commitment to Battery industry to boost Green Recovery](#)», del European Investment Bank, 2020.

122 China domina los mercados de baterías de iones de litio y de almacenamiento de energía. Para un análisis más detallado, véase: «[China invierte en energía un 7% más que Estados Unidos y hasta un 70% más que Europa](#)», en *Energías renovables*, 15 de mayo de 2019.

En paralelo al EGD, en 2020 el comité de industria del Parlamento Europeo todavía tenía previsto invertir 29.000 millones de euros en 32 proyectos para una nueva infraestructura de gas<sup>123</sup>. Tales dependencias y apuestas no solo desmienten el liderazgo europeo en la economía verde o su camino hacia una transición, sino que cuestionan su soberanía.

**Gráfico 3.4. Inversión en energía por sectores seleccionados: 2015-2018 (en miles de millones de dólares)**



Fuente: [Energias-renovables.com](http://Energias-renovables.com)

**II. La división internacional del trabajo y la falacia del desacoplamiento.** Actuar sobre una geografía desigual compensar o eliminar tales inequidades conlleva reproducirlas o incluso ampliarlas. Los programas verdes no actúan sobre un vacío territorial, institucional y político: las relaciones asimétricas entre el Sur y el Norte global son determinantes. Las empresas afincadas en los países ricos obtienen bienes producidos en países pobres, con bajos costes salariales pero vendidos en los países ricos a sus precios de mercado, y las ventas pasan a figurar en el PIB del país rico. Los países considerados «desacoplados» —la tendencia a desvincular el crecimiento económico del impacto ambiental— han sido desindustrializados y transformados en economías capitalistas financiarizadas, con grandes sectores de servicios que importan mercancías

123 Pascal Canfin, legislador francés que preside el comité ambiental del Parlamento, señala que esto significa que por cada euro otorgado al Fondo de Transición Justa, la Comisión dedicará cuatro euros para la financiación de proyectos de gas.

manufacturadas de otras partes del mundo<sup>124</sup>. Más allá de los niveles de emisiones de GEI, los flujos de materiales que sustentan la escala actual de la economía ya implican enormes problemas con las industrias extractivas ubicadas, en su gran mayoría, en el Sur global. Lo mismo sucede con el cambio en el uso del suelo, en general, en procesos canónicos de acumulación por desposesión. Para estos flujos materiales, la evidencia general es que no hay desacoplamiento del crecimiento del PIB, con una huella material internacional que aumenta un 6% por cada aumento del 10% del PIB<sup>125</sup>. Tampoco hay una relación equilibrada entre territorios del Sur y el Norte global, sino más bien claras tendencias de un nuevo imperialismo energético<sup>126</sup>. A nivel interno, en la economía de la Eurozona, el proceso de *transición justa* promete invertir 100.000 millones de euros durante una década en países productores y dependientes del carbón, como Hungría y, especialmente Polonia<sup>127</sup>. No parece suficiente, puesto que República Checa y Polonia han amenazado con suspender las políticas climáticas<sup>128</sup>. Estas divisiones, dependencias y procesos de dominación, tanto globales como continentales, no dejarán de acentuarse si un problema planetario integrado en una geografía desigual se desplaza como asunto regional de los países ricos.

**III. Relanzar las alianzas público-privadas, el endeudamiento público y la disciplina económica.** Una agencia es capitalista cuando su dinero está dotado del poder de reproducirse de modo sistemático, con independencia de la naturaleza de las mercancías y actividades particulares que sean, incidentalmente, el medio para ello. Entidades como las consultoras financieras transnacionales tienen grabado a fuego ese mandato del beneficio capitalista, sin importar si el medio para cumplirlo es uno o el contrario, desde la industria petrolera a la economía verde<sup>129</sup>. El caso es que su protagonismo en los pactos verdes está siendo absoluto. Entidades como Blackrock están asesorando a la

124 Durante el periodo 2000-2014, según el World Resources Institute, el crecimiento del PIB quedó desacoplado de las emisiones de CO<sub>2</sub> en EE. UU., Alemania y Gran Bretaña. Los defensores del crecimiento verde toman esos y otros datos similares sin cuestionarlos, pero el PIB de los países ricos queda inflado mediante la neocolonial captura del valor y las emisiones se contabilizan en las economías emergentes donde se produjeron las mercancías (Burton y Somerville, 2019, pp. 124-125). En su crítica al Green New Deal, Jasper Barnes (2019) expone conclusiones parecidas: medir las emisiones dentro de las divisiones nacionales es igual que medir nuestro consumo de calorías contando solo el desayuno y el almuerzo.

125 Mark H. Burton (2019) aporta estas reflexiones a partir de los datos del estudio «[The material footprint of nations](#)» (Wiedmann, T. O. et al., PNAS, 2015). También Hickel y Kallis (2019) demuestran que la tesis principal del crecimiento verde —el desacoplamiento absoluto— puede lograrse en naciones de altos ingresos en condiciones muy optimistas, pero que no hay ninguna evidencia empírica que señale la posibilidad de mantener esta trayectoria a largo plazo. También recalcan que no existen evidencias de que, bajo el marco de crecimiento verde defendido por la OECD o el Banco Mundial y que ha penetrado en los pactos verdes existentes, se puedan evitar los impactos debido a un calentamiento global de 1,5 °C señalados por el IPCC.

126 Un caso ilustrativo son las actuales propuestas de Alemania para abastecerse de hidrógeno verde producido en la República Democrática del Congo. En septiembre de 2020, Günter Nooke, el comisionado del gobierno alemán para África, presentó el proyecto como una propuesta beneficiosa para todas las partes. Sin embargo, a los costes tecnológicos y ambientales se suma la erosión de la soberanía del Congo, un territorio ya sometido a múltiples procesos de extractivismo y explotación. Más información en «[Alemania, el Congo y el nuevo imperialismo energético europeo](#)», *Público*, 26 de septiembre de 2020.

127 Sobre el problema del carbón en Europa, Adam Tooze (2019) ofrece un buen diagnóstico respecto a los intereses económicos y políticos que esconde. Entre otros datos, señala que «el carbón representa el 80% de la electricidad que alimenta la actividad económica de Polonia, de rápido crecimiento, y el 86% de la calefacción hogareña de sus 38 millones de personas pues su actividad económica está alimentada por un 80% de electricidad».

128 El Primer Ministro de Polonia, Mateusz Morawiecki, declaraba a principios de 2020 que Polonia alcanzará la neutralidad climática «a su propio ritmo» y que [no empezarán a reducir su consumo de carbón hasta 2030](#).

129 Por ejemplo, la compañía norteamericana de gestión de inversiones BlackRock controla acciones en compañías de combustibles fósiles por valor de 87.300 millones de dólares. También está en las primeras posiciones como inversor en las ocho compañías petroleras más grandes del mundo y entre los principales financieros de la industria de armas. Pese a esa carga, no cesa en mostrar su liderazgo en el giro verde de las finanzas.

UE sobre cómo integrar la sostenibilidad en la regulación bancaria, logrando una victoria en sus esfuerzos por pulir sus credenciales de protección climática<sup>130</sup>.

El Ministerio para la Transición Ecológica de España ha contratado a Deloitte para la captación y ejecución de los fondos europeos. En paralelo, las *Big Four* de la consultoría global elaboran informes para facilitar que sus clientes accedan a los fondos europeos. Pero las alianzas público-privadas no se agotan en los procesos de asesoramiento y evaluación, sino también en el destino de los fondos de recuperación. En España, aproximadamente 100.000 millones de Next Generation ya han sido solicitados por empresas del Ibex 35<sup>131</sup>. Por otro lado, si bien 360.000 millones corresponden directamente a préstamos que habrán de devolver los Estados, también hay que computar la mutualización del pago exorbitado que supondrán las emisiones conjuntas de deuda a cargo del presupuesto comunitario.

Dicho de forma rápida y sencilla, la UE asumirá deuda encubierta que no pagarán los actores privados beneficiados, sino el total de los contribuyentes. Tan pronto se reactiven el Pacto de Estabilidad y Crecimiento y los techos de déficit que fueron suspendidos temporalmente en marzo de 2020, se reeditarán las reformas y recortes en gastos públicos del ciclo de crisis anterior. En general, el relanzamiento de las alianzas público-privadas, el endeudamiento y la disciplina económica son la misma banda sonora del último medio siglo: socializar el gasto, privatizar los beneficios y emitir deuda pública, que de facto es un traslado hacia las clases subalternas y los ecosistemas de aquellos costes excesivos de los que se deshace el capital.

Existen otros límites y contradicciones detalladas en otros estudios, como las utopías tecnológicas integradas en programas como Next Generation, la imposibilidad de sustituir la magnitud energética mundial actual por energías renovables o, de mayor envergadura y apremiantes, todos los problemas titánicos relacionados con otros límites planetarios más allá del cambio climático<sup>132</sup>. Hemos puesto especial énfasis en aquellas contradicciones que el keynesianismo verde no solo pasa por alto, sino que incorpora en forma de sesgos en sus agendas políticas. En esas esferas, parece abrumador el consenso en torno al crecimiento verde justificado por ser lo *políticamente realista*. En realidad, es una expresión bastante tímida. La solución verde es más bien hiperrealista: reproduce las desigualdades territoriales internas y globales, erosiona la soberanía de las economías nacionales, normaliza la explotación del Sur global y, al mismo tiempo, intensifica el extractivismo y destruye la biosfera.

Por ser una dimensión clave para explicar la forma en que se despliegan estos programas y su control político, dedicamos la siguiente sección a profundizar sobre la reactivación de los arreglos público-privados, añadiendo un breve pero necesario análisis histórico. Lo público-privado es una vieja estrategia que se

130 En noviembre de 2020, la Comisión Europea declaró que BlackRock estudiará cómo la UE podría usar factores ambientales, sociales y relacionados con la gobernanza en la supervisión prudencial y en el análisis de riesgos regulatorios de los bancos de la región. BlackRock también analizará cómo la UE podría impulsar el crecimiento de las finanzas verdes y el mercado de productos financieros sostenibles.

131 Las vías para solicitar financiación del Next Generation al gobierno central son tres: a través de las comunidades autónomas, a través de los Ministerios y a través de «ventanillas informales» para grandes empresas y consorcios. Por lo pronto, algunas de las empresas más contaminantes ya están optando por esa vía: «Endesa ha presentado 110 proyectos por valor de 19.000 millones de euros 22; Iberdrola, 150 iniciativas por 21.000 millones; Naturgy, 13.000 millones; ACS, 4.500 millones» (Scherer *et al.*, *op. cit.*, p. 12).

132 Entre otros, son interesantes estudios como *Pactos verdes en tiempos de pandemias*, de Pérez, A. (2021) o «Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet», de Steffen, W. *et al.* (2015).

presenta como innovadora bajo nuevas carcasas discursivas en cada fase de crisis, pese a no ser más que el vínculo histórico entre Estado y capitalismo.

### 3.3 ECONOMÍA GLOBAL PÚBLICO-PRIVADA

A lo largo de este trabajo hemos ido recalcando que uno de los elementos constitutivos sobre los que pivota la articulación histórica del capitalismo es su identificación con el Estado. Controlar el poder del Estado ha sido el objetivo estratégico de los principales actores en el ruedo político durante toda la historia del capitalismo moderno, usando su poder coercitivo para abrir espacios donde florezca el capital. Existen todo tipo de evidencias de que estos procesos ocurrieron desde mucho antes que los regímenes de propiedad privada fueran dominantes.

En sus análisis del capitalismo como economía-mundo, Giovanni Arrighi junto a otros historiadores como Wallerstein han hecho más comprensible un sistema global que necesita a los Estados para existir. En *El largo siglo XX*, Arrighi analiza los diferentes ciclos sistémicos de la economía-mundo, desde el ciclo genovés entre el siglo XV y el siglo XVII, pasando por la etapa británica que domina el siglo XIX, y finalmente el ciclo que comienza a finales de ese mismo siglo, el ciclo estadounidense, todavía en su actual fase de dominio financiero. La transición realmente importante, afirma Arrighi, no es tanto la del feudalismo al capitalismo, sino la producida desde un poder capitalista disperso a uno concentrado.

#### 3.3.1 Las alianzas público-privadas constitutivas del capitalismo

No es necesario reducir el Estado a mera herramienta de la clase dominante para entender el papel que ha ejercido como campo de batalla estratégico conquistado por el capital, no sin oposiciones ni contradicciones. Si en algún territorio se produjo la fusión única del Estado y el capital de forma más favorable para el capitalismo fue en Europa. En los orígenes del capitalismo, en ciudades-Estado como la Venecia del siglo XV, el «sector público» intervino activamente proporcionando a los mercaderes y a las asociaciones privadas las infraestructuras básicas necesarias para sus negocios. Venecia constituyó el prototipo del capitalismo (monopolista) de Estado que, en combinación y oposición con formas organizativas basadas en las finanzas, han sido el magma de modelos cada vez más abigarrados. Las alianzas público-privadas, por tanto, no son una extravagancia contemporánea, más bien al contrario: se trata de un elemento fundacional y constitutivo del capitalismo, que ha sido central en los desplazamientos del territorio hegemónico de cada ciclo y de sus procesos de expansión.

Aseguraba Max Weber que la expansión del poder capitalista está vinculada a la competencia interestatal por el capital en busca de inversión. Sin menospreciar ese factor, dicha expansión también ha sido conducida por la formación de estructuras políticas con recursos organizativos para controlar el entorno territorial, social y político de la acumulación de capital a escala mundial. En la dinámica del sistema-mundo, los países centrales ganan la hegemonía en una geografía política desigual, donde la acumulación incesante se asegura a través del sometimiento institucionalizado de territorios periféricos. Para confirmar esa tesis, no hay más que observar el largo ciclo de reordenación territorial a escala europea, a través de la financiarización y el desarrollo desigual de los países del norte frente a los del sur.

El proceso político que empuja las formas contemporáneas de lo público-privado trae bajo el brazo una doctrina que, según las posiciones utópicas ya descritas en el capítulo anterior, quiere reducir el Estado. La crisis de las políticas intervencionistas asociadas al periodo fordista y las críticas al exceso de burocracia del Estado promueven la «eficacia» y la «eficiencia» del mercado como métricas óptimas para evaluar y mejorar la acción pública. La introducción de reglas fiscales neoliberales reduce el endeudamiento estatal, pero las nuevas fuerzas políticas seducidas por estos dogmas quieren poder invertir en infraestructura pública. Siguiendo el legado de Thatcher<sup>133</sup>, la propuesta del Primer Ministro Tony Blair para reformar el Estado de Bienestar también pasa por impulsar un sistema que combine «la provisión privada y pública en una nueva forma de colaboración para nuestra época» para «una forma moderna de bienestar que cree en el empoderamiento, no en la dependencia»<sup>134</sup>. En efecto, es la conocida como «Tercera Vía», que incorpora la racionalidad empresarial como alternativa a la planificación público-estatal cuestionada por ser jerárquica, burocrática e ineficiente<sup>135</sup>. De fondo, este escenario configura la respuesta capitalista a la crisis de rentabilidad surgida tras el colapso de la tupida red fordista de mecanismos de concertación entre capital y trabajo. Es bien sabido que este largo ciclo no supone una reducción del Estado, sino un cambio de prioridades en sus ámbitos de actuación, una re-territorialización de sus campos de acción, así como la integración del sector privado en su arquitectura institucional.

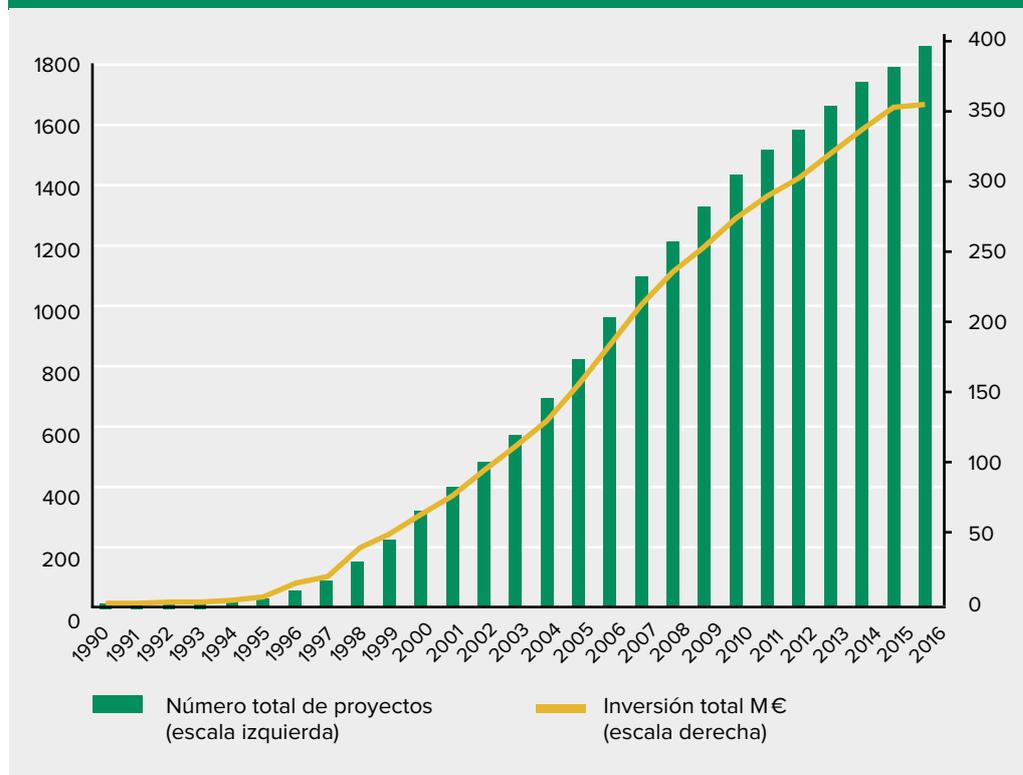
En las etapas contemporáneas, los partenariados público-privados han funcionado como una treta contable para esquivar las restricciones del gobierno en cuanto al endeudamiento público, ocultándolo para equilibrar los presupuestos —punto que sigue siendo la principal atracción para los gobiernos y las instituciones internacionales a la hora de implementarlos—. A medida que en Europa se limita el endeudamiento público con las medidas de austeridad tras la crisis financiera de 2008, se dispara la utilización de los partenariados como un componente de la política de privatizaciones, especialmente en Reino Unido, Francia, España, Portugal y Alemania (ver Gráfico 3.5).

133 Los así llamados partenariados público-privados tienen su origen contemporáneo a principios de los años ochenta en Reino Unido durante el gobierno de Margaret Thatcher. Funcionaban como estrategias contables, en la medida que permitían sortear las propias restricciones del gobierno para endeudarse. En la práctica, son una forma de privatización, permitiendo a las empresas beneficiarse del dinero y la inversión pública y exigiendo a los servicios públicos que faciliten oportunidades comerciales rentables. Aunque el gobierno se compromete a sufragar la inversión como si hubiera tomado prestado el dinero, las normas contables permiten tratarla como un préstamo privado sin infringir las normas fiscales. En el artículo «[La privatización encubierta de nuestros bienes y servicios públicos](#)» publicado en *La Marea* en octubre de 2019, Nicola Scherer y Emma Avilés, del Observatori del Deute en la Globalització, explican que «las prácticas contables de las colaboraciones público-privadas permiten a los gobiernos mantener estos proyectos fuera de sus cuentas (no son transparentes ni auditables), ya que el sector privado —y no el gobierno— es el titular del préstamo que financia el proyecto. Una maniobra de contabilidad creativa, donde el coste real de un proyecto queda escondido, hasta que algo falla y todo revierte sobre lo público y los bolsillos de la ciudadanía».

134 En marzo de 1998, el Gobierno británico publicó su *Libro Verde sobre la reforma del bienestar*, que tiene la virtud de ser muy explícito respecto al significado del *Third Way* y al papel del sector privado en esa «nueva época». Para una revisión crítica, es interesante el artículo breve de Alan Deacon (1998) titulado «The Green Paper on Welfare Reform: Case of Enlightened Self-interest?», en *The Political Quarterly Publishing*, 69 (3), pp. 306-311.

135 La literatura sobre este periodo es infinita, pero por su rigor y lucidez es interesante el libro de Jonathan Davies (2011) *Challenging Governance Theory: From Networks to Hegemony*, Policy Press, Bristol.

**Gráfico 3.5.** Evaluación del mercado europeo de partenariados público-privados



Fuente: EPEC Market update

Más allá de esas figuras legales, que en algunos países como España ni siquiera cuentan con una regulación específica, las alianzas público-privadas desbordan semejante ingeniería opaca. Han sido y son parte de la expansión del poder capitalista y de las respuestas capitalistas frente a la crisis, y remiten a una extensa realidad histórica, territorial y política. Pueden incluir argucias tecnocráticas implementadas durante periodos concretos, tales como concesiones, consorcios, sociedades mixtas o subcontrataciones, pero no se reducen a esas figuras. Los arreglos financieros y espaciales buscan resolver los problemas de sobreacumulación y, de forma particular, dan protagonismo al circuito secundario: la acumulación de base territorial a partir de los entornos construidos, los mercados inmobiliarios o las grandes inversiones en infraestructuras y obras públicas. En conjunto, estos procesos han supuesto una enorme implementación de partenariados público-privados, pero con la misma intensidad también procesos de conversión de diversas formas de derechos de uso y usufructo (comunes, colectivos, estatales) en derechos de propiedad exclusivos, la mercantilización de necesidades básicas para insertarlas en mercados especulativos, así como el creciente dominio de los Bancos centrales y las políticas monetarias. Todas responden al réquiem principal del mandato capitalista: todo lo que existe sobre la tierra debe ser sometido a la mercantilización, la monetización y la privatización para producir beneficio. Los últimos ciclos de crisis, en los que ha ido madurando la solución verde a la crisis, no solo no son una excepción, sino que suponen un salto de escala cualitativo respecto a la centralidad del Estado Público-Privado.

### 3.3.2 Viejos y nuevos capitalistas en busca de nichos de mercado

Desde la década de los noventa, las instituciones europeas han fomentado las alianzas público-privadas en la construcción y en la gestión de infraestructuras pese a que, de forma recurrente, se ha demostrado su opacidad e ineficiencia<sup>136</sup>. En 2018, el Tribunal de Cuentas Europeo publica un informe sobre varias colaboraciones público-privadas en Europa donde concluye que la gestión de los proyectos tiende a ser ineficaz y no proporciona una rentabilidad adecuada<sup>137</sup>. Lo cierto es que las políticas de austeridad europeas han venido acompañadas de medidas para imponer una nueva disciplina a través del mercado<sup>138</sup>. Es evidente que a la falta de «eficiencia» y «eficacia» le ha seguido un escaso control público y una erosión de los mecanismos democráticos para deliberar sobre qué inversiones son necesarias. Sin embargo, a toda crisis le sigue la reproducción del vínculo entre las grandes corporaciones y el Estado. El interés en el Estado no solo es por su capacidad para producir norma, financiar actividades con exención de impuestos o diseñar ventajas fiscales, bonificaciones laborales, créditos y subvenciones. También tiene que ver con la capacidad estatal para reproducir el discurso hegemónico sobre las virtudes de la gran empresa, ampliar los dispositivos de represión y control social o, ya hemos visto, concesionar servicios para la construcción y gestión de infraestructuras. En España, la gran alianza público-privada entre el Ibex-35 y el poder estatal siempre viene aliñada por el dogma de que aumentar la internacionalización empresarial y atraer inversiones extranjeras es la única forma de salir de la crisis<sup>139</sup>.

En la práctica, las alianzas público-privadas se basan en la socialización de la inversión y el riesgo frente a la privatización de los beneficios. Son privatizaciones que, bajo la promesa del *trickle down*, producen sobrecostes, esquilman el medioambiente, desplazan a poblaciones originarias y ocultan el endeudamiento público. Sin embargo, de poco sirven las evidencias. Evaluaciones como las del Tribunal de Cuentas o las de Eurodad<sup>140</sup> no han supuesto cambios en los marcos de regulación, ni siquiera moderación en las campañas. Los inversores privados e institucionales siguen presionando al G20 para que les ayuden a

136 Entre 1990 y 2009 se firmaron más de 1.300 contratos de partenariados público-privados (PPP) en la UE, que en suma representaron más de 250.000 millones de euros. En ese mismo periodo, si bien Reino Unido lideró la puesta en marcha de los PPP a nivel europeo, España fue el segundo Estado miembro en el ranking con un 11% del total del volumen económico (Kappeler y Nemoz, 2010). Estos cálculos no incluyen las privatizaciones con venta de activos o la subcontratación de servicios, que dispararían por mucho las cifras. Entrado el ciclo de crisis en 2008, las instituciones europeas han seguido animando a sus Estados miembros a «desarrollar la colaboración público-privada [...] frente a la afectada capacidad de la Hacienda Pública para obtener los fondos necesarios y asignar recursos» (Comisión Europea, 2009). Entre 2000 y 2018, el BEI invirtió 5.176 millones de euros en 30 proyectos público-privados en España, de los cuales 26 (un 87%) fueron en el sector del transporte (Scherer, N.; Martínez, R., 2019).

137 Informe Especial 09/2018, «Colaboraciones público-privadas en la UE: Deficiencias generalizadas y beneficios limitados». En general, todos los proyectos analizados por el Tribunal de Cuentas padecieron demoras, aumentos de costes e infrautilización. No aprobaron ni el juicio de la libre competencia: la mayoría de concesiones no se sometieron a ningún análisis comparativo con otras opciones de contratación ni a ninguna otra evaluación de la relación calidad-precio. Sin embargo, continúan los rescates a concesionarias de obra pública, autopistas o aeropuertos respondiendo a los compromisos adquiridos por las administraciones públicas en los contratos en forma de garantías de cobertura de ingresos o concesión de avales.

138 Como bien es sabido, el ejemplo palmario es la imposición de políticas de austeridad tras los «rescates» del Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF), unas medidas que reescalaron en diferentes esferas territoriales. En España, esta imposición se expresó en la reforma constitucional del artículo 135 para priorizar el pago de la deuda y limitar la inversión y el endeudamiento público. Subsidiaria de esta reforma, se implementó la Ley de Racionalización y Sostenibilidad de la Administración Local (LRSAL) para disciplinar a los municipios.

139 Un análisis histórico detallado de estos procesos de alianza Estado-multinacionales en España se puede encontrar en el libro *A dónde va el capitalismo español*, de Pedro Ramiro y Erika González (2019). Las tesis principales están dedicadas a explicar cómo se ha construido la centralidad de las grandes empresas en el modelo socioeconómico español a través de un enfoque elitista sobre la distribución del poder público y la función del Estado.

140 En el informe «Historia repetida: Cómo fracasan las Asociaciones Público-Privadas», de Eurodad (2018), se analizan diez casos de escala global, incluyendo Colombia, España, Francia, India, Indonesia, Lesoto, Liberia, Perú y Suecia. Los sectores cubiertos son agua y saneamiento, educación, energía, salud y transporte. Las conclusiones redundan en aspectos ya remarcados por el Tribunal de Cuentas Europeo.

maximizar sus rendimientos transformando las obras de infraestructura en una clase específica de activos<sup>141</sup>.

Detrás de la relación público-privada han ido tomando posición no solo las grandes corporaciones multinacionales y las entidades financieras, sino también todo el aparato de consultoría global. No es ningún secreto que las *Big Four* funcionan como comisarios de políticas nacionales y reciben altísimos honorarios en cada etapa del proceso. No han innovado mucho en sus relatos, puesto que siguen defendiendo que los consorcios y los partenariados son garantía de reducción de costes en la financiación de infraestructuras<sup>142</sup>. Más reveladores son los argumentos hermanados con la doxa schumpeteriana: un capitalismo en estado estacionario es una contradicción en los términos. McKinsey & Company, consultora que opera como remodeladora a escala mundial de servicios públicos en beneficio del capital privado, lo expresa de forma nítida: «Solo mantener el ritmo del crecimiento proyectado del PIB mundial durante los próximos diez años requiere 57.000 millones de dólares de inversión en infraestructura»<sup>143</sup>. Parece que Estados Unidos y la UE ya tomaron nota, aunque las predicciones de McKinsey palidecen frente a las políticas chinas.

Hasta aquí nada estrictamente nuevo. La verdadera extravagancia en el capitalismo histórico sería que, antes o después de cualquier ciclo de crisis, los principales pilares de la gobernanza económica mundial no apostaran por la explotación y la apropiación de lo común. No hay más que revisar las intervenciones del gobierno estadounidense y la Reserva Federal durante los inicios de la pandemia bajo estrategias que Robert Brenner señala como «beneficios por depredación»<sup>144</sup>. Los planes verdes o de reconversión no son cortafuegos de las trayectorias ya marcadas ni tampoco flotan por encima de las relaciones de poder existentes. La toma de posición de Blackrock y Deloitte en los programas verdes o el dinero de los nuevos rescates para empresas del Ibex35 no son intentos de cooptación externa de tiburones recién llegados. Los maridajes capitalistas que hoy se integran en la solución verde, ya hemos visto, son algo más sofisticados y vienen de lejos. Daniela Gabor ha denominado «Consenso de Wall Street»<sup>145</sup> al conjunto de principios sobre los que caminan las alianzas público-privadas ligadas a la transición a economías bajas en carbono. Tanto las infraestructuras como la naturaleza pasan a ser considerados y modelados como activos financieros siguiendo los criterios de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU. De esta manera, los administradores de activos del Norte global pueden llegar a absorber fondos de los inversores de los países pobres y tomar decisiones de asignación a nivel global.

141 Nos referimos al «Roadmap to Infrastructure as an Asset» del G20. Entre otros, el objetivo es desbloquear los billones de dólares de pensiones y seguros que están invertidos en acciones, bonos, fondos de inversión y otros instrumentos. Debido a que el enorme riesgo puede espantar a los inversores, la fascinante propuesta del G20 es que sea asumido por las arcas públicas. El G20 no corre en solitario esta carrera, le acompañan entidades como el BM y la OCDE. Se pueden encontrar más detalles sobre la relación entre organismos supraestatales y entidades financieras en las estrategias público-privadas de Europa y Latinoamérica en el informe «¿Por qué las asociaciones público-privadas (CPPs) no funcionan? Las numerosas ventajas de la alternativa pública», Hall, D., 2015.

142 Estos argumentos se pueden encontrar en los propios informes y publicaciones de estas consultoras. Véase, por ejemplo, la publicación *Infra-structura* de Deloitte.

143 Se pueden encontrar esas y otras conclusiones similares en «[Bridging infrastructure gaps: Has the world made progress?](#)» de Mackinsey. Frente a las restricciones fiscales que padecen los gobiernos, McKinsey insiste en que las alianzas público-privadas son la mejor opción para llenar esa brecha financiera. La búsqueda de nuevos espacios rentables ha llevado a estos magnates del expolio a fomentar la privatización de los suministros de agua, la vivienda social, la educación o la sanidad en diferentes territorios del planeta y a competir por dominar los nichos de mercado que abre la consultoría de la sostenibilidad. En 2013, las Big Four ya dominaban las preferencias en este mercado según [la encuesta realizada a 250 ejecutivos por la empresa Verdantix](#).

144 Brenner, R., *Saqueo pantagruélico*, *New Left review*, n.º 123, julio-agosto de 2020.

145 Gabor, D., «Wall Street Consensus. Development and Change», *International Institute of Social Studies*, n.º 0, pp. 1-31, 2021.

Así pues, la verdadera «normalidad» pasa por la colonización de los nuevos programas de recuperación por parte de las finanzas, la posición de ventaja que están tomando los grandes oligopolios en su reparto o que, en el caso español, sea directamente el sector privado quien ejecute los fondos de programas de recuperación como el Next Generation<sup>146</sup>. Mención aparte y más importante, por ser la estructura de estas tendencias y ya en su origen público-privada, merece la posición de mando consolidada por el Banco Central Europeo con sus compras de activos, bonos y acciones, inundando de liquidez los mercados financieros y disciplinando a las economías nacionales, regionales y urbanas.

Frente a este apuntalamiento de poder en las finanzas, la especialización española en el circuito secundario delimita los estrechos contornos de la «reconversión verde» en el territorio más dócil del sur europeo. Si algo se asegura España es su posición subalterna en la jerarquía de la Unión monetaria como país deficitario y deudor. Tal y como ocurría en planes anteriores con énfasis en lo medioambiental y sus recurrentes promesas de reestructuración del capitalismo español<sup>147</sup>, las actuales inversiones en energías renovables o la remodelación del mercado inmobiliario no pasan de ser intentos por reflotar burbujas que aseguren, al menos en un ciclo corto, rentas financieras e inmobiliarias para unos pocos. El papel del Estado español como garante de los derechos de propiedad y sus posibles regalías tiene que medirse en competencia con las posiciones de ventaja y dominio ya tomadas y fijadas en la geografía política continental y mundial.

### 3.4 CONTRA LAS REFORMAS PARA CONSERVAR, LA PROPIEDAD COLECTIVA

Frente al control chino de la producción y el dominio de las finanzas por el dólar, a Europa no le queda más posibilidad para encontrar posición de ventaja comparativa que recurrir a su antigua función de faro civilizatorio global. La UE es el proyecto más acabado del neoliberalismo, pero la gran paradoja es que su signo de distinción frente al resto de grandes economías mundiales es proyectarse como el modelo más progresista. El EGD se integra en esa trayectoria europea, presentándose como la vanguardia mundial en la respuesta al cambio climático. De espaldas a estas *performances* solemnes, los primeros pasos asociados al EGD promueven un capitalismo verde y refuerzan el poder de agentes financieros, bancos y oligopolios energéticos con acciones que reproducen las desigualdades territoriales internas y globales. En términos económicos, vista la posición hegemónica del bloque asiático y la coyuntura europea, el plan para un crecimiento verde igualitario de la UE está llamado a engrosar su lista de promesas no cumplidas que, pasados los años, se revisan con un nuevo concepto en el futuro.

146 Es significativa la figura creada en España para desarrollar los denominados como Proyectos Estratégicos para la Recuperación y Transformación Económica (PERTE), que integran grandes proyectos estructurales con gran capacidad de arrastre para el crecimiento, el empleo y la competitividad y que, de nuevo, suponen grandes beneficios para el sector privado y desplaza los riesgos hacia el sector público (Scherer *et al.*, *op. cit.*).

147 Entre otros planes anteriores, nos podemos remitir a la [Ley de Economía Sostenible de 2011](#). Como señala una investigación sobre el capitalismo español finalizada el mismo año que se presentaba la ley, «La retórica oficial del «cambio de modelo productivo» se articula en relación con una oleada de innovación verde que, a través de la intensificación del uso de las energías renovables, desembocará en una economía baja en carbono. Más allá de estas fantasías tecnocráticas, lo cierto es que las políticas energéticas que, sobre el papel, tienen la misión de liderar este cambio son poco más que intentos de generar nuevas burbujas ligadas a las energías renovables», Rodríguez, E y López, I. (2010).

Figuras impulsoras de una reedición socialdemócrata del capitalismo, como Rebecca Henderson o Mariana Mazzucato, dan por bueno el pacto verde siempre que se abra el debate sobre la distribución de las recompensas de las nuevas alianzas público-privadas. Mazzucato insiste en marcar más condiciones a las empresas en dichas alianzas y sumar mecanismos de control público. Henderson, más allá del papel que pueda cumplir el Estado, señala la necesidad de diseñar acuerdos éticos entre inversores, accionistas y empresas para que el imperativo del beneficio no esquilme los bienes públicos<sup>148</sup>. Ambas posiciones han tenido voz y difusión en el *Financial Times* tras inaugurar su nueva línea editorial a finales del 2019 en la que se defiende un capitalismo donde «los beneficios tengan sentido» y la necesidad de que se apliquen «reformas para conservar». Martin Wolf, columnista insigne de la gaceta financiera británica y reputada autoridad en la defensa de la globalización, preside esa nueva línea editorial<sup>149</sup>. Wolf considera que frente a las injusticias del capitalismo rentista, liderado por un poder político que privilegia a algunos individuos y empresas para que obtengan riqueza a costa de todos los demás, son necesarias reformas que nos devuelvan al equilibrio entre un verdadero capitalismo y la democracia liberal. Lo curioso es que Wolf, Mazzucato o Henderson no andan tan lejos de las formulaciones sindicales dominantes, más ajustadas a los contextos de negociación colectiva del capitalismo industrial que a una economía global financiarizada y a un capitalismo anémico de beneficio. Puestos a reformar, otra posibilidad es subir el grado de ambición y que quienes se autodefinen como defensores de la socialdemocracia se la tomen un poco más en serio.

No parece fácil que la UE tome un camino anticapitalista o que sus valores socialdemócratas sean algo más que una perpetua escenificación conceptual, pero nada impide ampliar el frente ecosocialista mientras se profundizan los debates en torno a la ecología política. Más que el New Deal de los años treinta, que se integra en la lista histórica de programas públicos que han otorgado poder a las mayores fortunas de la lista Forbes<sup>150</sup>, existen otros referentes que parecen enterrados en la historia europea. Entre otros, los fondos accionariales de asalariados, un mecanismo para que los sindicatos y otras asociaciones de la sociedad civil obtengan un control sustancial sobre el funcionamiento de las grandes empresas. Dotaban de derecho a los dividendos, derecho a voto para la elección del Consejo de administración y derecho para decidir sobre las políticas de las compañías. Estas instituciones de democracia económica, diseñadas por Rudolf Meidner en los años setenta, no solo buscaban contrarrestar el poder concentrado del capital, sino que podían ser la base material para una organización social de la producción y el consumo. Hoy, si bien las condiciones materiales en las que se hacía posible un plan como el de Meidner son irreproducibles, el espíritu de transformación que destilan es una buena fuente de inspiración de la que deberían tomar nota quienes se siguen haciendo llamar socialdemócratas.

148 La diferencia fundamental entre Henderson y Mazzucatto es el énfasis que la primera pone en el liderazgo del sector privado y que la segunda aplica al sector público. Para un resumen de la posición de Mazzucato, autora de libros como *El Estado emprendedor*, se puede consultar el artículo «[The Covid-19 crisis is a chance to do capitalism differently](#)», en *The Guardian*, 18 de febrero de 2020. En el caso de Henderson, autora de libros como *Reimagining Capitalism*, muy centrado en cómo el sector privado puede diseñar una solución capitalista a la emergencia climática, su posición queda sintetizada en [esta conversación para Wired](#).

149 El artículo que tal vez mejor expresa la nueva agenda del *Financial Times* y el diagnóstico de Wolf es «[Why rigged capitalism is damaging liberal democracy](#)», *Financial Times*, 18 de septiembre de 2019.

150 Las infraestructuras industriales y urbanas de los siglos anteriores se concibieron para ser centralizadas, verticales y privadas, y tenían que integrarse verticalmente a fin de crear economía de escala y devolver beneficios a los inversores. El resultado es que las empresas globales de la lista Fortune 500, la mayoría de ellas radicadas en EE. UU., representan 30 billones de dólares en ingresos, en torno al 37% del PIB global, con solo 67,7 millones de empleados en una fuerza de trabajo global de unos 3.500 millones de personas.

Una agenda emancipadora debería tomar esos referentes como propios, adaptándolos a las condiciones sociales, productivas y políticas de la Europa post-covid, diseñando como principal instrumento la transferencia de la propiedad de los activos productivos. La capacidad transformadora de programas de transición que no discuten sus formas de control político, su modelo de financiación y los sistemas de propiedad es entre muy dudosa y nula. La UE tiene previsto intensificar la inversión en ámbitos como las infraestructuras verdes y de energía renovable, en la rehabilitación de edificios y viviendas o en industrias relacionadas con la movilidad baja en carbono. En proporción a la inversión pública como se inyecte, debe aplicarse la socialización de los derechos de uso y usufructo a las infraestructuras y bienes ligados a esos sectores, sea el energético, el inmobiliario, el transporte o el digital.

Estas formas de propiedad colectiva no son la solución a todo el desajuste sistémico, en absoluto, pero sí una táctica de ruptura contra el Estado Público-Privado. Instituciones como los fondos accionariales de ciudadanía sobre los bienes y las infraestructuras pueden erosionar el poder concentrado por los oligopolios y el capital financiero al tiempo que redistribuyen recursos y dotan de poder de organización para empujar una transformación deseable.

Supongamos que se asume que los Green New Deal son una oportunidad para redistribuir poder. Dado el caso, a nadie le pasa por alto que solo sería posible avanzar hacia ese horizonte mediante un conflicto abierto contra el diseño institucional y los actores privilegiados por las alianzas público-privadas. Un *pacto* sin verdaderas contrapartes no hace más que consolidar la jerarquía de poder en la sombra sedimentada en los Bancos centrales, las grandes corporaciones y los organismos supraestatales.

# 4. MIENTRAS MUERE UN MUNDO Y NACE OTRO

<b>4.1</b>	<b>LA CATÁSTROFE EN PRESENTE</b>	<b>99</b>
<b>4.2</b>	<b>TENDENCIAS DE LA ECONOMÍA-MUNDO</b>	<b>100</b>
4.2.1	Estados Unidos, un capitalismo sin amo	100
4.2.2	China y su ascendente dominio	102
4.2.3	Europa, crisis solapadas	103
4.2.4	Economía global público-privada	106
<b>4.3</b>	<b>LA NATURALEZA DEL CAPITALOCENO</b>	<b>109</b>
4.3.1	¿Una política de la naturaleza?	109
4.3.2	Por una ecología política de la vida	111
<b>4.4</b>	<b>ESPACIOS DE CONFLICTO FRENTE A LAS RELACIONES DE PROPIEDAD CAPITALISTA</b>	<b>112</b>
4.4.1	Producción y consumo	112
4.4.2	Reproducción social	113
4.4.3	Propiedad colectiva	114
4.4.4	Ecologismo de los pobres y lucha de clases	116



## 4.1 LA CATÁSTROFE EN PRESENTE

La primera gran pandemia global del siglo ha supuesto un enorme despliegue de efectos ampliados. Algunos ya conocidos han multiplicado su escala, no pocos han aparecido sin previo aviso y otros cuentan con una larga trayectoria, entre los que destaca la sensación compartida de «fin de época». ¿Qué instituciones sociales, económicas y políticas van a constituir la nueva época? ¿Cómo se va a desarrollar en el tiempo? ¿Cuáles son los imaginarios de lo que está por venir? Toda una lucha social se abre ahora, tanto en lo micro como en lo macro, que definirá las respuestas a esas preguntas. Por lo pronto, se acumulan los bocetos con imágenes de posibles futuros, sean utópicos o distópicos, para intervenir en el presente. A la par, se aviva la contienda por los recursos y por conquistar poder político. Aquellas personas, instituciones o territorios que dominen esas dimensiones materiales y simbólicas tendrán más capacidad para condicionar —si no determinar— cómo será esa «época» y sus formas de gobierno.

Lo cierto es que estamos frente a la muerte de un viejo mundo que todavía carece de imaginarios para el nuevo mundo que debería estar surgiendo. Los monstruos que van apareciendo en el claroscuro transicional parece que van llegando para quedarse. Transición y decadencia se encuentran fundidas en la indeterminación, mezcladas hasta ser una y la misma cosa. Las aristas de esta transición son infinitas y se mezclan con diagnósticos y perspectivas que dependen de diferentes escalas geográficas y de múltiples configuraciones sociales. Resulta difícil entonces encontrar un discurso uniforme y coherente sobre lo que está pasando.

Mientras, salida de los debates marxistas que resistieron al auge cultural neoliberal, la cuestión sobre el fin del capitalismo ejemplifica no tanto el *caldo primigenio* como el *puré crepuscular* donde se sumerge la dinámica histórica de la modernidad. Entre tanta confusión, la extensión del debate sobre el fin del capitalismo corre el riesgo de convertirse en el cajón de sastre donde meter cientos de rasgos del mundo en transición. Más que un asunto complejo debido a su tecnicismo, como pasa con las explicaciones sobre la transición del feudalismo al capitalismo, puede ser una discusión acerca de todo y de nada.

Algunas cuestiones nos pueden ayudar a aclarar un poco este escenario borroso. Para analizar este momento histórico tal vez resulta tan importante separar *transición* y *decadencia* como aceptar que *fin del capitalismo* y *emancipación* no son sinónimos. Las evidencias sobre si vivimos en algo que ya no podemos llamar capitalismo no deberían aportarnos más o menos sentimientos reconfortantes o decepcionantes sobre un futuro emancipador. De igual forma que un mundo sin Dios, decía Nietzsche, puede ser tan represivo y oscuro como el gobernado por la divinidad, no cabe esperar menos de un mundo en el que la producción capitalista no sea central.

La buena noticia es que no es lo mismo enfrentarse a un poder naciente y vigoroso que a uno en decadencia. Es diferente una estructura de poder que considera la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y la naturaleza como «malas decisiones estratégicas» que deben equilibrarse con políticas públicas y desarrollo tecnológico, que una guiada por el imperativo del beneficio creciente que redobla la explotación y la dominación para mantener su estatus. En la primera es donde se intenta enmarcar a los Green New Deals y otras estrategias variadas de «reformas para conservar». La segunda estructura de poder es conocida

como capitalismo histórico. No tardan en asomar las malas noticias puesto que, fuera de los discursos, ambas estructuras de poder no solo están lejos de ser contrarias, sino que son la misma. La única duda que abre la solución verde es si, más que el fin del capitalismo, presenta el cierre de *un* capitalismo o si acaso vamos a vivir para ver los primeros pasos hacia un modo de producción sin predominio del capital en el cual la dominación y la explotación siguen siendo centrales. La historia ofrece varios ejemplos.

Así las cosas, el debate sobre el fin del capitalismo no es puramente nominalista, sino que depende de cómo se caracterice el momento histórico y sus tendencias para así poder diseñar estrategias políticas. Nada está dado. Lo que venga no está escrito y ni mucho menos consolidado. Sin embargo, caminar por este terreno transicional sin un diagnóstico propio nos puede llevar a echar mano de brújulas trucadas que no solo señalan al Norte, sino que lo sugieren como único origen y destino. Mientras las soluciones verdes tomen al Sur como un repositorio de territorios y fuerza de trabajo barata que explotar, a la vez que como maquila y vertedero del Norte, resulta obsceno asegurar que tengan algo que ver con la prosperidad de las generaciones presentes y futuras. Frente a la profunda crisis del capitalismo y la oscuridad de sus alternativas, necesitamos seguir produciendo imágenes y análisis colectivos para construir movimientos emancipadores conectados a escala global.

Intentando aportar algo en esa dirección, los bloques que siguen tienen como objetivo acabar de situar los contornos políticos de la solución verde capitalista ya desarrollados a lo largo de este trabajo. En primer lugar, desglosamos algunas tendencias de la economía global que definen este periodo transicional. En el segundo bloque, retomamos los enfoques del Antropoceno y el Capitaloceno para definir este cambio de época. En tercer lugar y para finalizar, situamos algunos espacios de conflicto que, en mayor o menor medida, ya marcan las agendas políticas de los movimientos. Nuestra intención no es que esos últimos puntos se interpreten como un golpe en la mesa o un *ya te lo dije*. Ni siquiera que suenen novedosos. Más bien al contrario, intentan estirar algunos hilos históricos que creemos tiene sentido recuperar para aprender de ellos y aportar algunas ideas al debate, asumiendo que cualquier avance de hipótesis política solo puede ser tentativo.

## 4.2 TENDENCIAS DE LA ECONOMÍA-MUNDO

Si bien nos hallamos en un momento en que sentir perplejidad no solo resulta lógico sino también sensato, a la vez parece evidente que sobre la estructura de la economía global están avanzando cambios de gran calado sin vuelta atrás. Al menos cuatro procesos relacionados vertebran estos cambios.

### 4.2.1 Estados Unidos, un capitalismo sin amo

La potencia norteamericana ha ido extendiendo su poder a través de sus compañías multinacionales y, en siguientes fases, con el dominio del dólar-petróleo a través de sus mercados financieros. En la actualidad, existe un sinfín de datos y evidencias que muestran la trayectoria decadente del único tipo de capitalismo realmente existente, el dominado por Estados Unidos. Un capitalismo que pierde al agente central que lo sostiene tiende a la turbulencia y solo permanece parcialmente vinculado a sus arreglos institucionales concretos. En tanto que

potencia continental, la economía norteamericana se estructura a partir de una división del trabajo análoga a la de una entidad transnacional como la Eurozona. Desde el punto de vista de la producción capitalista, en el territorio estadounidense, al menos tres cuartas partes de esa división del trabajo interna de tamaño continental están en abierto declive.

Al mismo tiempo, sigue siendo enorme la riqueza social, organizativa e intelectual con la que Estados Unidos ha sido primera potencia durante el siglo XX. Las grandes universidades estadounidenses prometen, sin mucha discusión, seguir siendo el foco central de la transmisión de saberes reglados de todo el mundo.

Desde el punto de vista de los movimientos antisistémicos, el territorio estadounidense es y promete seguir siendo el lugar donde, en última instancia y como síntesis de un conflicto de escala global y local, se decida el futuro del planeta. Siendo todavía difícil diferenciar el fin del capitalismo del fin del mundo y sin alternativa construida o con ella, los contornos del sujeto político que derroque al viejo régimen ya están en formación. Esto, por supuesto, no quiere decir que todos los conflictos significativos que vamos a presenciar en los próximos años vayan a tener lugar en Estados Unidos, ni siquiera la mayoría, pero sí que buena parte de ellos van a ser planteados desde composiciones sociales y vectores políticos análogos, cuando no semejantes, a la naciente pluralidad del sujeto emergente norteamericano. Un sujeto juvenil en buena parte surgido en el cruce entre los movimientos antirracistas, decoloniales, *queer*, o el movimiento por el clima; y que bebe de otros legados como las expresiones aún vivas del ciclo antisistémico del 68 (el feminismo, el ecologismo, el sindicalismo autónomo o los movimientos urbanos), leídas ahora desde una nueva óptica.

Mientras se conforman esos sustratos sociales, el *hegemon* económico se desploma poco a poco. Un aspecto que ilustra esa erosión, tal vez coyuntural y escénico, pero no menos explicativo, es la relación entre el desinflatismo de Trump y China. Por sus efectos ideológicos y comunicativos antes que económicos, Trump eligió a China como enemigo externo para teatralizar un asalto a la recuperación de la hegemonía global perdida. Sin embargo, en la gestión planetaria de la pandemia China ha marcado las políticas de contención de la inmensa mayoría de países del Occidente capitalista, poniendo en evidencia a Trump y sumando puntos para su derrota. Trump no perdió por China, pero China ganó con Trump.

Pocos días después de su elección como nuevo presidente de los Estados Unidos, Joe Biden reincorporó al país en el acuerdo climático de París y presentó un programa de inversión que se nutre del Green New Deal defendido por Ocasio-Cortez. La promesa es financiar parte de ese programa con el aumento de las cargas impositivas sobre las rentas más altas y las rentas del capital. La estrategia integra todas las contradicciones de los planes de *reformas para conservar* (ver capítulo 3). Más allá de esos límites evidentes, el plan de Biden supone un intento de contrarrestar la creciente hegemonía de China y, como detallamos más adelante, refuerza un ciclo de economía global público-privada. «El Consenso de Wall Street» avanza, con su plan de conversión de la naturaleza en activo financiero.

#### 4.2.2 China y su ascendente dominio

El mundo ha acelerado el desplazamiento de su centro de gravedad hacia Asia. Un año después de la irrupción del coronavirus en Wuhan, ciudad modelo del nuevo keynesianismo chino, la posición económica dominante en el mundo toma tintes asiáticos. La tranquilidad de las autoridades chinas, que se mantuvieron fieles a su estilo de expansión silenciosa frente a los constantes ataques de Donald Trump, tiene su explicación en las gigantescas reservas de dólares almacenadas durante décadas. Ganar a la potencia hegemónica siendo su mejor cliente es una estrategia propiamente china que marca las especificidades de esta transición.

Antes de que los efectos multiplicados de la pandemia fueran una preocupación en la Casa Blanca, China ya había logrado presentar una imagen de resolución de la crisis, dejando al gobierno de Trump completamente desorientado. La distancia simbólica entre uno y otro modelo ya no puede dejar de ampliarse, visibilizando un creciente dominio asiático en la reconfiguración de fuerzas.

A estos indicios hay que sumar otros que desbordan lo simbólico. En el plenario de las Naciones Unidas de septiembre de 2020, Xi Jinping bendijo el camino hacia el capitalismo verde, sumando fuerzas para la consolidación de China como capitalista colectivo global en el escenario de la producción. La base de su discurso se apoya en las directrices aprobadas en el decimotercer Plan Quinquenal (2016-2020), donde el *desarrollo verde* es uno de los principales conceptos y se promete disminuir las emisiones de CO<sub>2</sub> un 18%. Sin embargo, China es el mayor contribuyente neto al aumento de las emisiones en los últimos treinta años, un aspecto enfatizado con hipocresía por las potencias occidentales que la señalan como principal responsable del cambio climático. Sin negar su contribución a la aceleración del cambio climático es necesario contextualizar que la China anterior a 2008, centrada en el control de la manufactura de exportación a partir de trabajo de baja cualificación, fue la vía por la que las empresas capitalistas occidentales buscaron la reducción de costes salariales y ambientales. La intervención de Xi Jinping en septiembre de 2020 aclara el papel de China en el nuevo orden. Si el mundo decide entrar en un ensayo de capitalismo verde, la industria china será la proveedora de los medios para hacerlo. Ya sin dependencia tecnológica de Occidente ni tutela sobre sus centros de diseño y organización, la producción china resultará determinante para cualquier intento de reanudar la acumulación de capital a partir del cambio hacia tecnologías de sustitución de los combustibles fósiles. En la producción de las nuevas tecnologías de energías renovables —pilar en los programas de transición energética dominantes— China ha abaratado y aumentado extraordinariamente su capacidad productiva por unidad de trabajo. Lejos quedan los tiempos que definían el capitalismo verde como una estrategia para el crecimiento del empleo y la reindustrialización en Europa y Estados Unidos.

La estrategia de China no supone cambiar su modelo productivo. El objetivo es diversificar la economía, afrontando la sobrecapacidad generada en las industrias tradicionales como el acero y el carbón. La estrategia es intentar ampliar su modelo hasta ser la potencia líder en todas las ramas posibles de la producción del capitalismo, sea tipificado como marrón, verde o rojo. La adopción de los Acuerdos de París y la fijación del objetivo de neutralidad de emisiones para 2060 están sirviendo para que China, y con ella los países asiáticos, aminoren su dependencia del carbón. Operación que forma parte de la puesta en marcha

del nuevo sistema financiero abierto a los flujos financieros transnacionales que ha organizado el gobierno chino y que permitirá la quiebra de las empresas públicas sobreendeudadas de este sector, así como la atracción de las masas de liquidez orientadas a las tecnologías ambientales y de reducción del cambio climático que inundan los mercados financieros. A su vez, China avanza con su estrategia de inversión titánica en grandes infraestructuras con el proyecto *One Belt, One Road*, una Nueva Ruta de la Seda del siglo XXI formada por una red de conectividad con corredores económicos marítimos y terrestres entre China, Eurasia, Oriente Medio, Europa y África.

En definitiva, China se mantiene en el pulso por dominar las finanzas, es el mayor productor industrial y manufacturero del planeta, se ha convertido en el principal proveedor en sectores tecnológicos punteros y busca además afianzar su capacidad competitiva en el comercio mundial con nuevas redes de infraestructuras superando las antiguas fronteras nacionales y delimitaciones geográficas. A día de hoy, no hay territorio capaz de competir con China en ámbitos de producción ligados a las renovables o, entre otros, la movilidad baja en emisiones de carbono.

#### 4.2.3 Europa, crisis solapadas

Europa, en concreto la Eurozona, vuelve a tener todos los elementos para ser la pieza de la triada de centros del poder capitalista que se lleve la peor parte en los conflictos intercapitalistas que van a jalonar el futuro económico. A los rescoldos de la crisis de la Eurozona se suman las normas del Tratado de Maastricht, que elevan la austeridad a la categoría de viga maestra de la unificación. Solo parece haber un único discurso monocorde en los ministerios de Berlín y en las Direcciones Generales de Bruselas. Un discurso sobre el crecimiento basado en la productividad del trabajo que se supone financiará el modelo social europeo y que generará los recursos económicos que paguen los astronómicos niveles de endeudamiento público actual. El problema es que la productividad del trabajo es un zombi en Europa desde hace treinta años.

Europa mantuvo un modelo de reproducción social asociado al predominio de lo público y vinculado a las figuras del trabajo y del capital en el proceso productivo de la manufactura mientras sus grandes fábricas prácticamente desaparecían dejando paisajes sociales y territoriales destrozados a su paso: un drama solo retrasado en sus tiempos de despliegue por las subvenciones públicas para retener industrias en el territorio. Se podría argumentar que Alemania es el contraejemplo. Ahora bien, hay que tener en cuenta que las reorganizaciones de la división europea del trabajo, incluida la más reciente y actualizada en los rescates a Grecia y a España, han estado dirigidas a concentrar la capacidad industrial de exportación en Alemania mediante mecanismos antes estatales que de mercado.

Los efectos del *welfare* europeo están casi totalmente desvinculados desde los años setenta de las luchas de clases. El propio modelo europeo ha logrado encajar y contener esas pugnas en los espacios nacionales, combinando los efectos de las reestructuraciones de la división europea del trabajo con la extensión de los mecanismos de negociación colectiva a los países del sur y unas cadenas de mando regidas por el *principio de subsidiariedad*. Es decir, al ser más cercanas al ciudadano, las escalas regionales, nacionales y especialmente las locales son lanzadas a su suerte para cargar con las responsabilidades políticas y las deudas

económicas que genera el modelo de Maastricht. En el sur europeo, bien sea por responsabilidad política o por no quedarles más remedio, las administraciones locales cargan con el peso de responder a todo tipo de problemas sociales, sean nuevos o recurrentes, sin contar con más recursos ni competencias. Más bien al contrario, deben hacerlo en un marco de austeridad y disciplinamiento económico diseñado bajo una gobernanza opaca y jerárquica.

A diferencia de Estados Unidos, Europa dispone de un gigantesco sistema público de asistencia, seguros públicos de salud, sistemas de pensiones, seguros de desempleo, redes de transporte, educación, etc. No sin pocos vaivenes, este modelo ha resistido a la arremetida privatizadora de Maastricht. Sin embargo, durante los últimos años, el mantenimiento de los sistemas de protección pública no se ha acompasado con la productividad del trabajo, sumida en un verdadero coma. Desde una vertiente económica, el resultado es que los sistemas públicos han sido financiados o bien a costa de las menguantes tasas de beneficio privadas o bien a costa de la capacidad de consumo de la gran clase media fordista. En su aspecto político, más que como un derecho colectivo inalienable, la sanidad pública se ha presentado como una dádiva otorgada por el Estado a sus usuarios.

En la actualidad inmediata, Europa se encuentra en un momento muy delicado con respecto al trabajo productivo. El abuso de las transferencias de fortísimas sumas de dinero público para evitar que los empresarios apliquen despidos en masa excede lo que se supone es una respuesta interna a un shock rápido. Nos referimos a los ERTE en España, también aplicados en gran parte del continente bajo otras denominaciones. La pérdida aún mayor de nichos de rentabilidad para la producción por la acelerada migración de capital a Asia durante 2020 va incrementando los costes públicos. Al gasto por mantenimiento de las empresas se suman los costes futuros de un ajuste competitivo cada vez más profundo y temido por unas elites empresariales europeas cada vez más atrincheradas en las distintas escalas del Estado.

Simultáneamente, el modelo de gestión del mercado de trabajo basado en la precariedad estructural es una máquina de individualizar y atomizar las muchas franjas laborales que escapan a la presencia sindical tradicional. La tendencia al crecimiento de la figura del trabajador autónomo desvinculado de una estructura empresarial no parece que vaya a frenarse, más bien al contrario: la categoría va a ampliarse en número y a estirarse notablemente en su significado. La figura del autónomo promete extenderse en la economía posicional y jerárquica mediada por las finanzas y el crédito que se perfila como salida a esta crisis. Comparada con ese mar de trabajadores que solo acceden puntualmente a rentas salariales, la pertenencia contractual a la empresa parece cada vez más un mecanismo de asociación minoritario y privilegiado. La distancia entre el trabajador de la gran empresa privada y el alto funcionario del Estado se va a reducir todavía más, al tiempo que no van a dejar de crecer las diferencias de ambos perfiles con la masa de trabajo excedente y desvinculado.

No parece probable que haya un nuevo *diktat* generalizado de austeridad, no al menos en los términos en los que los conocimos en la crisis de la Eurozona. No parece que volvamos a la situación de una Alemania visiblemente al mando de operaciones punitivas en forma de rescates —visible y ejemplarizante en el caso de Grecia, camuflada y amenazante en España— y con el control absoluto de ese conciliábulo informal llamado «Eurogrupo», del BCE y de la Comisión Europea.

El apoyo decidido del FMI de puertas para afuera completaba el despliegue de apoyos y clientelas de la Alemania dominante en 2015. En 2021, las opciones de control de Alemania sobre la maltrecha Eurozona siguen siendo elevadas, pero son numerosos los motivos para creer que el ejercicio de estas opciones va a ser más prudente que en 2008.

El shock político que ha supuesto el Brexit es el elemento de desprestigio de la Unión Europea de mayor calado popular, y también lo es indirectamente para Alemania como poder hegemónico regional. El miedo a una variante local del rechazo a la Unión Europea atenaza a cada uno de los países miembros, acostumbrados a que una esfera supraestatal que se presenta como neutral y no discutible sea la baza legitimadora para la aplicación de medidas de reestructuración, privatización y ajuste. El uso punitivo del Banco Central Europeo por parte de Alemania durante la negociación del tercer tramo del rescate a Grecia no gustó a todos por igual. En consecuencia, el BCE ha ido desarrollando una serie de mecanismos que le han garantizado una independencia relativa del mando directo alemán. El principal mecanismo ha sido una creciente vinculación a la política monetaria ultraexpansionista de la Reserva Federal de EE. UU.

Pero quizá el elemento central de esta nueva crisis europea que la distingue de la anterior sea la imposibilidad de contener los efectos de las políticas de austeridad dentro de los países del sur, y su salto a la escala continental. Las consecuencias de casi dos décadas de políticas de austeridad se sienten en toda Europa en forma de desbordamiento de la sanidad pública y, en última instancia y de forma derivada, también de la educación pública y los servicios sociales. La demanda de servicios sanitarios durante la pandemia ha desbordado por completo los hospitales y consultorios de salud. Alemania, buque insignia de los sistemas sanitarios continentales, también ha padecido las deficiencias de su sistema sanitario. El problema en el caso alemán no son los medios materiales, sino la falta de personal sanitario en un país que, desde la «reunificación», ha reducido cuanto ha podido los costes laborales.

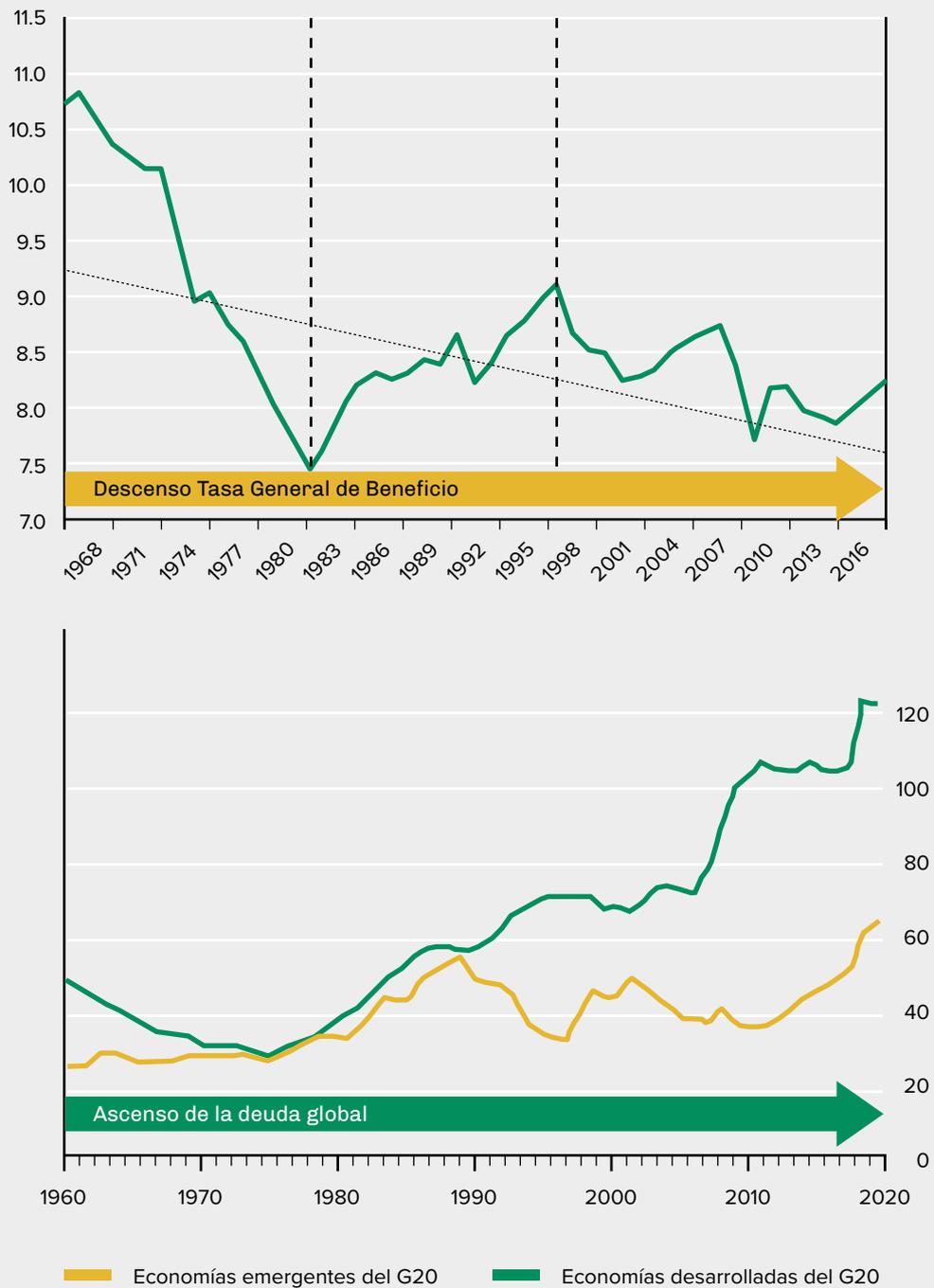
El *expertise* financiero global maneja el término *japonización* para designar la nueva amenaza que vive Europa. Este tecnicismo se refiere a la trayectoria de Japón cuando, a mediados de los años ochenta, deja de ser la pujante potencia industrial exportadora que compite con la economía estadounidense. Tras ser obligada por Estados Unidos a revalorizar el yen, una enorme burbuja inmobiliaria amplía el desequilibrio en la balanza comercial japonesa. La peculiaridad del modelo japonés es que las enormes cantidades de deuda privada y pública que permanecieron una vez pinchada la burbuja nunca fueron ejecutadas. Lo que ha sostenido la economía japonesa, si bien en una atonía generalizada, pero a flote, ha sido un programa para mantener unos bajísimos tipos de interés y una expansión monetaria casi permanente. La *Quantitative Easing* (expansión cuantitativa), tan presente en la Unión Europea, tiene de alguna forma origen japonés. En el fondo, ese mensaje de *japonización* de Europa adjunta un archivo de ejecución de las masas de deuda actuales y la necesidad de rehacer el beneficio financiero con una ronda global de austeridad, privatizaciones y externalizaciones y con un ataque a los sistemas públicos de pensiones. Una vez perdido el control de la producción, ahora radicada en China y los países asiáticos, a Estados Unidos y a Europa no les queda más que la acumulación por desposesión para recomponer el poder de las finanzas y, desde ahí, el de las estructuras de dominio y explotación que someten todo el proceso social y ambiental a la disciplina de mercado.

#### 4.2.4 Economía global público-privada

Relacionado con diversos aspectos de las tendencias anteriores se asienta un proceso vertebral: tres cuartas partes del aparato productivo y de los mercados financieros globales están hoy incrustados en el Estado. La economía global propiamente privada ha dado paso a un ciclo de economía global público-privada. Uno de los ejes sobre el que pivota la situación actual es el uso indiscriminado por parte de los Bancos centrales del *helicopter money* al que se refería Milton Friedman, con sus mareantes programas de compra de activos, bonos y acciones para inundar de liquidez los mercados financieros. La trayectoria de la relación deuda-PIB mundial en los países del G-7 es ilustrativa. Debido al océano de intervenciones para mantener a flote las economías, la deuda mundial ha aumentado del 85% del PIB en 2005 al 140% en 2020. Es una trayectoria que viene de lejos: el ascenso disparado de la deuda global no cesa desde inicios de los años setenta, en paralelo y ligada al descenso de la tasa de beneficio (ver Gráfico 4.1).

En la actualidad, estas rotundísimas intervenciones público-privadas a cargo de los Bancos centrales bajo la batuta de la Reserva Federal han evitado una crisis financiera, pero a su vez diluyen cualquier expectativa de repuntes significativos de la rentabilidad financiera a corto plazo. Tal momento de *impasse* se ha movido al son de las campañas de vacunación, mientras se espera que los programas de «reconversión» o de «transición» puedan absorber las masas de capital mantenidas en expectativa de valorizarse y que no han entrado en quiebra gracias a la acción de la Reserva Federal y del Banco Central Europeo. La acción de ambas entidades ha espantado la aparición de episodios de *carry trade* o de explotación de los diferenciales de prima de riesgo. Esto ha ocurrido tanto en los mercados de deuda soberana de la Eurozona como en el mercado de bonos corporativos, rescatado por la Reserva Federal incluso a través de la compra de bonos basura de empresas norteamericanas.

**Gráfico 4.1.** Tasa general de beneficio y deuda global (mediana de la deuda respecto al porcentaje del PIB)



Fuente: Michael Roberts (2020) y Armstrong, R (2020)

El goteo de noticias relativas a las posiciones de poder del dólar y el petróleo muestran cómo se tambalean los dos puntos centrales del modelo de globalización posterior a 1973. Entretanto, en China se abren mercados financieros internos, con posiciones ya tomadas por parte de BlackRock y Goldman Sachs. Así las cosas, la única salida para las finanzas globales es la ejecución de las enormes masas de deuda arrastradas desde antes de la pandemia y multiplicadas después. La consecuencia es que, dicho de forma sencilla, el combo *capitalismo verde* —sea cual sea su forma final— y *austeridad* va a desplegarse en toda su magnitud ante nuestros ojos.

A día de hoy, ya podemos encontrar al nuevo CEO de Wall Street que domina el lenguaje de las ONG negociando sus posiciones con el gestor estatal o europeo. En la medida en que el sector público y los buques insignia de las empresas privadas van a fusionarse aún más, parece poco relevante si las posiciones gerencialistas se mantendrán dentro o fuera del tradicional aparato de Estado. El carácter más estatal o financiero de las alianzas público-privadas dependerá de si los beneficios vinculados a la «transición verde» son nominalmente privados aunque, eso sí, se obtengan a partir de la acción monopolista del Estado y supongan transferencias de recursos colectivos hacia el sector privado.

Todavía queda en el aire saber cuál será la entidad y el conjunto de alianzas que ejecuten la masa de deuda global y cuáles serán las posiciones políticas frente a este ajuste. Lo que no es un enigma es el papel fundamental que ya está tomando el Estado. Sin su acción de ajuste de mercado a la capacidad productiva viable, caería toda la estructura de dominio capitalista en la medida que las poblaciones excedentes (desde el punto de vista asalariado) superarían a las posiciones sociales aún productoras de plusvalor. Sin el control del mercado de trabajo ni de los medios sociales de producción y sin aumentos en la productividad del trabajo, se desploma el edificio del poder capitalista privado y queda desnuda la formación originaria, esto es, el Estado fiscal y represivo moderno. Ese era uno de los mensajes fundamentales de Marx en *El capital*. De la misma manera que la nobleza feudal buscó resguardar sus poderes al concentrarlos en la figura de los monarcas absolutos, la clase capitalista financiarizada va a buscar al Estado, concentrando y centralizando su poder en su estructura decisional.

Estas tendencias, en suma, revelan hasta qué punto el capitalismo está agotando su régimen económico de *longue durée*. En el fondo de todas las estrategias, regulaciones y procesos hay un mismo problema por resolver: la extracción de plusvalor y el saqueo gratuito de recursos naturales, energía y trabajo humano no remunerado ha entrado en una espiral de encarecimiento y por momentos de inviabilidad que está poniendo en apuros la reproducción ampliada del capital. Desde hace varias décadas, este proceso produce más costes que ventajas a la mayoría de la población mundial. Una de las expresiones de esa forma de *valor negativo* a la que ha llegado el capitalismo histórico es el calentamiento global que amenaza la vida en la Tierra, pero antes y de forma más inmediata es una amenaza para la propia acumulación capitalista. Es precisamente frente a la imposibilidad de mantener a flote la tasa de beneficio y frente a la clara materialización de las contradicciones capital-naturaleza por lo que las fuerzas capitalistas plantean su solución verde.

Si tomamos estas dinámicas mínimamente en serio, resulta incoherente en términos analíticos, y sobre todo confuso en términos políticos, seguir señalando el comportamiento de «la humanidad» como principal factor corrosivo de la actual era geológica. En el primer capítulo ya hemos situado los debates de fondo sobre el enfoque del Antropoceno. Para acabar de situar la perspectiva política que proponemos, retomamos esa discusión sobre la relación entre seres humanos y naturaleza y el tipo de época que se deriva.

### 4.3 LA NATURALEZA DEL CAPITALOCENO

En el pensamiento ecologista crítico tradicional, la defensa política de los ecosistemas y sus funciones frente a la rapiña humana se ha ido dibujando como una esfera autónoma. Al parecer, el conflicto humanidad-naturaleza está despegado de cualquier forma de conflicto social entre los miembros de la especie humana, que ejercen su poder sobre la naturaleza como un bloque unificado y homogéneo. Tal y como se ha codificado desde los años sesenta hasta la actual crisis, resulta que la naturaleza es indiferente a las estructuras y relaciones de poder internas de los humanos.

En este punto, es importante diferenciar ecología y ecologismo, puesto que no son la misma cosa. La ecología es una especialidad científica nacida a principios del siglo XX con el objetivo de estudiar las relaciones entre las distintas partes de un sistema biofísico. El término ecosistema, utilizado por primera vez en 1935, describe un espacio de flujos entre sus elementos que se define por las dos leyes de la termodinámica: la materia no se crea ni se destruye, solo se transforma y en esa transformación tiende a la disipación de energía y materiales (la ley de la entropía, responsable teórica del agotamiento de los recursos naturales). Ramón Margalef y Eugene Odum dieron forma cibernética y cuantitativa al análisis ecológico y construyeron una noción de ecosistema basada tanto en los elementos sistémicos como en un permanente flujo de información y energía entre las partes que lo componen. El movimiento ecologista, a diferencia del ambientalista o conservacionista, es muy anterior a la aparición de la ecología.

El ecologismo se presenta desde el primer momento como una política de los desequilibrios ecosistémicos ocasionados por una de las partes que componen estos ecosistemas: los humanos. En una deriva fáustica, los humanos habrían creído que a través de la tecnología podían someter los ecosistemas a los caprichos de sus modos de vida, asociados tanto a la variante productivista como a la consumista. Como resultado de esta deriva, los equilibrios dinámicos de los ecosistemas han sido desbordados y el ecologismo político es la posición que implica una movilización social para la vuelta a unos niveles de equilibrio de la presencia humana en la biosfera.

#### 4.3.1 ¿Una política de la naturaleza?

Al entrar en esta esfera ecológica y cultural de la especie humana, esto es, en sus modos de vida y comportamiento respecto a su entorno, el ecologismo da un uso político específico al término *naturaleza*. Al menos hay dos límites en esta concepción de la naturaleza que, más allá de las consecuencias teóricas, conllevan efectos políticos. El primer límite remite a la idealización de la naturaleza y el segundo a las relaciones de poder existentes en el conflicto capital-naturaleza.

**I. Una noción idealizada y estetizada de la naturaleza.** A menudo se presenta la tarea política de corrección de los desequilibrios ecológicos como un mandato de la naturaleza. En la versión última que puede producir más malentendidos, la naturaleza nos lanza mensajes para su socorro y nos recuerda la relación armónica que en otro tiempo manteníamos con ella. Tal idealización se nutre de una sensación de pérdida. En las migraciones a las ciudades industriales, los nuevos habitantes urbanos perciben la naturaleza como objeto de deseo. Para las masas trabajadoras migrantes del campo a la ciudad, la naturaleza queda como la marca de la pérdida de los medios de subsistencia, la privatización de las tierras comunales y de la comunidad rota. La naturaleza extraviada y estetizada, en tanto resumen de la sujeción al mecanismo salarial, responde a un proceso de desarraigo que se renueva en cada desplazamiento del capital en busca de nuevos territorios de explotación barata. La naturaleza también es un objeto de consumo mercantilizado. La producción y venta de medioambientes turistizados puede llegar a dilapidar los recursos sobre los que se sostienen esas operaciones. La destrucción de los ecosistemas litorales, puntos vitales de intercambio entre las masas continentales e insulares y los océanos y mares, se produce con el predominio creciente de los usos de suelo que implican su sellado o artificialización, erosionando su riqueza y productividad ecosistémica. La expansión global del urbanismo difuso durante los años de la burbuja inmobiliaria entre 2001 y 2007 supuso un consumo desmedido de suelo y de recursos. Desde el punto de vista ideológico, esta expansión obedecía a una estética de la vida en contacto con la naturaleza, orientada a las clases medias y altas. En la práctica, la gama de visiones estético-ideológicas de lo natural se jerarquiza conforme a los precios del suelo en la medida que uno u otro entorno responden a una mayor o menor calidad natural percibida. Neil Smith y David Harvey han explicado de manera detallada que cada ciclo de acumulación capitalista crea unas relaciones espaciales a su medida. A su vez, estos procesos también crean y se nutren de representaciones mercantilizadas y estetizadas de cada naturaleza específica.

**II. El Antropoceno y las relaciones entre los seres humanos y sus entornos.** La intención de los pioneros del Antropoceno era llevar a cabo uno de los grandes proyectos del ecologismo político: terminar con una visión antropocéntrica del mundo en la cual el ser humano es la medida de todas las cosas. La contradicción fundamental e irresoluble de esta perspectiva crítica es que necesita legitimar y con ello reproducir una concepción del Ser Humano como entidad abstracta y unificada. La paradoja es que el diagnóstico y discurso del Antropoceno es profundamente antropocéntrico. Por el camino, al intentar atrapar nuestra era en un marco que idealiza la naturaleza, normaliza relaciones de poder y de esta manera malentende los conflictos, se iguala lo desigual, se homogeneiza lo heterogéneo y se inunda de espiritualidad al sujeto político del cambio. El grito revolucionario sería algo así como: «¡humanos del mundo, uníos para salvar a la Naturaleza!». Por biensonante que parezca, esta consigna camina sobre todo tipo de equívocos. Las relaciones de poder y dominación sedimentadas históricamente entre los propios sujetos humanos, así como entre territorios, especies y seres humanos quedan naturalizadas, lo que en la práctica significa que quedarían completamente borradas. En las visiones más vulgares del Antropoceno, la acción y responsabilidad del 1% más rico parece exactamente igual que la de cualquier otro ser humano, pese a que ese grupo social exclusivo emite más del doble de CO<sub>2</sub> que la mitad más pobre. Una de las principales causas de la pérdida de biodiversidad, un 87% desde 1970, es el desarrollo del modelo agroindustrial, pero resulta que «los humanos» tenemos

la culpa. Si vives en Ghana, país al oeste de África donde se ubica el vertedero de desechos electrónicos más grande del mundo, parece que es igual que si vives en cualquier capital europea, donde el consumo tecnológico per cápita se dispara. Lo cierto es que la división internacional del trabajo no solo convierte en proveedores baratos (de materia prima y de mano de obra) o en vertederos a los países del Sur Global, sino que los territorios que menos GEI emiten son los más vulnerables a los impactos del cambio climático. El Antropoceno corre el peligro de integrar a cualquier persona y territorio dentro de la «humanidad» definida como causa, borrando las relaciones de poder y las desigualdades sociales y espaciales y, en general, las profundas dinámicas de injusticia y desigualdad entre clases sociales y territorios.

En las formas de organización de la producción y el consumo dominantes, las relaciones entre humanos, territorios y especies no solo están lejos de ser equilibradas, sino que tienden a formas jerárquicas y a procesos de apropiación y explotación. Esas relaciones no funcionan sobre una Naturaleza abstracta, atemporal y estática, sino que producen a la vez que son condicionadas por naturalezas históricas. Se trata entonces de naturalezas concretas e históricamente cambiantes, marcadas en sus diferentes fases por las interacciones metabólicas previas entre sus elementos humanos y no humanos. Lo que existe tras las mayúsculas de *Ser Humano* y *Naturaleza* no son instancias aisladas entre sí que entran en combates teológicos, sino más bien un continuo entre fenómenos biofísicos y fenómenos políticos entrelazados. Desde esa perspectiva, podemos llegar a una ecología política centrada en la vida histórica concreta, con medioambientes, especies, personas y comunidades sometidas al muy concreto poder del capital y a sus sistemas de propiedad asociados.

#### **4.3.2 Por una ecología política de la vida**

Lejos del naturalismo descriptivo del Antropoceno, el Capitaloceno enmarca una era dominada por el capital, sin abstraerse de las relaciones históricas de capital, clase e imperio. El capitalismo ha organizado relaciones estables entre los seres humanos y *el resto* de la naturaleza en búsqueda de un proceso de acumulación incesante.

Frente a esa ecología del capital en crisis, pero todavía hoy dominante, que moldea casi a su antojo la actual naturaleza histórica, necesitamos desarrollar hasta el límite la única manera que tenemos para transformar nuestro entorno: la subjetividad y la acción humana. La pregunta es qué tipo de acciones humanas podemos imaginar y organizar para que lo que venga no sea una reproducción de esa misma ecología del capital que dilapida toda forma de vida para beneficio de un fragmento privilegiado de nuestra especie.

En una evocadora afirmación, Jason W. Moore asegura que cerrando una planta de carbón se puede ralentizar el calentamiento global por un día, pero cerrando las relaciones que producen la planta de carbón se podría parar para siempre. Nuestra capacidad subjetiva y de acción bien podría enfocarse tanto en entender mejor las formas de apropiación del capital como en la necesidad urgente de transformar las relaciones de propiedad capitalista.

## 4.4 ESPACIOS DE CONFLICTO FRENTE A LAS RELACIONES DE PROPIEDAD CAPITALISTA

Las relaciones de propiedad son el núcleo del modelo de dominio capitalista. El liberalismo ascendente nunca ha tenido el menor problema en rehacer las relaciones de propiedad e imponer nuevos modelos de extracción de rentas, ya sea por la vía de las subidas de precios de compra y alquiler de la vivienda, la privatización de la sanidad pública o la financiarización de las economías domésticas. Durante los años setenta y ochenta, el neoliberalismo apoyado por unas elites empresariales norteamericanas asustadas por las primeras grietas en la posición hegemónica tenía como principal preocupación el establecimiento de nuevas relaciones de propiedad, fundamentalmente vinculadas a distintas formas de apropiación y privatización.

Seguramente no hay mayor defensor y artífice contemporáneo de la articulación entre Estado, crisis y relaciones de propiedad capitalista que Alan Greenspan, quien jamás tuvo el más mínimo problema en declarar que los derechos de propiedad, al ser la institución fundamental para el crecimiento económico, deben ser protegidos por el Estado. Si algo emerge con fuerza frente a la crisis de la ecología del capital es el apuntalamiento de lo que en fases anteriores se presentaba como laboratorio y hoy se extiende con total normalidad. Se trata de la relación directa entre una crisis general y la necesidad de aplicar la fuerza bruta, regulatoria y simbólica del Estado para asegurar los derechos de propiedad capitalista. Tales formas de garantía de beneficio privado auspiciadas por el Estado reflejan hoy de manera cada vez más clara que la unidad de explotación capitalista está compuesta por fuerza de trabajo, energía y recursos naturales. Siguiendo algunas de las dinámicas ya vigentes y avanzando otras en pleno despliegue, enlazamos en diferentes puntos algunos espacios de conflicto frente a la continua reedición de las relaciones de propiedad capitalista.

### 4.4.1 Producción y consumo

Un conocido aforismo asegura que resulta imposible diseñar un sistema tan bueno que no necesite que las personas seamos buenas. Es una idea de Gandhi, elegante y poderosa, que entra en el meollo de la relación entre agencia y estructura. Sea o no cierta, una pequeña inversión de su sentido ofrece un resultado esclarecedor: el problema es que sí hay sistemas tan malos hasta el punto de resultar casi indiferente cómo seamos nosotros. No hace falta caer en el determinismo estructural para percatarse de que al capitalismo histórico no le entorpecen demasiado nuestros *cambios de chip* individuales. Asumir nuestra responsabilidad en los circuitos de consumo para, de forma individual y agregada, ir paliando los impactos medioambientales, es algo que resulta indiferente al imperativo del beneficio incesante.

Frente a la insistente realidad material, resultan algo extravagantes las agendas políticas que aconsejan prepararse para un colapso cambiando nuestros estilos de vida o que se ciñen al diseño de medidas para compensar problemas medioambientales. Sin duda es imperativo reducir las emisiones de GEI y resulta lógico escuchar que los Green New Deal son nefastos, pero sirven para ganar tiempo. Sin embargo, actuar solo sobre las consecuencias deja intactas las causas, que volverán en un futuro cercano con inmensos regalos en forma de viejas y nuevas consecuencias. Repetir una y otra vez este ciclo envenenado no

parece tanto ganar tiempo como tirarlo por la borda. Especialmente cuando las soluciones verdes existentes desplazan la carga de emisiones a las periferias, reproducen el extractivismo neocolonial, se implementan sin arreglo a ningún principio de justicia global, integran procesos de explotación de clase y expropiación recursos a comunidades indígenas.

Desde nuestro punto de vista, la urgencia pasa por definir las causas de la depredación capitalista y organizar luchas que muerdan las relaciones de propiedad. Las estrategias seguro que son múltiples, incluso contradictorias, pero deben estar dirigidas a empujar procesos de desmercantilización y reapropiación, aunque sea en la clave más posibilista y viable. La supresión directa de la utilización de combustible fósil requiere un cambio en los sistemas de propiedad y, sin lugar a dudas, una planificación pública que no solo se desvincule de los oligopolios que controlan la producción y el consumo, sino que pueda llegar a confiscar capital fijo. Nuestra ética individual y el cambio en nuestros estilos de vida tal vez puedan dialogar con esas estrategias. No obstante, el poder de negociación como meros consumidores individuales, incluso asociados en peticiones bajo manifiestos conjuntos, tiene poca capacidad para producir algo más que nichos de mercados ecológicos o, en el mejor de los casos, cooperativas integradas en las formas variadas de capitalismo metropolitano.

Esas tendencias no significan que comprender y politizar nuestras formas de consumo sea un ámbito de lucha menor para cooperativistas concienciados o para rellenar el tiempo de ocio o la cuota de sacrificio de sujetos privilegiados. La espiral de beneficio integrada en el modo de producción capitalista se articula tanto en los circuitos de producción como en los circuitos de consumo. Afirmar que la producción es «más estructural» que el consumo o que la contradicción capital-trabajo esconde la piedra filosofal de los conflictos no son más que fetiches ideológicos. En el proceso de acumulación de capital no hay producción sin consumo en la misma medida que no hay consumo sin producción.

Ambas esferas, de igual forma que la distribución o el intercambio, son diferentes momentos integrados en el circuito de circulación del capital y, en ese sentido, son parte de una misma unidad. Si el valor no puede monetizarse mediante una venta en el mercado, si no culmina su circuito en los procesos de consumo, entonces deja de ser valor. La conclusión es que para el proceso de valorización continua del capital es tan problemático no extraer plusvalor de la fuerza de trabajo como no realizar ese valor en el mercado. Justo ahí entra en juego la ecología del capital. El proceso de valorización circula *a través* de la naturaleza: la organiza para apropiarse de trabajo y energía de todo el planeta y la integra en la espiral de beneficio. El valor se produce, realiza y reparte sobre procesos de producción, intercambio, consumo o distribución. Las crisis, sean consideradas endógenas o exógenas, se producen debido a bloqueos en cualquiera de esos momentos de circulación del capital. Si algo nos muestran las salidas capitalistas a las crisis anteriores —y sin duda es algo que se despliega en la crisis actual— es que, para superar esos bloqueos, el capital se ha apropiado cuanto ha podido de las esferas de la reproducción social.

#### 4.4.2 Reproducción social

El capital se enfrenta a múltiples contradicciones: entre otras, no garantiza condiciones dignas para la mayoría de cuerpos que explota y destruye los ecosistemas de los que se nutre. Eso no significa que, en breve, la acumulación de

capital se detendrá por sí sola. Para el ecologismo, la contradicción capital-naturaleza conduce a un colapso civilizatorio. El capital, en cambio, define la naturaleza como un combustible externo, un activo o un bien de capital al que hay que cuidar para explotarlo mejor compensando las «externalidades negativas». Para el capital y, en realidad, para quienes lo acumulan, la relación capital-naturaleza es una colaboración que produce desajustes que no solo es posible solucionar, sino que abren oportunidades de mercado. Para sostener la circulación de capital, más allá de la producción o el consumo, la espiral de beneficio debe capilarizarse y penetrar en las esferas de la reproducción social.

Los Estados dominados por el capital deben mantener y ampliar los nichos de beneficio en la reproducción social a través de procesos constantes de apropiación, privatización y subcontratación. Vivienda, trabajo doméstico no remunerado, sanidad pública, educación superior, recursos naturales o servicios ecosistémicos, todo queda sometido a los ciclos de acumulación por desposesión. Frente a la caída tendencial de la tasa de ganancia, las salidas del capital pasan por aumentar la función económica no retribuida salarialmente, fragmentar los mercados laborales conforme a su estructura de costes (bajo criterios de género, raza y nacionalidad) y exprimir los procesos de acumulación por desposesión, saqueando los ecosistemas biofísicos y urbanos. De la misma manera que los desastres medioambientales generan oportunidades de beneficio para el «capitalismo del desastre» y para el «capitalismo de vigilancia», el desplazamiento de la subsistencia hacia esferas reproductivas, sin acciones públicas redistributivas, abre vías para la financiarización y el endeudamiento de las economías domésticas. Sin duda alguna, una de las esferas condicionantes de la reproducción social y que ha sido espacio central de la especulación y el rentismo ha sido la vivienda, con regulaciones estatales de los mercados inmobiliarios dirigidas a componer e integrar a las clases medias y a expulsar a quienes no participan de las bondades de la sociedad de propietarios. Estas dinámicas de apropiación y privatización de las bases de la reproducción social se amplían a todo tipo de servicios ecosistémicos, recursos y energías.

En la práctica, estas dinámicas de extracción de beneficio se sostienen sobre la apropiación de enormes cantidades de trabajo-energía no remunerado. Todo el trabajo, los recursos y la energía que sostienen nuestras vidas, y que permanecen invisibilizados bajo las métricas basadas en el valor monetario, solo se toman en cuenta una vez son reguladas para ser valorizables en el mercado con el objetivo de incrementar el beneficio capitalista. De fondo, el conflicto político fundamental que se fragua en estas formas de privatización de lo común es el del imperativo del valor de cambio frente a una economía basada en el valor de uso. Una posible estrategia para la defensa y conquista de una economía de valor de uso, fundamental para una política económica materialista y que empuja procesos de reapropiación y desmercantilización, es la conquista de nuevos derechos de propiedad colectiva.

#### **4.4.3 Propiedad colectiva**

La nueva naturaleza histórica que ya diseña el capital empieza a tomar forma en los nuevos extractivismos de litio y coltán, en reproducir los cercamientos de tierras y recursos, la privatización de bienes tan indispensables como el agua, así como en procesos de segregación territorial por índices de bienestar. También se insinúan propuestas de salida a la crisis que, presentadas como coyunturales, en la práctica operan como formas de chauvinismo econacional o como

neofascismos disfrazados de verde. En esos proyectos de capitalismo verde el problema ecológico empieza y acaba en las fronteras del Estado-nación y el bienestar es una categoría exclusiva de ciudadanos de primera. Los efectos visibles son la gestión demográfica y de fronteras conforme a la nueva estructura de costes del capital, con una mayor centralidad de las fronteras entre el Norte y el Sur, y la gestión neocolonial de las poblaciones subalternas internas, especialmente de las poblaciones racializadas. Estos regímenes fronterizos se van a solapar con los conflictos entre los Estados por captar «inversiones verdes» y en las luchas por tomar posición de ventaja en territorios ricos en yacimientos minerales.

En la actualidad ya es evidente la centralización de la «inversión verde» que proviene de los diferentes planes de recuperación y transición en los fondos de inversión y agentes financieros, que ilustra su toma de posición frente a los ajustes venideros. También en la toma de posición dominante por parte de las finanzas como supervisoras de los regímenes de «inversión verde» en escalas regionales y nacionales. Huelga señalar que todas estas dinámicas suponen una aceleración de la acumulación por desposesión a través de viejos y nuevos cercamientos biofísicos. Tales dinámicas ya empiezan a abrir conflictos entre los objetivos declarados de los Green New Deal y su funcionamiento real, sometido al imperativo de generación de beneficios futuros.

Esos modelados espaciales, sociales y medioambientales empiezan a recibir algunas respuestas desde el Sur Global. Por ejemplo, posiciones como las expresadas en el *Red Deal: Indigenous Action to Save Our Earth*, que apuntan hacia procesos de organización de base indígena y comunitaria que entran a discutir la solución verde capitalista. Lejos de que su objetivo sea una refundación medioambientalista del capitalismo, tantean estrategias para construir una contraparte negociadora a la vez que fuerzan la soberanía y el control comunitario sobre los medios de subsistencia, entendiendo que la liberación de los nativos debe ser fundamental para la lucha por la justicia climática. Además de ser movimientos que combinan estrategias de negociación con posiciones y objetivos radicales, también nos recuerdan que la agenda ecológica no puede separarse de la opresión racial, el dominio imperial y la desposesión y genocidio de los indígenas. ¿Qué procesos de ruptura ligados a nuestro territorio pueden aliarse a esas prácticas emancipadoras desde las periferias del Sur? ¿Podemos practicar estrategias aliadas y arraigadas en el espacio de la economía-mundo donde habitamos, producimos y consumimos?

En el tablero de juego del Norte global las cartas empiezan a ponerse boca arriba. Mientras muere un mundo y nace otro, las alianzas público-privadas de nuevo están llamadas a ser las fórmulas dominantes. Frente a este proceso ya en marcha, las estrategias políticas de movimiento deben integrar formas de ruptura radical combinadas con alternativas viables que erosionen la reanudación del diseño institucional capitalista. Las relaciones de propiedad y las formas de control político de los recursos que integran las alianzas público-privadas son, hoy por hoy, la base material de los pactos verdes.

Una posible estrategia es la defensa de modelos de propiedad colectiva o de participación ciudadana directa en el control de los recursos y las infraestructuras. Sin embargo, no deberían formularse como soluciones técnicas sustitutivas o de compensación. No se trata de exigir, sin más, la cuota ciudadana en los partenariados o la descentralización de la titularidad de activos financieros

de energía renovable en beneficio de organizaciones ciudadanas. No cabe leer así programas redistributivos como los fondos accionariales de asalariados en Suecia, la Ley de Derechos Forestales en India o incluso los planes de energía comunitaria en Holanda. Se trata más bien de retomar los principios de estas estrategias basadas en la democracia económica, territorial y política para acumular capacidad de organización y conquistar poder de negociación en los ciclos de claroscuros y austeridad venideros. No perder el horizonte de cambio puede convertir «conquistas parciales» en estructuras sólidas de impulso para luchas más ambiciosas y de largo recorrido. Sobre todo, si esas conquistas no solo son boicots a la producción y el consumo para arrancar concesiones, sino tomas de posición en el control de los propios activos productivos y las infraestructuras.

En esencia, un objetivo político a medio plazo es combinar la transferencia del control de los medios de producción y de los circuitos de consumo con la democratización en la toma de decisiones medioambientales. Si tan saqueado por la explotación del capital está el cuerpo colectivo del trabajo como lo están los ecosistemas de los que forma parte, esta estrategia pasa por vincular la explotación de clase con la explotación del planeta, afrontados como un mismo conflicto. El objetivo a largo plazo, retomando una de las hipótesis de Murray Bookchin, no es montar cooperativas integradas en modelos urbanos capitalistas, sino instituciones basadas en cooperativas de propiedad municipal bajo control ciudadano y con capacidad para federarse con otros territorios.

En conjunto, lo que se dibuja desde el Sur global con posibles alianzas con movimientos del Norte es la defensa y reapropiación de economías de subsistencia. De nuevo, no son circuitos de revalorización del dinero dirigidos por el imperativo del valor de cambio, sino espacios de producción, reproducción y consumo ligados al valor de uso. En la práctica, son conflictos jurisdiccionales sobre la tierra, los recursos y sus regímenes de propiedad. Es el *ecologismo de los pobres* del que habla Joan Martínez Alier desde hace más de dos décadas.

#### **4.4.4 Ecologismo de los pobres y lucha de clases**

La clase no es algo dado, sino que se compone en la práctica, en el escenario complejo de conflictos y alianzas que se puedan dar en todas las escalas posibles. A veces esas alianzas son tácticas, a veces ideológicas y otras muchas construidas en el seno de las propias luchas. La clase no está prefigurada ni se puede formular hoy de la misma manera que en otros episodios históricos. Haremos un enorme favor a los interesados en reproducir la valorización del capital si reducimos la clase a la unión entre quienes producen plusvalor desde sus trabajos asalariados. Las extrapolaciones mecánicas de los movimientos obreros, sociales o, en realidad, de cualquier proceso histórico, carecen de toda utilidad política y solo generan estúpidos malentendidos.

De la misma manera que la ecología del capital, su contraparte no está formada por sustancias, sino por relaciones. La clase no es «blanca», «masculina», «obrero», ni tampoco «urbana». Nunca lo fue ni lo será. Esas esencias no encajan ni dialogan con el trabajo de reproducción social, que recae principalmente sobre mujeres y en un alto porcentaje sobre mujeres migrantes pobres. La historiadora Selina Todd ya ha explicado con rigor y enjundia el papel jugado por las criadas en la formación de la clase obrera británica desde principios del siglo XIX. La abstracción de «la clase obrera» también prescinde de prácticas de sindicación producidas en torno al consumo, como los sindicatos de inquilinos que se

enfrentan al capital inmobiliario y a las inamovibles estructuras concentradas de la propiedad en las metrópolis. Tampoco integra a quienes exprimen las minas de Bayan Obo, en la Mongolia Interior, y de territorios ricos en minerales como el Congo, Bolivia o Chile, que no solo padecen la explotación sino también altísimos niveles de toxicidad. Esa idea de clase fetichizada pasa por encima de las más de 250 organizaciones de agricultores de la India que empujaron en 2020 la mayor huelga general que se recuerda, donde participaron más de 250 millones de trabajadores.

En general, las prácticas variadas de sindicalismo, así como los movimientos feministas, ecologistas, antirracistas o decoloniales no entran en la foto fija de una clase que, presentada como materialista, está trufada de idealismo. En el mundo material realmente existente, constituido por relaciones de poder y no por espectros, son precisamente estos movimientos los que van definiendo a un sujeto político de clase en formación. Su unificación, si bien todavía muy borrosa y poco delineada en objetivos compartidos, descansa en la acción colectiva frente a las múltiples formas de explotación en la producción, frente a todos los procesos de apropiación de trabajo-energía y en la denuncia de los diversos ejes de opresión social.

La clase, en definitiva, no es una identidad estática y homogénea preñada de nostalgia, sino una estrategia política hecha de multitud de fragmentos que, de manera situada y concreta, se enfrenta a la ecología del capital. La formación de la clase avanza siempre en oposición al capital, sea en su forma dinero, en sus despliegues coloniales y tipificaciones de raza o en su explotación de naturalezas baratas. Al tiempo, también se forma en oposición a la espoleta del capital, esto es, el Estado Público-Privado y su gobierno por deuda y sometimiento. Frente a este esquema de poder, la clase es una federación de contrapoderes que emergen en un doble movimiento entre, por un lado, los conflictos concretos frente al capital y, por otro lado, las alianzas entre comunidades nacidas de dichos conflictos.

La sensación, no falta de evidencias empíricas, es que la actual intensidad de ese doble movimiento entrelazado es insuficiente para organizar los intereses de los sectores sociales más vulnerables y desposeídos. Sin duda es débil en los conflictos abiertos y sostenidos frente a las estrategias de reforma del capital, pero especialmente en la falta de alianzas necesarias para, como mínimo, poder entrever un futuro digno para el conjunto de las especies y del planeta.

Más que despertarnos nostalgia, el poder social acumulado en siglos pasados por la fuerza obrera debería servirnos para tomarlo como referencia de que, por difícil y lejano que parezca, es posible golpear por encima de nuestro propio peso. Tampoco está de más recordar que la historia y cultura del movimiento obrero cabalgaron sobre el rechazo del trabajo y no tanto sobre la afirmación orgullosa de la profesión del explotado. Ese deseo de fuga del trabajo y, por ende, de todo momento integrado en el circuito del capital, es el verdadero principio político que hoy debemos retomar. El conflicto hoy se eleva a un saqueo del tiempo de trabajo remunerado, del trabajo no remunerado, de los sistemas de mantenimiento, distribución y provisión de recursos esenciales para la subsistencia (salud, energía, agua, tierra) y de todo ecosistema biofísico. Es un conflicto capital-vida, y el sujeto político que emerge será un sujeto de clase plural constituido en la esfera reproductiva.

Estamos frente a un mundo viejo en descomposición, pero las posibilidades de empujar un futuro emancipador no vendrán por sí solas. Serán tantas como seamos capaces de imaginar, organizar y sostener. Necesitamos horizontes deseables que logren eclipsar las promesas de la solución verde capitalista y procesos de organización que no culpen a los *faltos de conciencia*, sino que los seduzcan para integrarse en las luchas. De lo contrario, el futuro de nuestro planeta está literalmente vendido.





## Bibliografía

ACKERMAN, B., *We the people. Fundamentos de la historia constitucional estadounidense*, vol. 1, IAEN, Traficantes de Sueños, col. «Prácticas constituyentes», Quito-Madrid, 2015.

ARMSTRONG, R., «Covid relief drives debt close to second world war levels», *Financial Times*, 15 de junio de 2020.

ARRIGHI, G., «Hegemony Unravelling. Part II», *New Left Review*, n.º 33, mayo-junio de 2005.

\_\_\_\_\_, *Adam Smith en Pekín*, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», Madrid, 2009.

ATTALI, J., *C'était François Mitterrand*, Fayard, París, 2006.

BANCO Central Europeo, «Asset purchase programmes», 2021.

BANCO Mundial, «Inclusive Green Growth The Pathway to Sustainable Development», 2012.

BARNES, J. «Entre la espada y el Green New Deal», *Contra el Diluvio*, 2019 (originalmente «Between the Devil and the Green New Deal», en *Commune*).

BELANO, R.; Flakin, N., «A Green New Deal Can't Save Us. A Planned Economy Can», *Leftvoice*, 2019.

BLACKBURN, R. «La crisis de las hipotecas subprime», *New Left Review*, n.º 50, mayo-junio de 2008.

BLÄSIUS, J.; Gombert, T.; Krell, Ch.; Timp, M., *Foundations of social democracy*, Friederich Ebbert Stiftung, Berlín, 2009.

BOOKCHIN, M., «An Open Letter to the Ecology Movement», en *Toward an Ecological Society*, Black Rose Books, Montreal, 1980.

BRENNER, R., «The social basis of economic development», en J. Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, Cambridge University Press, 1986.

\_\_\_\_\_, *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», n.º 54, 2009.

\_\_\_\_\_, «Saqueo pantagruélico», *New Left Review*, n.º 123, julio-agosto de 2020.

BURTON, M.; Somerville, P., «Decrecimiento: una defensa», *New Left Review*, n.º 115, marzo-abril de 2019.

BURTON, M. H., «Six problems for Green Deals», Resilience.org, 2019.

CARMONA, P., «De hippies, Provos, verdes y libertarios», en *La apuesta municipalista*, Observatorio Metropolitano, Traficantes de Sueños, Madrid, 2014.

CARSON, R., *Primavera silenciosa*, Crítica, col. «Clásicos de la Ciencia y la Tecnología», Barcelona, 2010.

- COMISIÓN Europea, «[Movilizar las inversiones públicas y privadas con vistas a la recuperación y el cambio estructural a largo plazo: desarrollo de la colaboración público-privada \(CPP\)](#)», COM(2009), 615 final.
- \_\_\_\_\_, «[Un planeta limpio para todos. La visión estratégica europea a largo plazo de una economía próspera, moderna, competitiva y climáticamente neutra](#)», COM(2018), 773 final.
- CRUTZEN, P. J., «[Geology of mankind](#)», *Nature*, n.º 415, 23 de enero de 2002.
- CRUTZEN, P. J.; Grinevald, J.; Steffen, W.; McNeill, J., «The anthropocene: historical and critical perspectives», *Philosophical Transactions of The Royal Society A Mathematical Physical and Engineering Sciences*, n.º 369 (1938), pp. 842-67, marzo de 2011.
- DALLA Costa, M. A., «Familia, políticas de bienestar y Estado entre progresismo y New Deal», en *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Akal, Madrid, 2009.
- DALY, H., *Steady State Economics*, Londres, 1992.
- DALY, H.; Vettesse, T.; Pollin, R.; Burton, M.; Somerville, P., [Decrecimiento vs.Green New Deal](#), Traficantes de Sueños, Madrid, 2019.
- DAVIES, J., *Challenging Governance Theory: From Networks to Hegemony*, Policy Press, Bristol, 2011.
- DAVIS, M., «[Tomándole la temperatura a la historia: las aventuras de Leroy Ladurie en la Pequeña Edad de Hielo](#)», *New Left Review*, n.º 110, mayo-junio de 2018.
- \_\_\_\_\_, *Los holocaustos del fin de la era victoriana tardía*, PUV, Valencia, 2006.
- DEACON, A., «[The Green Paper on Welfare Reform: Case of Enlightened Self-interest?](#)», *The Political Quarterly Publishing*, n.º 69 (3), pp. 306-31, 1998.
- DURAND, C., *El capital ficticio*, NED Ediciones, Barcelona, 2018.
- EHRlich. P. R.; Ehrlich, A. H., *The population bomb*, Pan, Londres, 1971.
- \_\_\_\_\_, (2013), «[Can a collapse of global civilization be avoided?](#)», *Proc R Soc B* 280: 20122845.
- ERHARD, L., *Economía social de mercado: su valor permanente*, Rialp, Madrid, 1994.
- EURODAD, «[Historia repetida. Cómo fracasan las colaboraciones público-privadas](#)», informe coordinado por Eurodad, Barcelona, 2018.
- EUROPEAN Investment Bank, «[EU reaffirms commitment to Battery industry to boost Green Recovery](#)», 2020.
- EZEQUIEL Maito, E., «The tendency of the rate of profit to fall since the nineteenth century and a world of rate of profit», en Roberts, M. y Carchedi, G. (eds.), *World in crisis. A global analysis of Marx's law of profitability*, Haymarket Books, Chicago, 2018.
- FMI, [Global Financial Stability Report](#), 2021.

- FOUCAULT, M., *El nacimiento de la biopolítica. Cursos del Collège de France 1978-1979*, Akal, Madrid, 2009.
- FRASER, N., «[Los climas del capital](#)», *New Left Review*, n.º 127, marzo-abril de 2021.
- FRIEDMAN, M.; Friedman, R., *Free to Choose: a personal statement*, Harcourt Brace Jovanovich, Londres y Nueva York, 1980.
- GABOR, D., «[Wall Street Consensus. Development and Change](#)», *International Institute of Social Studies*, n.º 0, pp. 1-31, 2021.
- GEORGESCU- Roegen, N., *La ley de la entropía y el proceso económico*, Visor-Argentina, serie «Economía y Naturaleza», Madrid, 1996.
- GOWAN, P., *La apuesta por la globalización*, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», Madrid, 2001.
- GREEN New Deal Group, [A Green New Deal. Joined-up policies to solve the triple crunch of the credit crisis, climate change and high oil prices](#), New Economics Foundation, Londres, 2008.
- GREENSPAN, A., *The Age of Turbulence*, Penguin, Londres, 2007.
- GUTIÉRREZ, J. M.; Naredo J. M. (eds.), [La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra](#), Universidad de Granada, Granada, 2005.
- HALL, D., «[¿Por qué las asociaciones público-privadas \(CPPs\) no funcionan? Las numerosas ventajas de la alternativa pública](#)», Public Services International Research Unit, Universidad de Greenwich, Reino Unido, 2015.
- HARDIN, G., «[The tragedy of the commons](#)», *Science*, vol. 162, issue 3859, diciembre de 1968, pp. 1243-1248.
- HARVEY, D., *Espacios del capital*, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», Madrid, 2003.
- \_\_\_\_\_, [Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia](#), Traficantes de Sueños, «Prácticas constituyentes», Madrid, 2018.
- HAYEK, F. A., *Camino de servidumbre*, Alianza, Madrid, 1996.
- \_\_\_\_\_, «[Competition as a discovery procedure](#)», *Quarterly Journal of Austrian Economics*, vol. 5, n.º 3, otoño, 2002.
- \_\_\_\_\_, *The denationalisation of money*, Institute of Economic Affairs, Londres, 1990.
- HENDERSON, R., *Reimagining Capitalism*, Public Affairs Books, North America Penguin Business, UK.
- HICKEL, J.; Kallis, G., «[Is Green Growth possible?](#)», *New Political Economy*, vol. 25/4, 2020.
- HILFERDING, R., [El capital financiero](#), Tecnos, Madrid, 1985.
- HIRSCH, R. L.; Bezdek, R.; Wendling, R., [Peaking of World Oil Production: Impacts, Mitigation, & Risk Management](#), U.S. Department of Energy, National Energy Technology Laboratory, 2005.

- HOBBSAWM, E., *Historia del Siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995.
- HOBSON, A., *Estudio sobre el imperialismo*, Alianza, Madrid, 1981 [1906].
- JACHNOW, J., «[¿Qué ha sido de los verdes alemanes?](#)», *New Left Review*, n.º 81, 2013.
- KAPP, K. W., *Los costes sociales de la empresa privada*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006.
- KAPPELER, A.; NEMOZ, M., «[Public-private partnerships in Europe before and during the recent financial crisis](#)», *Economic and Financial Report*, 2010.
- KEYNES, J. M., *Las consecuencias económicas de la paz*, Alianza, Madrid, 1995.
- KRIPPNER, G., *Capitalizing on crisis: the political origins of the rise of finance*, Harvard University Press, 2012.
- KUNKEL, B.; DALY, H., «[Ecologías de Escala](#)», *New Left Review*, n.º 109, marzo-abril de 2018.
- LENIN, V. I., *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Fundación Federico Engels, 1913.
- LOCKE, J., *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, Alianza, Madrid, 1960.
- LUXEMBURG, R., *La acumulación de capital*, [www.marxists.org](http://www.marxists.org), 1916.
- MALM, A., «[The origins of fossil capital: from water to steam in the British cotton industry](#)», *Historical Materialism*, n.º 21.1, 2013, pp. 15-68.
- \_\_\_\_\_, *Capital fósil*, Capitán Swing, Madrid, 2020.
- MARSHALL, A., *Principios de Economía*, Síntesis, Madrid, 1986.
- MARTINEZ Alier, J., *El ecologismo de los pobres*, Icaria, Barcelona, 2005.
- MARX, K., *El capital*, libro I, FCE, México, 1949.
- MAZZUCATO, M., *The entrepreneurial state*, Think tank Demos, 2011.
- MILWARD, A., *The European Rescue of the Nation-State*, Routledge, Londres, 1992.
- MINSKY, H., *Stabilizing an unstable economy*, McGraw-Hill, Nueva York, 2008.
- MOORE, J. W., *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2020.
- NAREDO, J. M., *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid, 2009.
- OBSERVATORIO de la Sostenibilidad en España, «Informe de Empleos Verdes en España», 2000.
- OECD, *Inclusive Green Growth: for the future we want*, OECD Work, 2012.
- \_\_\_\_\_, *The Labour Share in G20 Economies*, G20 Employment Working Group, Turquía, 2015.
- OSTROM, E., *El gobierno de los bienes comunes*, FCE, México, 1990.

- PANNEKOEK, A., [La destrucción de la naturaleza](#), [www.marxists.org](http://www.marxists.org), originalmente publicado bajo el título *Naturverwüstung en Zeitungskorrespondenz*, n.º 75, pp. 1-2, 10 de julio de 1909.
- \_\_\_\_\_, *Workers Councils*, AK Press, 2003.
- PÉREZ, A., [Pactos verdes en tiempos de pandemias](#), Observatori del Deute en la Globalització, 2021.
- PIGOU, A. C., [The economics of welfare](#), Macmillan, Londres, 1920.
- POLANYI, K., *La gran transformación*, La Piqueta, col. «Genealogía del Poder», Madrid, 1986.
- POLLIN, R.; Garrett-Peltier, H.; Heintz, J.; Scharber, H., [Green Recovery: A Program to Create Good Jobs & Start Building a Low-Carbon Economy](#), PERI, 2008.
- POLLIN, R., *Los contornos del declive*, Akal, col. «Cuestiones de antagonismo», Madrid, 2003.
- RAMIRO, P.; González, E., [A dónde va el capitalismo español](#), Traficantes de Sueños, Madrid, 2019.
- RAYMOND, W., *Towards 2000*, Penguin, Harmondsworth, 1985.
- RIFKIN, J., *El Green New Deal Global*, Paidós, Barcelona, 2019.
- ROBERTS, M., [More on a world rate of profit](#), blog de Michael Roberts, 2020.
- RODRÍGUEZ, E.; López, I., [Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano \(1959-2010\)](#), Traficantes de Sueños, Madrid, 2010.
- RODRÍGUEZ, M. F., «Ideología de género y estrategias políticas de clase en el auge de los fascismos: el caso de EE. UU.», en [Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo](#), Fundación de los Comunes, Traficantes de Sueños, Madrid, 2020.
- ROTH, K. H.; Ebbinghaus, A., *El «otro» movimiento obrero y la represión capitalista en Alemania (1880-1973)*, Traficantes de Sueños, col. «Historia», Madrid, 2011.
- SARDOSKY, P., «Energy Related CO2 Emissions before and after the Financial Crisis», *Sustainability*, 12(9), 3867, 2020.
- SCHERER, N.; Martínez, R., «[Las colaboraciones público-privadas \(CPPs\) como herramientas de privatización El caso del Estado español](#)», OdG, 2019.
- SCHERER, N.; González, E.; Blázquez, N., [Guía NextGenerationEU: más sombras que luces](#), ODG, OMAL y Ecologistas en Acción, 2021.
- SCHUMPETER, J. A., *Capitalism, socialism and democracy*, Routledge, Londres, 2009.
- SEYMOUR, R., «[What's the Deal with the Green New Deal?](#)», abril de 2019.
- SHIH, V., «[El dilema del crédito chino: entrevista con Robert Brenner](#)», *New Left Review*, n.º 115, marzo-abril de 2019.

- SMITH, N., *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio*, Traficantes de Sueños, col. «Prácticas constituyentes», Madrid, 2020.
- SPIRO, D. E., *The hidden hand of American hegemony: petrodollar recycling and international markets*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1999.
- STEFFEN, W. et al., «[Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet](#)», *Science*, n.º 347, issue 6223, 2015.
- STEIL, B., *La batalla de Bretton Woods*, Planeta, Barcelona, 2016.
- TAGGART-MURPHY, R., «[Oriente y Occidente: las geoculturas y el coronavirus](#)», *New Left Review*, n.º 122, mayo-junio de 2020.
- TOOZE, A., «[El problema del carbón en Europa](#)», *CTXT*, 3 de julio de 2019.
- \_\_\_\_\_, *Crash*, Crítica, Madrid, 2018.
- TRIBUNAL de Cuentas Europeo, «[Colaboraciones público-privadas en la UE: Deficiencias generalizadas y beneficios limitados](#)», informe especial 09/2018.
- TURIEL, A., *Petrocalipsis: Crisis energética global y cómo (no) la vamos a solucionar*, Alfabeto, Madrid, 2020.
- WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema mundial*, IV libro, Siglo XXI, Madrid, 2018.



